

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### **La Mirada de Callum**

Beca Aberdeen

# 1

**U**n grito resonó en la madrugada a las afueras de la mansión Fairfax en el tranquilo pueblo campestre de Crawley. Tan humano y desgarrador que Amanda recordaba haber temblado al escucharlo en su infancia, segura de que se trataba de alguna mujer en apuros. No obstante, se había acostumbrado al sonido nocturno del zorro rojo y con los años había dejado de prestarle atención. Cuando el grito era explosivo y breve, como el que acababa de escuchar, se trataba de un macho advirtiéndole a su rival de su agresividad; mientras que cuando se tornaba complejo, solía ser una hembra en busca de pareja.

Amanda nunca se había detenido a pensar en la forma en que los animales a su alrededor se relacionan entre géneros. Al menos no hasta la llegada de Callum. En esos momentos, mientras oteaba el bosque a través de la ventana, no pudo evitar preguntarse si los zorros de la campiña emitirían esos chillidos si uno de los géneros fuera eliminado.

Mary se revolvió entre las sábanas, percatándose de la presencia de Amanda en la penumbra de su dormitorio. Alzó la cabeza y miró hacia el sillón donde Amanda estaba sentada, bajo la ventana. Solo sus piernas estaban iluminadas por la brillante luna llena.

—¿Amanda? —exclamó la mujer con voz adormilada. Se incorporó, sacando las piernas de las pesadas capas de colchas y mantas. La noche era inusualmente fría para aquella época del año—. ¿Eres tú?

Mary encendió la lamparilla de gas que había sobre su mesita de noche y la alzó hacia la ventana, pestañeando para agudizar su visión. Descubrió, entonces, la presencia de Callum, sentado a los pies de Amanda y se echó hacia atrás de forma instintiva.

—No es necesario que lo temas, madre —la tranquilizó ella con voz ronca. Llevaba tiempo sin usarla—. Callum ya no está ahí dentro. No va a vengarse de ti si no sabe quién eres. Ni siquiera sabe quién soy yo o él mismo.

Mary soltó un largo suspiro relajando los hombros.

—Sabía que volverías —se limitó a decir la mujer, ajena a lo terrible y descorazonador que era lo que acababa de explicar Amanda.

Se levantó de la cama y se puso la bata atándose el cinturón con celeridad, sin apartar los ojos de ella.

—No deberías haberlo hecho —prosiguió, calzando sus pantuflas para evitar el frío del suelo.

Amanda entornó los ojos.

—No estoy segura de si te diriges a mí o a ti misma, madre —espetó. Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos, formando medias lunas.

—A ti, por supuesto —gritó Mary, perdiendo la compostura—. Tú eres la que ha allanado el andrónico y robado un siervo.

—Es mi siervo —replicó con tono de falsa tranquilidad—. No es eso lo que defiendes tan ferviente, el derecho de una mujer a su esclavo.

Mary inclinó la cabeza hacia un lado, recobrando la paciencia con su decepcionante hija.

—Sí, es tu siervo —concedió—. Nadie va a quitártelo ahora, pero no debiste sacar...

—¡Tú me lo has quitado! —bramó Amanda, logrando que su madre se encogiera, sorprendida. Hundió una mano entre los cabellos de Callum y zarandeó su cabeza con suavidad—. Esto no es él. Está vacío, no es Callum. Callum está muerto. ¡Tú lo has matado!

Mary tomó una inspiración profunda mientras la contemplaba con cautela, como si no supiera muy bien qué esperar de ella. Ver esa expresión en el rostro de su madre era una novedad que le gustó.

—Entiendo que te enamoraras, hija —comenzó con tono conciliador—. Sé que un hombre puede tener sus encantos al principio. Hazme caso cuando te digo que el embrujo no dura. Su forma de tratarnos degenera con los años, se vuelven fríos, crueles y violentos. ¿Querías llegar a eso con él? ¿No prefieres vivir con el recuerdo del romance?

Amanda tragó saliva, intentando recobrar el control de sus nervios.

—¿Fue eso lo que le ocurrió a la abuela? —preguntó en tono quedo.

Mary dio un pequeño respingo como si la hubieran pinchado con un alfiler.

—¿El abuelo era un hombre encantador hasta que los años de matrimonio y el alcohol lo transformaron en un ogro? —presionó—. ¿Es eso lo que ocurría en todos los hogares o solo en el tuyo, madre?

Mary puso los ojos en blanco.

—No en todos, pero te aseguro que las estadísticas no están de su parte —rebatió, señalando a Callum. Dio un paso hacia ella—. Sé que no lo ves ahora, pero esto es lo mejor para ti, Amanda. Para todas nosotras. Los hombres solo traen violencia y degeneración; e incluso si fuera cierto que algunos son más templados, no merece la pena el sufrimiento que provocan los perversos como para traerlos de vuelta.

Era imposible razonar con su madre. Siempre había creído que Mary despreciaba a los varones, pero ahora entendía que era el miedo lo que motivaba sus acciones. Para ella todos los hombres eran su monstruoso padre, e imaginar vivir en un mundo lleno de ellos, la llenaba de pavor.

—Quiero que me entregues el antídoto —exigió, ignorando su perorata.

Los hombros de Mary se hundieron con su insistencia.

—No podría dártelo, aunque quisiera —explicó la mujer con serenidad—. Se me entregó una cantidad determinada para llevar a cabo mi experimento. No tengo ni idea de dónde procede o de su contenido.

Se levantó del sillón y se aproximó a su madre hasta que estuvieron a un palmo. Mary analizó su rostro, quizá evaluando lo alterada que estaba su hija debido al experimento.

—Mientes —determinó Amanda en tono quedo.

—Sé razonable, Amanda. Me costó mucho que aprobaran el experimento. ¿Crees que entregarían la fórmula del antídoto a cualquiera? Y menos con mitad de la población a favor de la liberación masculina. Es un secreto celosamente guardado.

Por mucho que Amanda deseara creer lo contrario, sabía que su madre no le mentía.

—Solías confiar en mí —se lamentó la mujer, buscando sus ojos.

Esa confianza estaba del todo muerta. Miró el rostro envejecido de su madre. La dignidad habitual con la que se conducía estaba mermada por el camisón y la trenza despeinada. O quizá era ella la que ya no sentía la misma admiración y respeto por su progenitora.

—¿Te arrepientes? —quiso saber Amanda.

—Me arrepiento de haberte escogido a ti —confesó la mujer tras un instante de silencio—. Nunca pensé que sufrirías por tu siervo. De haber sabido las consecuencias hubiera seleccionado a otra joven de Crawley. Tal vez debiera haber sido Jane.

Amanda esbozó una sonrisa triste. Siempre había tenido la sensación de que Jane era más como Mary que su propia hija. Siempre había sentido que su madre lamentaba la debilidad de Amanda, su falta de carácter.

—Jane hubiera denunciado al muchacho de inmediato —le aseguró Amanda—. En realidad, madre, escogiste bien. ¿Quién en Crawley es tan dócil y manipulable como para llevar a cabo tu plan sin ni siquiera saberlo?

Las cejas de Mary se alzaron en confusión.

—No te escogí por ser dócil, Amanda —la contradijo—. Te escogí porque siempre ha habido una valentía y una vena rebelde en ti que poca gente posee. Sabía que Callum te asustaría, pero que tendrías las agallas de enfrentarte a él, de intentar controlarlo y que eras lo suficientemente revolucionaria como para saltarte las normas y ocultar su estado.

Amanda abrió la boca sorprendida por la descripción de su carácter. Nunca hubiera pensado que su madre o nadie la creerían valiente y revolucionaria. Ella misma no se veía de ese modo. Le preocupaba demasiado agradar a los demás como para ser una rebelde. No obstante, los hechos hablaban por sí mismos. Amanda había ocultado a Callum, había mentido y había roto las normas para sacarlo del andrónicus. Todo ese tiempo había creído que sus acciones eran fruto de sus sentimientos por Callum, como una reacción a él, pero... ¿Y si había algo en ella que no sabía que estaba ahí? Una rebeldía adormecida que había despertado con Callum pero que formaba parte de su carácter. Tal vez, albergaba más fuerza de la que realmente pensaba.

—¡Habéis regresado! —La alegría de la voz infantil interrumpió la conversación. Cassandra se asomó por el vano de la puerta de la habitación de su madre, despeinada y descalza, en el camisón blanco con el que dormía.

El suelo de madera humedecida crujió bajo los trotes de Cassandra al cruzar la habitación hacia ellos. A pesar del hielo que cubría su piel, sintió el cuerpo pequeño de su hermana, abrazándola. La forma familiar y el olor a leña quemada en el cabello de su hermana, a

quien le gustaba sentarse demasiado cerca de la chimenea, le trajo un vago recuerdo de su antigua vida. Despacio, colocó su mano en la nuca diminuta. Era el único gesto de cariño que su estado le permitía efectuar.

Cassandra se soltó de sus caderas y se abalanzó sobre Callum. A la niña le llevó apenas un instante darse cuenta de que el cuerpo inerte, de lo que una vez fue su amigo, no retornaba el abrazo.

—¿Callum? —susurró con su voz aguda, apartándose para mirarlo a la cara. El joven no se movió.

—¡No! ¡Callum! —chilló con horror, comenzando a derramar lágrimas con la desesperada facilidad de los niños.

Amanda pestañeó y con el gesto notó la humedad empañar sus mejillas. Al contrario de Cassandra, cerró los ojos y sollozó en silencio, escuchando su propio dolor en la voz de su hermana. Se dejó caer en el sillón y que los cortos brazos de la niña le rodearan el cuello, mientras sus llantos se entremezclaban.

Mary aguardó en silencio a que se desahogaran, pero tan pronto como se separaron, las miró con una combinación peculiar de empatía y condescendencia, que solo ella era capaz de conciliar.

—Sufrís por algo que no existe —expuso entonces—. Creéis que era vuestro amigo, pero los hombres muestran su mejor cara al principio. Después su carácter no cesa en degenerar tentado por los instintos más bajos. Incluso, al querido Callum le hubiera ocurrido de haber tenido la oportunidad de vivir libre. Creedme cuando os digo, yo que viví en un patriarcado, que es mejor guardar esa memoria idealizada que tenéis de él ahora que espantaros con el declive inevitable al que sucumbe su sexo.

La visión de la mujer a través de la humedad de sus ojos se hizo borrosa.

—¡Estás loca! —declaró airada y se levantó del sillón para dar varios pasos hacia ella—. Estás cegada por tus prejuicios y llevas años envenenándonos con ellos. No dirás una palabra más en mi presencia, ni en la de Cassandra.

Mary alzó la barbilla desafiante.

—No vas a censurarme en mi propia casa —respondió categórica—. Si no estás de acuerdo con mis ideas puedes marcharte. De todas formas, no quiero tener a una liberalista bajo mi techo.

—¡Mamá! —protestó Cassandra, corriendo para engancharse a su camión—. No digas eso. No pueden marcharse, acaban de llegar.

Amanda detuvo la discusión consciente de los sollozos que provenían de la niña y lo alterada que estaba ya con lo que le había ocurrido a Callum.

Mary suspiró, acariciando la cabeza de su benjamina y pareció recobrar la compostura.

—Esta es tu casa, Amanda, y siempre lo será; pero no pienso librar una batalla contigo cada día. Si quieres quedarte, es bajo la condición de que vivamos en paz.

Amanda soltó una risa nasal y sacudió la cabeza. ¿De verdad creía su madre que podría borrar todo lo ocurrido y empezar de nuevo como si nada?

—No habrá paz para mí hasta que logre salvarle.

Los hombros de Mary se hundieron, decepcionada con su declaración, pero no dijo nada más cuando Amanda la sorteó para salir de su cuarto.

—Ven conmigo, Callum —llamó al muchacho que permanecía sentado en el mismo lugar desde que entraran a hurtadillas.

Fue directa al despacho de su madre que olía a polvo y a libros viejos. Encendió la lámpara de gas que había sobre el escritorio de madera ya que la resplandeciente luna no ofrecía iluminación suficiente para lo que se proponía.

Le llevó horas revisar todo lo que su madre guardaba allí bajo la distraída mirada de Callum al que sentó en una de las sillas.

Bajo un pisapapeles de oro ribeteado, encontró cartas de ciudadanas de Crawley quejándose de eventualidades como goteras en la escuela o pillaje en los caminos hacia Horsham. En los cajones, halló documentos oficiales que su madre había traído para revisar en casa como planos de edificios públicos y permisos de construcción firmados por Mary, pero ni una sola pista de cómo había llevado a cabo su ardid con el andrónico y ni rastro de información sobre el antídoto. Tenía que tratarse de una sustancia administrada de forma oral, porque Amanda había estado casi en todo momento junto a Callum durante esas semanas de convivencia. Callum no era de guardarse las cosas para sí mismo, y si Mary se le hubiera acercado en cualquier momento, él lo habría compartido con Amanda. La única forma de que se lo hubiera administrado sin que ella se percatara, tenía que ser en las comidas.

Tras no encontrar nada de utilidad en el despacho de Mary, Amanda fue directa a la cocina donde se topó con Abigail inclinada sobre la chimenea con un montoncito de leña entre los brazos.

—Buenos días, Abigail.

La cocinera soltó un grito al escuchar la voz de Amanda y miró por encima del hombro. Aún estaba de rodillas frente a la rudimentaria chimenea cubierta de cenizas. Tenía los ojos hinchados como si se acabara de despertar.

—¡Por dios, señorita Amanda! —protestó la mujer, llevándose la mano libre al pecho—. Me ha dado un buen susto.

No era habitual que las señoras se levantaran antes del alba, por lo que Abigail no había esperado encontrarse a una de ellas pululando por la cocina.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó, ojeando la estancia. Las sirvientas no solían cargar con leña, pues esa era la típica tarea que se encargaba a un siervo. No obstante, el de Abigail había fallecido de neumonía hacía varios meses—. ¿Aún no te han proporcionado un siervo nuevo?

Abigail continuó colocando los palillos en el centro del hogar mientras negaba con la cabeza.

—No tienen ninguno disponible en el andrónico —explicó—. Tengo que esperar a que se muera alguna de la zona.

Amanda soltó una risa nasal al escuchar la franqueza y naturalidad con la que Abigail hablaba de algunas cosas.

Se le borró la sonrisa cuando la sirvienta divisó a Callum y se encogió asustada.

—Tranquila, vuelve a estar infectado —esclareció, apretando los dientes—. Veo que estás informada sobre lo ocurrido con mi siervo.

—Sí, señorita. Menudo susto haberlo tenido en la casa así, despierto. A usted la hirió, ¿verdad? —Abigail se puso de pie y ojeó a Callum con desconfianza.

Amanda suspiró.

—Abigail, ¿sabes la bebida nocturna que se le da a los siervos?

—Pa' dormir bien, sí, señorita.

—¿De qué está compuesta?

—Es un tónico de vino, señorita. Recomendación de la doctora. Algunas mujeres también lo toman cuando contar ovejas no funciona. —Abigail soltó una risotada con eso último.

Amanda nunca se había planteado la costumbre de dar dicho tónico tras la cena a los hombres de la casa, era algo que había crecido viendo.

—¿Quién prepara los tónicos en esta casa?

Abigail frunció el ceño, confusa ante su pregunta.

—Normalmente lo hace Delia. Ella los prepara y Peter los lleva al comedor —explicó la mujer, extrañada, pero sin atreverse a preguntar por sus motivos para querer saber todo eso.

Peter era el siervo de Delia, y hubiera sido muy fácil para Mary interceptar al hombre de camino al comedor y añadir el contenido del antídoto a la copa de Callum. Amanda estaba casi segura de que había sido así como había ocurrido. Delante de sus narices.

—¿Puedo ver la botella?

—Claro, señorita —respondió Abigail retirándose hacia la despensa. Regresó con una botella de Wincarnis de tamaño medio. La etiqueta aseguraba que se trataba de una cura para numerosas afecciones como la anemia, el insomnio, la depresión y la confusión mental, de ahí que las comerciantes lo hubieran puesto de moda como tónico para siervos, asegurando que serían más rápidos y espabilados de tomarlo a diario.

—Voy a llevármela —anunció y Abigail se limitó a asentir en silencio, no sin cierta desconfianza reflejada en su rostro. Solo las siervas discretas lograban trabajar en las mejores casas del pueblo y la cocinera lo sabía.

Se dirigió a la habitación de Callum y cerró la puerta tras ellos. Estaba todo como lo habían dejado antes de fugarse al bosque.

Amanda se plantó frente a Callum y descorchó la botella del tónico medicinal. Un fuerte hedor a alcohol mezclado con una amalgama de especias invadió la estancia.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó alzando la voz mientras inhalaba el interior de la botella, procurando aislar el olor del alcohol de todo lo demás—. Parece que noto algo de cilantro, cardamomo y... ¿menta? ¿Tú qué crees, Callum?

El muchacho continuó, impasible, frente a ella. Desde que se infectara, ya nunca respondía a preguntas sobre su opinión.

—Aspira —le indicó Amanda algo irritada, pegando la abertura de la botella a su nariz —, ¿recuerdas si el que te servían olía diferente?

Nada.

—¡Maldita sea, Callum! —Estalló y se le cayó de las manos, derramando el dulce líquido rojizo por el suelo. Se agachó para levantar la botella y se quedó mirando el charco que se había formado como si la hubiera hipnotizado. Se sintió como si estuviera hecho de su sangre y eso explicara porque se sentía tan débil. Alzó la vista hacia el muchacho, que seguía mirando la pared como si nada, y se le humedecieron los ojos—. ¿Cómo se supone que voy a ayudarte si no colaboras? ¿Cómo voy a hacer esto sola?

Pero el nuevo Callum tampoco respondía a preguntas complejas, ni a las retóricas, ni a ninguna que requiriera cualquier tipo de pensamiento independiente.

Estaba sola.

Sola con la cáscara vacía de su compañero.

—¿Amanda? —La voz de Isolda la sobresaltó y la obligó a cerrar el libro que estaba inspeccionado en busca de pistas. Su madre tenía la costumbre de guardar notas entre los libros de sus estanterías y, aunque había cientos de tomos y le llevaría siglos revisarlos todos, Amanda no sabía qué más podía hacer. Mary se negaba a darle información y en el andrónicus le habían dejado claro que no sabían nada del experimento y mucho menos del antídoto. Había revisado los archivos de la biblioteca de periódicos antiguos, había leído todos los artículos que había encontrado relacionados con la enfermedad, pero ni rastro de la cura.

Su prima se asomó por el quicio de la puerta y la observó con ojos de lechuza.

—¿Qué haces ahí? Sabes que Mary no aprueba que entremos en su despacho.

—No está aquí, ¿verdad? —refunfuñó, irritada con el susto que le había dado. Siempre esperaba a media mañana, cuando su madre estaba en mitad de su jornada en el ayuntamiento para revisar su despacho.

Isolda entró en el despacho y le echó un vistazo a Callum antes de sentarse en la silla junto a la de él.

—¿Sigues enfadada por lo de tu siervo?

Amanda bufó ante la estupidez de la pregunta. No era una niña a la que le habían quitado su sonajero, era una mujer en duelo por la pérdida de otro ser humano; pero en la mentalidad de sus familiares, como la de la mayoría de las mujeres, no veían personas en los siervos y por consecuencia no reconocían la vida ni la ausencia de esta dentro de ellos.

—¿Quieres algo?

—Oh, qué mal humor tienes —protestó Isolda de morros—. ¿Qué estás haciendo con los libros de tu madre, de todas formas?

—Les quito el polvo.

Isolda frunció el ceño ante su respuesta.

—¿Crees que soy tonta?

—¿Quieres que responda o es una pregunta retórica?

La joven hizo una mueca para mostrarle lo poco divertida que le parecía. Después le echó un vistazo de reojo a Callum.

—¿No tenías miedo, Amanda? Cuando estaba despierto, quiero decir.

Le hubiese gustado responder con un no tajante, pero lo cierto es que sus días junto a Callum estuvieron plagados de miedos y dudas. Miedos en su mayoría inducidos por su educación repleta de prejuicios. El miedo era un buen combustible para los prejuicios.

En lugar de responderle, Amanda sacó otro libro y se lo entregó a su prima.

—Mira a ver si hay notas entre las páginas.

Isolda arrugó la nariz observando el libro como si fuera una araña de patas peludas, pero acabó por aceptarlo y hacer lo que le pedía.

—¿Qué se supone que estamos buscando?

—Cualquier cosa que encuentres entre las páginas, muéstramela —le indicó, tomando varios libros de la estantería y dejándolos sobre la mesa. Abrió uno por las solapas con las hojas hacia abajo y lo sacudió. Después pasó sus dedos por sus páginas para despegarlas entre sí—. Callum busca notas entre las hojas de este libro —ordenó, entregándole otro al muchacho. Necesitaba aligerar el proceso.

Callum estornudó con el polvo que desprendió su tomo y Amanda se le quedó mirando un momento. Sabía que era solo un reflejo, pero llevaba más de una semana sin verle moverse de forma natural y no como un autómatas.

Se tragó el nudo que se le formó en la garganta y se giró hacia la estantería para que su prima no viera que se le habían humedecido los ojos.

—¿Cómo es...? Ya sabes..., ¿la intimidad con un siervo despierto? —preguntó Isolda mientras ojeaba el segundo ejemplar.

Amanda se aclaró la voz antes de responder.

—¿Para qué quieres saber? Tampoco sabes cómo es la intimidad con un hombre infectado. No es que puedas comparar.

Isolda soltó un já burlón.

Amanda se dio la vuelta de golpe y la contempló ceñuda.

—¿A qué viene eso? —inquirió con sospecha.

Isolda puso un morrito haciéndose la interesante.

—Nada.

—¿Isolda? —insistió con tono de advertencia.

—¿Se lo contarás a mi madre si te lo digo?

Amanda negó con la cabeza.

—Hay un par de chicas en el pueblo que te permiten «probar» a sus siervos a cambio de un chelín.

La miró horrorizada.

—¿A qué te refieres con probar?

Isolda esbozó una sonrisa pícaras, dejando claro que las sospechas de Amanda eran acertadas.

—Isolda, eso es prostitución —soltó, indignada.

La muchacha rio ante su declaración.

—No digas tonterías, son solo siervos, están para eso. Además, es sano para ellos.

—¿Sano para...? ¡Por dios!, ¡son personas también! —Amanda se llevó la mano a la frente para masajearse—. ¿Te gustaría que abusaran de tu cuerpo inconsciente?

Isolda la contempló con una expresión resabida.

—Lo dices como si tú no le hicieras lo mismo a él —señaló a Callum y después se sorprendió al fijarse en la expresión de Amanda—. ¿No lo haces?

Negó con la cabeza con una expresión avergonzada. Era muy incómodo hablar de su intimidad con Callum con otra persona, y más con él delante.



—Nada, desde que perdió la consciencia —corroboró ante la mirada atónita de su prima.

—Enfermará si lo mantienes así —vaticinó, cruzándose de brazos.

Amanda tragó saliva.

—¿De qué estás hablando?

—¡Oh, vamos!, todo el mundo sabe que los hombres necesitan aliviarse con asiduidad o caen enfermos.

—¡Estás exagerando! —replicó Amanda, aunque le vino un recuerdo de la noche en la que Callum le pidió que le dejara tocar sus pechos. Después le aseguró que estaba enfermo y que, incluso, podría morir. Amanda sabía que era una exageración, fruto de la ignorancia de Callum respecto al deseo que lo estaba consumiendo. No obstante, él habló de dolor aquella noche. ¿La frustración postergada podía llegar a hacerle daño?

—Lo... Lo consultaré con la doctora —tartamudeó, incómoda. Había creído que cuidaba bien de Callum, pero quizá su peculiar relación ama-siervo tuviera consecuencias negativas para su salud que ella no había considerado.

Isolda puso los ojos en blanco.

—No te entiendo, Amanda —declaró con una mueca—. Se supone que lo amabas, ¿no? Y él te amaba a ti. Entonces, ¿por qué te niegas a algo tan natural?

—¡Porque no es él! —estalló, dando un golpe en la mesa que sorprendió a su prima—. Eso no él, es solo el fantasma de lo que fue...

Isolda alzó una ceja al ver que Amanda rompía a llorar.

—¡Vetel, ¡déjame sola! ¡Tú no entiendes nada!

La chica suspiró, pero se levantó para marcharse.

—¿Sabes lo que dijo Mary cuando te fugaste con él? —indicó antes de salir por la puerta—. Dijo que por culpa de Callum ya no eres la misma y tiene razón. Solías ser templada, y, desde que llegó tu siervo..., bueno, estás de lo más alterada. Apenas te reconozco, Amanda.

Las palabras de su prima le produjeron una profunda desazón. No porque estuviera juzgando su nuevo comportamiento sino por la descripción que había hecho de su yo antiguo. Templada, la había llamado templada, lo que venía a ser parca, obediente, maleable, conformista... ¿Era cierto? ¿Amanda era tan dócil como la pintaban? ¿Cómo iba alguien con esa personalidad a cambiar el mundo? No podría. Por eso aún no había logrado nada porque no tenía el coraje que hacía falta para liderar una revolución.

Se quedó mirando la puerta que Isolda había cerrado tras ella durante no supo ni cuánto tiempo, después se levantó, decidida, y comenzó a tirar de todos los libros de la estantería para revisarlos a toda prisa. No se molestó en devolverlos a su lugar, sino que los lanzaba de cualquier manera al suelo para ir más rápido.

No halló nada, pero cuando terminó con todo el despacho, parecía que había pasado un tornado.

Esa sería ella a partir de ahora. Un tornado que removería cielo y tierra y arrasaría con todo hasta dejar un mundo nuevo tras su paso.

Edith Monroe, la doctora de Crawley, vivía en la primera planta sobre la sastrería. Amanda subió por las angostas escaleras de madera seguida de Callum y llamó a la puerta de la mujer a las siete de la mañana.

Edith abrió aún en camisón y con las trenzas despeinadas.

—¿La he despertado? —inquirió Amanda, temiendo que la mujer hubiera estado hasta tarde visitando a algún paciente.

—No se preocupe —la tranquilizó, apartándose para dejarles pasar—. Son gajes del oficio.

Le indicó que tomara asiento en uno de los sofás con una tapicería verde tan desgastada que comenzaba a parecer ocre.

—No le quitaré mucho tiempo —se disculpó Amanda, sentándose con una sonrisa avergonzada—. Solo es una consulta rápida.

Edith asintió a la espera de que continuara.

—Se trata de la salud de mi siervo. —Señaló a Callum y carraspeó sin saber bien cómo formular su pregunta—. No me gusta crearme las habladurías sin consultarlo con una experta, así que he decidido hacerle una visita —carraspeó, nerviosa.

Edith alzó las cejas, pero se mostró impasible, sin duda acostumbrada a todo tipo de asuntos escabrosos relacionados con el cuerpo humano.

—¿Y bien? —La incitó ante su pausa.

—Dicen que los siervos necesitan... Descargarse habitualmente para mantener una buena salud y me preguntaba, en el caso de que sea cierto, cómo de a menudo debe ser —soltó de carrerilla.

Para su alivio la mujer no mostró ni una pizca de extrañeza ante su pregunta. Se imaginó la clase de consultas que le podían llegar a hacer al cabo del día.

—Efectivamente, tales actividades son muy saludables para ambos y pueden ejercerse con la asiduidad que la ama desee.

Amanda tragó saliva.

—Y en el caso de que la Ama no pueda... Eh..., participar por la razón que sea. ¿Considera que es necesario que el siervo sea aliviado en intervalos de tiempo concretos?

Edith se echó hacia atrás y entrelazó los dedos para contemplar a Amanda pensativa.

—Si no siente apego por este siervo puede pedir un cambio a... —comenzó a decir la mujer, pero se detuvo, perpleja, al mirar a Callum. Pestañeó varias veces y después carraspeó.

—Si el problema es que no tiene..., predilección por los siervos en general y no desea tener descendencia, no tiene por qué realizar ciertas actividades con él —propuso la doctora, con tacto.

Amanda suspiró a sabiendas de lo que estaba sospechando la mujer.

Lejos de desmentir, prefirió que pensara eso en lugar de tener que explicarle todo lo ocurrido.

—Si fuera así, si resultara que no tengo interés en practicar ciertas actividades con él y tampoco quisiera tener descendencia... ¿Sería sano para él la completa abstinencia?

La mujer miró de nuevo a Callum, esta vez de forma evaluativa, e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es un muchacho joven y fuerte... Lo cierto es que, a la larga, la abstinencia total puede llegar a tener consecuencias para su salud física y psicológica —admitió entonces—.

Existen alternativas, señorita Fairfax. Usted podría prestarlo a otras jóvenes de confianza que le aseguren que lo van a cuidar y velar por su salud o... Eh, aplicar un alivio manual.

Amanda asintió mortificada y con las mejillas ardiéndole.

—¿A cada cuánto recomienda que lo haga? —insistió.

Edith suspiró pensativa.

—No soy una experta en esta materia, pero me atrevería a decir que día sí y día no ahora que es joven —apuntó, convencida con su propia recomendación.

Amanda asintió satisfecha por haber obtenido una indicación médica clara de cómo cuidar de Callum mientras estuviera inconsciente. Ahora solo le quedaba asegurarse de que no fuera por mucho tiempo.

\* \* \* \*

De rodillas, Amanda introdujo el pico del punzón que había tomado prestado de la cocina en el diminuto ojo de la cerradura del dormitorio de su madre. Jugó en vano con la herramienta intentando forzar el pestillo, pero no logró que cediera. Soltando una exclamación de irritación, se levantó y comenzó a darle patadas a la puerta.

—Mary ya está furiosa por el desastre que armaste en su despacho. —La voz tras ella la hizo detenerse. Era su prima Henrietta, contemplándola con evidente preocupación—. Sería conveniente que no lo empeoraras —prosiguió la muchacha, dando varios pasos hacia ella.

—No me importa, más enfurecida estoy yo —rebatió—. ¿Tenemos hachas?

Henrietta alzó las cejas y se sacó algo del bolsillo del pantalón.

—No será necesario —declaró, ofreciéndoselo a Amanda. Se trataba de una llave negra mientras que las de la casa eran de bronce.

—¿Qué es eso?

—Una cebolla... ¿Tú qué crees que es? —se burló Henrietta—. Es la llave del dormitorio de Mary.

Amanda la giró en su mano.

—Pero es negra.

—Las sirvientas tienen copias de las llaves para poder limpiar las habitaciones y las suyas son de ese color.

Amanda abrió la boca sorprendida con esa información e introdujo la llave que giró sin oponer resistencia permitiéndole abrir la puerta.

Antes de que pudiera entrar, Henrietta le puso la mano en el brazo.

—Espero que encuentres lo que buscas de una vez y que eso te devuelva la paz —declaró, exponiendo su motivo para ayudarla—. No le digas a Mary que yo te di la llave.

Asintió, agradecida, y entró en el cuarto de su madre. Estaba ordenado y pulcro, aunque el halo de luz se colaba entre la abertura de las cortinas, mostraba partículas de polvo danzante en el aire.

Había un par de libros sobre la mesita de noche, pero, tras revisarlos, Amanda no encontró ninguna nota dentro de estos. Quizá Mary había abandonado esa costumbre.

En el primer cajón halló un ungüento preparado por la boticaria, un antifaz, unas gafas de lectura y gorro de dormir.

En el segundo, había más libros, de uno de ellos cayó un dibujo de toda la familia reunida que había hecho Cassandra. O, al menos, de las mujeres de la familia. Amanda no

hubiera notado ese detalle antes, pero ahora su visión del mundo había cambiado para siempre.

En el tercer cajón, Mary guardaba calcetines de lana para mantener los pies calientes en las frías noches inglesas.

Revolvió los cajones de la cómoda también donde solo había ropa y nada más. Después, abrió el armario y fue metiendo la mano en todos los bolsillos que tenían las prendas allí colgadas hasta que sus dedos se toparon con un papel doblado dentro del bolsillo de una chaqueta.

Lo desdobló para leerlo y se encontró con un nombre que no conocía y una dirección de Londres escrito en la letra de su madre.

—Jemina Price —leyó en voz alta, tratando de recordar si había escuchado ese nombre antes. Que ella supiera, su madre no tenía amistades en esa parte de Londres ni era su costumbre viajar sin explicarle a la familia sus motivos. No obstante, Amanda recordó que unas semanas antes de su cumpleaños dieciocho, Mary se había ausentado unos días para acudir a una convención sobre raíles en Londres. Quizá fue entonces cuando visitó a la señora Price, pero, ¿quién era? ¿Por qué iría a verla a su residencia?

Era la mejor pista que había encontrado hasta el momento y merecía la pena investigarlo, aunque tuviera que desplazarse hasta la capital.

Amanda se guardó la nota en el bolsillo y cerró el armario procurando dejarlo todo como lo había encontrado. Si Jemina Price tenía algo que ver con el experimento de Callum, no quería que Mary le advirtiera con antelación de que Amanda iba a buscarla, sino que prefería sorprender a la mujer de imprevisto.

—Vamos, Callum —le dijo al muchacho conforme salía del cuarto de su madre para dirigirse a la buhardilla—. Nos vamos a Londres.

### 3

*A su majestad, la Reina Victoria.*

*Mi nombre es Amanda Fairfax y esta es mi historia:*

*Soy la hija primogénita de la alcaidesa de Crawley, una pequeña aldea al sur de Londres, cuya vida campestre resulta monótona a la par que agradable. Nada ocurre jamás en Crawley y nos gusta que así sea. Vivimos entre los bosques y los lagos de Foggate, y no tenemos mayor pasatiempo que el de observar el mutar natural del entorno con cada estación. Nuestros campos se cubren de un manto azulado de campanillas silvestres en primavera. El sol estival amarillea nuestros verdes prados en verano, mientras que el otoño los salpica de distintos marrones y rojos. Son pocas las ocasiones en las que el invierno nos sorprende con su mágica blancura y ciclos resacaes. Es más común que el vapor húmedo de las fogas se cristalice en la escarcha del alba tejida en las noches más frías.*

*En embargo, este año Crawley vivió algo más que su habitual calma, cuando, al cumplir dieciocho años, se me entregó a un siervo como dicta la ley. Solo que mi siervo no resultó ser lo que esperaba. Al regresar a casa con mi nueva adquisición, Callum se rebeló contra mis órdenes, demostrando razonamiento y autonomía.*

*En altura debe estar pensando que debí denunciarlo de inmediato y es posible que tenga razón. De haberlo hecho, ahora mismo sería como las demás mujeres, viviría en la tranquilidad de la ignorancia, sin comprender la crueldad que se esconde tras la esclavitud masculina. Pero procuraré no desviarme del curso de la historia.*

*Repleta de curiosidad por el sexo opuesto, decidí ocultar el estado de salud de Callum durante una noche y así poder analizar por mi misma las diferencias entre nosotros. Como ya debe saber por los periódicos, me desvié de mi propio plan, pues Callum resultó ser tan fascinante que lo único que deseaba era pasar más tiempo a su lado. Hubo varias razones para que, a los pocos días de convivir junto a él, la idea de denunciarlo fuera sustituida por mi determinación de liberar a todos los hombres. Callum me demostró la belleza de su personalidad, sus ganas de vivir, su derecho a hacerlo de forma autónoma, su curiosa mente liberada de todas las restricciones sociales y la parte bella de las diferencias entre nuestros sexos. Callum me demostró que los hombres no son criaturas malvadas por naturaleza, sino que tienen tanta capacidad de amar y respetar como nosotras.*

*Con el aprendí que los varones no son nuestros enemigos, sino compañeros iguales. Sé que la igualdad nunca ha existido entre los sexos, pero me niego a creer que es una utopía. Me niego a rendirme ante la supremacía de un sector de la población. Somos seres de increíble inteligencia y nuestra mayor virtud es nuestra capacidad para reajustar nuestras creencias y crear una realidad nueva, una sociedad mejor fuera de los dictámenes del instinto. Tenemos la historia de la humanidad como prueba de ello. Cada vez nos tornamos más morales, más tolerantes y compasivos con el sufrimiento ajeno. Nuestra misión en este mundo es tomar el legado de nuestros antepasados con sus errores y hallazgos, y usarlo para transformar nuestra sociedad en un mundo más justo a través de la educación, que es el cincel capaz de tallar la igualdad que todo ser vivo merece.*

*La historia nos ha dado la oportunidad de empezar de nuevo y esta vez podemos hacerlo bien. No somos iguales, pero valemos lo mismo, y por eso merecemos el mismo respeto y las mismas oportunidades.*

*Si la sociedad es desigual no es culpa solo del que ostenta el lugar privilegiado, sino también del que lo permite. No podemos criticar un sistema si seguimos sus preceptos, sino nos alzamos contra las desigualdades ni señalamos las injusticias.*

*Debemos ser valientes y denominar a la esclavitud masculina por lo que es. Es un crimen, altura. Sé que estamos perpetrando contra los hombres es un terrible crimen equiparado al asesinato. Dentro de nuestros siervos, habitan seres humanos tan maravillosos y complejos como lo somos nosotras, y no tenemos derecho a despojarlos de sus vidas.*

*Me dirijo a usted con toda mi admiración por su trayectoria como dirigente de nuestra próspera nación, y a saliendo de que amé fervientemente a su marido, el príncipe Allert, como yo he llegado a amar a Callum. Si hay alguien que puede entenderme es usted. Si hay alguien que tiene el poder de provocar un cambio a favor de la libertad de los hombres es usted.*

*No me atrevo a decir que tiene en mí a una aliada porque soy consciente de mi propia insignificancia, pero sí a una sierva leal que está dispuesta a usar su historia a favor de la liberación masculina.*

*Ha llegado el momento de un cambio para el que usted y yo, y otras mujeres, desde ya hace tiempo estamos preparadas, pero hay tres tipos de personalidades ideológicas. Existe una parte de la población que no es capaz de aceptar la evolución natural de la sociedad, que se resiste a renunciar a sus tradiciones aún en pro de una mejora humanitaria. No hay nada que hacer contra las mentes conservadoras, más que imponer la progresión hasta que se habitúen a la novedad por la fuerza de la cotidianidad. Somos las visionarias y progresistas las que tenemos la misión de abrir las mentes de las personas transigentes a las nuevas posibilidades, y forjar el cambio hacia la nueva y mejorada fase de una sociedad moderna.*

*Su fiel servidora,  
Amanda Fairfax*

La recepción del Hotel Brown olía a bizcochos recién horneados y a té con leche. El aroma, sin duda, procedía de la salita contigua, donde Amanda escuchó las voces animadas de otras huéspedes.

—¿Podría enviar esta correspondencia? —solicitó a la recepcionista, entregándole el sobre que había preparado en su cuarto.

—¿Desea enviarlo a la dirección que figura como destinatario? —inquirió la mujer alzando los ojos hacia ella con desconcierto.

Amanda asintió.

—Pero pone Palacio de Buckingham...

—Lo sé.

La recepcionista pestañeó varias veces y se percató de que la misiva iba dirigida a la mismísima Reina Victoria, pero acabó por sonreír y dejar la carta con el montoncito de correspondencia pendiente de llevar a correos.

Amanda no tenía muchas esperanzas de que la Reina la recibiera, pero sí que estaba convencida de que, de hacerlo, lograría el impacto deseado. No le quedaba otra que intentarlo. Si no obtenía respuesta, enviaría otra carta y no dejaría de hacerlo hasta que surtiera efecto.

—He oído que el Hotel Brown era un punto de encuentro entre científicos antes de la pandemia —comentó con tono conversacional.

La recepcionista sonrió orgullosa.

—Así es, señora. El Club X solía reunirse aquí, con científicos de la talla de Thomas Huxley o Joseph Hooker. ¿Está usted familiarizada con su trabajo?

—Sí, he leído bastante de Darwin —concluyó Amanda, contenta con haber investigado los hoteles antes de escoger uno para su estancia en Londres.

La recepcionista asintió, complacida.

—¿Sabe? Este era de los pocos hoteles en Londres cuyo Club mantenía las puertas abiertas también a las mujeres. Quizá por eso seguimos recibiendo a científicas hoy en día —prosiguió, dando por sentado que Amanda era una de ellas, o al menos una entusiasta de la materia.

—¿Se ha alojado aquí alguna vez Jemina Price? —se atrevió a preguntar.

La mujer se mostró dubitativa.

—Lo siento, no me viene nadie a la cabeza con ese nombre. Y de todas formas no puedo proporcionar información sobre huéspedes de la actualidad. Es distinto con los científicos que le he mencionado antes, pues están...

—Infectados —completó Amanda, sintiendo un sabor amargo en la boca. Se imaginó a aquellos hombres con tanto que ofrecer en el campo de la ciencia congelados en todas sus investigaciones por una enfermedad inesperada.

—Exacto, señora.

—Lo entiendo —le sonrió a la mujer—. ¿Podría enviar a la habitación 118 té para dos y aquello que huele tan bien?

—Claro, señora. Lo subirán en un momento.

—Gracias, ha sido usted muy amable.

Amanda regresó a su cuarto donde había dejado a Callum, sentado en el diván a los pies de la cama de estilo imperial, mirando el papel de pared florido como si se tratara de algo fascinante. Solo que su expresión no era de fascinación sino de indiferencia.

—Ya está, Callum. He enviado la carta a la Reina Victoria —lo informó a pesar de que sabía que nada de lo que le decía le llegaba. Al menos no al verdadero Callum.

A veces, miraba al joven silencioso que la acompañaba a todas partes y no podía creerse que fuera la misma persona, aun cuando su rostro era igual. Tenía ganas de golpear a ese aburrido impostor y echarle de su vida para que el auténtico Callum regresara a ella.

Le ordenó que se acostara, mientras ella se quitaba la ropa de calle y se ponía el camisón. Había traído uno de invierno que le cubría del cuello a los pies. No era su prenda más sugestiva, pero en su nuevo estado, Callum no le prestaba ninguna atención a la indumentaria de ella. Había pasado de tener un siervo que la seguía con ojos curiosos hasta detrás del biombo a uno que no movería un músculo, aunque diera volteretas desnuda.

Amanda entró en la cama y le echó un vistazo. Callum llevaba una camisa de dormir cuyos lazos se habían desatado y soltado en la parte superior dejando sus clavículas y el nacimiento de sus pectorales al descubierto. Olía igual que antes de que su mente fuera vencida por la maldita enfermedad que había liberado a las mujeres, pero roto el corazón de una mujer en particular. En ocasiones, ese olor la hacía sentir de nuevo como si su cuerpo estuviera a punto de bullir por dentro como una olla de sopa al fuego. Después recordaba que él ya no estaba y ese fuego se congelaba en un segundo.

Los cubrió a ambos con las colchas, intentando no pensar en lo que le había dicho la doctora sobre la necesidad de los hombres de desfogarse con asiduidad. Le provocaba una ansiedad nerviosa ese asunto.

Giró sobre su costado y contempló el perfil del muchacho, preguntándose qué era lo correcto. Por mucho que el mundo e incluso el propio Callum le dijeran que un hombre necesita el contacto físico para llevar una vida sana, Amanda no podía apartar la sensación de que estaría abusando de alguien inconsciente.

Suspiró, mientras depositaba la palma de su mano sobre el pecho del muchacho. Entrecerró los ojos al notar el calor que emanaba de su piel. Por mucho que Callum no estuviera, su cuerpo seguía vivo y funcional.

Había un dicho en Crawley, era de antes de la pandemia, que decía que los solteros vivían menos años. Amanda recordaba haber preguntado al respecto y su tía Evelina le había respondido: «Somos animales sociales, Amanda. Nuestra piel necesita el tacto de otros. Necesitamos pertenecer y ser útiles».

Hacía más de dos semanas que Callum se había contagiado y Amanda había reducido el contacto entre ellos casi en su totalidad. Lo había hecho por respeto y porque le hacía daño sentirlo en ese estado de autómatas, pero... ¿Y si le estaba haciendo daño a su salud sin saberlo?

—Callum, vuélvete hacia mí —le ordenó con suavidad. El joven lo hizo—. Rodéame con tus brazos también.

Cuando el muchacho lo hizo fue como sentir una chispa del antiguo Callum, solo que este la hubiera abrazado con más fuerza y sus manos no se hubieran quedado quietas. La pasividad y la paciencia no eran parte de su carácter y eso delataba las diferencias entre ambos, impidiendo que Amanda fantaseara por un instante con que estaba de vuelta.

Sí que le trajo el recuerdo de aquella vez en el bosque en la que Callum le confesó que le parecía bella, a su manera, y ella lo abrazó conmovida.

—Esto es un abrazo, ¿verdad, Amanda? —le había dicho en aquel entonces.

—Sí, si tú también me rodeas con tus brazos.

Él la había estrechado con tanta fuerza que se había quedado sin aliento.

Amanda se echó a llorar ante el recuerdo, humedeciendo el pecho de Callum con sus lágrimas. Hacía dos semanas que lo había perdido, pero le parecía una eternidad.

Continuó llorando hasta que notó un bulto contra el muslo que no estaba ahí antes. Apartó el rostro para verle la cara y vio que tenía los labios entreabiertos pero la mirada igual de perdida.

Amanda levantó la colcha para comprobar si sus sospechas eran ciertas y soltó un improperio al verlo con sus propios ojos. Callum tenía una erección cubierta por su camisa, pero allí estaba, empujando contra el muslo de ella. La prueba de que tenía necesidades

físicas. Tal era la enajenación de su siervo ante la realidad que la había obtenido mientras ella lloraba.

Volvió a taparlos con la colcha y se secó las lágrimas contemplando el rostro sonrojado del muchacho. Su piel ardía, incluso más que antes.

—Yo... —Sabía que Callum necesitaba alivio. Sabía que se lo había provocado ella con su proximidad. Sabía lo que tenía que hacer y, aun así, no fue capaz de mover un músculo —. Lo siento, Callum, no puedo. Así no. Perdóname, por favor.

El joven no dijo nada y eso no hizo más que acrecentar su sentimiento de culpa. Dependía totalmente de ella y estaba fracasando como ama. No le estaba proporcionando los cuidados esenciales, pero sentía un rechazo innato ante la idea de tocar su cuerpo inconsciente de esa forma.

—Mañana le haremos una visita a Jemina Price —prosiguió, apartándole un mechón de cabello de la frente—. Si es quien sospecho, podrá proporcionarme el antídoto para ti. Volverás a ser el que eras, aunque tendrás que disimular de nuevo, Callum, mientras logramos la liberación masculina.

El joven no dijo nada. Mantuvo sus ojos en el intrincado dibujo del techo de la cama a dosel que los cubría.

—Procura dormir —soltó cansada y se apartó de él para no empeorar la situación.

Se durmió con la idea de que Jemina Price tenía que ser la persona que le había proporcionado el antídoto a Mary para llevar a cabo el experimento. No sabía cuánto tendría que pagarle a la mujer para que la ayudara, pero haría lo que fuera por conseguir que despertara a Callum de nuevo y lo mantuviera inmunizado mientras forzaban otra votación o un cambio de ley. Lo único que la mantenía de una pieza era su determinación de que las cosas ocurrirían de esa forma. Estaba en mitad de un océano sin nada más a lo que aferrarse que ese plan.



Los tacones de las botas de Amanda resonaron contra la piedra mojada de la calle londinense, creando un estruendo demasiado obvio para aquellas horas de la noche. La zona estaba desierta y una neblina húmeda dificultaba aún más su visión de la oscura calle que olía a madera quemada, basura y putrefacción. Aquella parte de Londres, a pesar de su proximidad a Westminster Abbey, era una zona pobre y de mala reputación, donde bandidas y borrachas se escondían entre las sombras de la noche para descansar de sus fechorías.

No había sido su intención pasearse por esas calles una vez caída la noche, pero el tren de Amanda se había retrasado en el nudo de Stewarts Lane. Además, al salir de la estación Victoria le habían indicado mal el camino hacia Westminster, y había terminado por recorrer dos millas antes de encontrar Old Pye Street, que tenía como referencia de la dirección que buscaba. Cuando llamó a la puerta de Jemina Price nadie le respondió y esperó en el sombrío y mísero rellano de aquel edificio a que la mujer volviera durante casi cuatro horas.

Cuando al fin había aparecido alguien con la ropa empapada por la lluvia nocturna no se trataba de Jemina Price sino de su vecina. Amanda se llevó dos dedos a la nariz para mitigar el hedor que provenía de la mujer. Una pastilla de jabón de cuatro onzas costaba lo mismo que un buen trozo de ternera por lo que no era ninguna sorpresa que las clases obreras no malgastaran su dinero en algo que cualquiera con un estómago vacío considerara una nimiedad.

La mujer, con el rostro ceniciento y cansado, le echó un buen vistazo a Amanda, deteniéndose en su abrigo verde jade y sus botas impolutas.

—¿Se ha perdido usted, doña? —le preguntó extrañada.

—Espero que no —respondió, carraspeando para aclarar la voz tras las horas en aquel pasillo frío—. Busco a Jemina Price. Tengo entendido que vive aquí.

La mujer frunció los labios y miró por encima de su hombro las escaleras por las que había subido.

—¿Quién es usted? —preguntó recelosa.

Amanda tragó saliva. Soy la hija de Mary Fairfax y estoy aquí para hablar de un asunto que la señora Price tenía pendiente con mi madre.

La mujer la contempló con curiosidad durante un instante.

—Me da que esos «asuntos» se van a quedar a medias —dijo al fin.

Amanda frunció el ceño.

—Jemina murió hace una semana —prosiguió la mujer alzando la barbilla y señaló la puerta cerrada a la que había llamado Amanda horas antes—. La casera la encontró degollada en la cama. «Un robo», determinó la inspectora.

—¿Usted no cree que se tratara de eso? —indagó Amanda ante el tono irónico con el que había añadido eso último.

La mujer abrió los brazos mostrando la capa de lana agujereada que llevaba como si fueran alas de murciélago y la ropa remendada que vestía bajo esta.

—¿Qué tesoros podría buscar un ladrón en este edificio? —inquirió, socarrona.

Amanda abrió la boca ante la insinuación de que había sido asesinada adrede.

—¿Usted la conocía? ¿Jemina era científica?

La mujer soltó una risa nasal.

—¿Científica? No, doña. Aquí, si una mira libros todo el día no come, ¿sabe usted? —le explicó con una sonrisilla y dándole un repaso con la mirada, como si la creyera demasiado inocente con respecto al funcionamiento del mundo real—. Pero sí que era lista, Jemina, un ratón colorado. Trabajaba de ayudante en un laboratorio. Quizá sabía demasiado para su propio bien, ¿entiende usted?

Amanda exhaló, sintiéndose mareada. La había encontrado, la razón por la que su madre la había visitado meses atrás. Jemina le había proporcionado el antídoto a Mary para llevar a cabo el experimento y ahora estaba muerta. Asesinada, sin duda.

Se sostuvo en la barandilla de la escalera y trató de recomponerse.

—¿Alguna vez la señora Price le explicó algo acerca de su trabajo?

La mujer negó con la cabeza.

—Y ahora que ha muerto, lo quiero saber aún menos —respondió un tanto mordaz, preguntándose quizá si Amanda iba a traerle problemas.

Asintió afectada. Los pensamientos arremolinándose en su cabeza demasiado deprisa. ¿Tenía algo que ver Mary con la muerte de Jemina? Por terrible que hubiera sido la idea del experimento, se negaba a creer que su madre era capaz de asesinar a alguien.

—¿Podría indicarme dónde puedo encontrar a la casera?

La vecina de Jemina asintió y caminó hacia una de las puertas que había en el lóbrego pasillo, llamando a esta con los nudillos.

—¿Tillie? ¿Estás ahí? —berreó tras el segundo intento.

Se escucharon unos pasos y una señora regordeta y despeinada abrió la puerta chirriante.

—¿Qué se debe? —inquirió al verlas en el rellano. Le faltaban varios dientes y los que tenía estaban torcidos o negros.

—La doña venía buscando a Jemina —explicó la vecina a la que debía ser la casera.

La mujer la miró de arriba abajo con la misma expresión de sorpresa que había puesto la otra mujer.

—¿No es usted muy fina para querer alquilar aquí? —preguntó burlona.

—No... No venía a alquilar el cuarto de Jemina, sino a hablar con ella —explicó Amanda, titubeante—. No sabía que había fallecido.

La casera entornó la cabeza.

—¿Y qué quiere de mí? No sé despertar a los muertos.

Amanda se humedeció los labios y dio un paso hacia la mujer.

—Quería saber si encontró algo en su cuarto cuando... Ya sabe, encontró el cuerpo. Notas, escritos, cartas... Cualquier cosa sería de ayuda.

La mujer frunció el ceño y alzó el mentón, desconfiada.

—Fue un robo, ¿sabe usted? Estaba todo revuelto, los cajones abiertos, to' tira'o por los suelos... Solo dejaron ropa. No había na' de eso que dice usted —declaró e hizo el amago de cerrar la puerta.

Amanda se apresuró en interponer la mano.

—¿Está segura de que no había nada? ¿Algo que pueda explicar por qué la robaron?

—¡No sé na' de eso! —negó la mujer con vehemencia—. ¡Márchese!

Le cerró la puerta en las narices.

—Es cierto que no sabe nada —escuchó decir a la vecina a su derecha—. Jemina no nos contaba en qué andaba metía en ese trabajo suyo. Y si había algo en su cuarto se lo llevaron, ¿entiende usted?

Amanda asintió, derrotada.

—¿Sabe en qué laboratorio trabajaba?

La mujer negó con la cabeza y la contempló seria.

—No y usted no debería ir allá o acabará como Jemina.

Amanda cerró los ojos y exhaló sonoramente.

—Márchese y olvídense de este asunto escabroso —le aconsejó la mujer, alejándose hacia su propia puerta.

Amanda le echó un vistazo a Callum que permanecía sentado en el poyete descascarillado de la ventana. Su única oportunidad de despertarlo antes de la liberación masculina se había esfumado como una pompa de jabón en el aire.

—Vámonos, Callum —le indicó, arrastrando los pies hacia la escalera. Parecía que le pesaba la cabeza una tonelada. ¿Qué iba a hacer ahora?

—¿Doña? —la llamó la mujer desde su puerta—. Ya ha caído la noche. Tenga cuidado ahí fuera, es usted un corderito en una tierra de lobos.

Amanda había asentido sin importarle mucho lo que decía la mujer. Tenía problemas peores de los que preocuparse, y, sin embargo, ahora que se veía perdida en la neblina de la noche comenzó a asustarse.

Supo que estaba atravesando Devil's Acre porque el suburbio hacía honor a su nombre. Era una sucesión de casas entre dos y tres plantas dispuestas en un rectángulo lleno de esquinas y salientes irregulares que daban lugar a espacios oscuros y callejones aciagos. Las casas estaban tan amontonadas que los moradores no tendrían problemas para ver lo que hacía el vecino a través de las estrechas ventanas rectangulares. Todo parecía haber sido dispuesto para albergar a más personas de las que permitía el espacio. Sucias cuerdas con ropa tendida se habían instalado de un edificio a otro. Algunas partes de los edificios mostraban su esqueleto compuesto de vigas de madera corrompida por la humedad, como si nadie se hubiera molestado en terminarlos. De los tejados ennegrecidos salían pequeñas chimeneas humeantes de forma caótica.

Las botas de Amanda y Callum resonaban en los charcos del suelo desnivelado y polvoriento, y el hedor le decía que aquello no era solo agua de lluvia.

La calle parecía estar desierta, pero había tantos rincones oscuros y tantas ventanas que tenía la inquietante sensación de ser observada.

El llanto de un bebé le llegó ahogado por el cristal de una ventana baja, y un bulto se movió a su izquierda, haciéndola saltar con los nervios de punta. Inconscientemente, se apretó contra el brazo de Callum, quien, indiferente a los peligros de la noche, continuó con el mismo semblante. Se trataba de un escuálido perro abandonado que olisqueaba las basuras amontonadas en las puertas de las casas.

Amanda se relajó un tanto al ver que solo era un animal, pero su crispación no disminuyó del todo. Con sus ropas elegantes era la víctima perfecta para ser asaltada en aquella callejuela polvorienta. Y estaban corriendo el riesgo para nada, pues Jemina había fallecido, llevándose con ella sus conocimientos sobre la cura.

Amanda no quería ni pensar en que su madre tuviera algo que ver en la muerte, pero tenía que admitir que se trataba de una posibilidad. Aunque no la única. Según las gacetas, una asociación de obreras bien organizadas y con influencia, estaban a favor de la abolición y buscaban la fórmula. Si Mary había encontrado a Jemina también podrían hacerlo ellas. Sin duda, las mujeres

al mando no querían arriesgarse a que una organización poderosa se hiciera con el medicamento y comenzaran a despertar a sus hombres.

Todas sus esperanzas se habían ido a la tumba junto con aquella pobre mujer. Su última oportunidad se pudría bajo tierra mojada mientras la devoraban centenas de gusanos.

Si no fuera porque estaba tan asustada por tener que vagar por aquel lugar abandonado por Dios de noche se hubiera desplomado en el suelo para llorar como deseaba hacer.

Al final de la calle, un farolillo de gas brillaba anunciando la intersección con una calle principal más transitada. Apretó el paso sin darse cuenta, a la vez que hundía sus dedos en la carne del brazo de Callum para que captara el mensaje. Si lograban llegar hasta ella, vería el fantasma de la abadía Westminster difuminado por la niebla y se sentiría a salvo.

Dedos huesudos que, a pesar de su delgadez, tenían la firmeza de las garras expertas de un halcón asieron su hombro derecho, deteniéndola en seco y haciéndola trastabillar hacia atrás. Su trasero no llegó a golpear el suelo como era de esperarse, porque su espalda chocó contra el torso enclenque de su captor.

—Callum... ¡Libérame! —le dio tiempo a gritar antes de que una voz rasposa, como la que tendría alguien que ha pasado cuantiosas noches en la calle y bebiendo demasiadas pintas, le ordenara a su maloliente captor que la silenciara.

Una tela asquerosa cubrió sus labios y fue atada tan rigurosamente en su nuca que le dolieron las comisuras de la boca.

Callum, respondiendo a su primera orden, encerró una mano de acero sobre el brazo del hombre. Un joven fornido como él no tendría problemas en reducir a aquel individuo sin esfuerzo. No obstante, con un bramido, la mujer que controlaba a su captor le ordenó que se detuviera. Callum, preso de su servicial enfermedad, hizo lo que le ordenaba sin vacilar, como si para él no hubiera diferencia alguna entre una voz familiar y una desconocida.

Amanda intentó hablarle a Callum, pero la mordaza no le permitía emitir sonidos coherentes que el muchacho pudiera entender.

La desaliñada mujer permaneció en las sombras del callejón del que habían salido como si la iluminación la asustara.

Amanda solo logró ver parte de sus ropas deshilachadas y sus cabellos oscuros y despeinados asomándose desde el pañuelo que le cubría la cabeza como las antenas de un insecto. También vislumbró las bolsas profundas bajo sus ojos, aunque quizá se tratara de un juego de luces y sombras.

—Sácala to' lo que tenga, Harry —ordenó con voz ansiosa, puede que, incluso, embriagada, en un registro humilde—. El anillo d'oro, muchacho, arráncaselo del de'o.

Harry descendió el brazo que la sujetaba de los hombros para asir su mano, pero Amanda aprovechó la oportunidad para zarandearse como tantas veces había practicado con Callum. Intentando liberar su boca, pero una orden corta envió a Callum sobre ella.

A pesar de su entrenamiento, no lograría deshacerse de dos hombres a la vez.

El tal Harry estaba teniendo problemas para pasar el anillo por el hueso de su dedo.

—Córtaselo, hombre, córtale el de'o. Date prisa, rufián, o es que quieres que volvamos al Newgate —continuó la mujer con premura—. Las mazmorras no te gustan, Harry, recuérdate. Muchacho, ayúdalo, asujeta la mano a tu ama.

Las cálidas palmas que tan bien conocía y amaba se posaron en su delgada muñeca congelada por el aire de la noche para inmovilizarla con fuerza, mandando un calambre, tan abrasador como una lengua de fuego, por el hueso de su brazo.

Amanda se retorció entre los brazos de Harry, intentando hablar, decirle a aquella mujer que se sacaría el anillo y se lo entregaría por propia voluntad, pero cuanto más luchaba, más ansiosa parecía la mujer, creyendo, quizá, que pretendía evitar el robo.

Harry deslizó la afilada hoja de un cuchillo sobre su delgado dedo, mientras Callum le sujetaba la mano con fuerza, reafirmado por las constantes órdenes de la mujer.

«¡Vuelve a mí, no dejes que me hagan esto. ¡Callum, ayúdame!», gritó en su mente, con la esperanza de que los pensamientos le llegaran al joven.

No funcionó. Ni siquiera cuando su grito desgarrador había resonado, ahogado por la mordaza. Ni siquiera cuando su pegajosa sangre se derramó sobre la piedra ennegrecida.

Dejó de forcejear, pues ya no fue capaz de notar nada aparte de ese dolor punzante. No supo si Harry había deslizado el anillo fuera de su dedo.

Enviado por el dolor y la conmoción, un rayo, como el que estalla en el cielo grisáceo en una tormenta, invadió su mente. Cayó al suelo, doblegaba por el dulce abandono del desmayo; pero cuando sus ojos se elevaron para esconderse en sus cuencas, vio el rostro de Callum y logró asirse a esa última visión para mantenerse consciente.

Callum observaba su muñeca, sosteniéndola y manteniéndose fiel a la última orden, impasible como quien observa la lluvia tras una ventana.

Fue vagamente consciente de la mujer hurgándole los bolsillos y en el maletín que llevaba. Tomó todo el dinero y un pequeño pastillero de plata y lanzó el resto al suelo. Después desaparecieron, envueltos en la oscura tiniebla de la que habían surgido.

Apretó los dientes, para intentar que la cabeza dejara de darle vueltas. Tenía que ser fuerte y erguirse, pues nadie iba a acudir a su ayuda en aquel callejón del lado infernal de Londres. Por lo que trató de llenar sus pulmones y arrancarse la mordaza con su mano temblorosa.

Le dolían todas las partes del cuerpo donde la habían sujetado sin piedad. Pero fue el dolor en su mano lo que la hizo romper en llanto. Las lágrimas inesperadas nublaron su visión, pero recordó que, ahora que los atracadores habían huido, su siervo traidor volvía a pertenecerle.

—¡Arranca una tira de tu camisa! —le ordenó con un tono que le horripiló. No sabía con seguridad si lo que la asustaba era que su voz sonaba alienada y muerta, o el rencor que le había salido del pecho al dirigirse al joven—. Véndame la mano con fuerza.

Evitó mirarlo a los ojos muertos, que un día fueron el fuego que iluminaba su vida y que ahora no eran más que el cementerio donde yacían los restos de sus recuerdos más felices. Y se concentró en las manos del joven, que con dirigencia le realizaron un torniquete digno de la mejor doctora. El entrenamiento que el andrónicus les proporcionaba a los siervos la había desmembrado y ahora iba a salvarle la vida en la misma noche. Siempre y cuando lograra salir de aquel barrio con vida y encontrara ayuda a tiempo.

Guardó todas sus pertenencias de vuelta en el maletín y le pidió a Callum que lo llevara. Le sirvió de soporte para caminar hasta la calle iluminada que anteriormente le había parecido la salvación y que ahora ya no se lo parecía. No creía que jamás fuera a sentirse segura otra vez, ni siquiera en su pueblo.

Varios carruajes se cruzaron por su camino, pero no tuvo ánimos para detener a ninguno. Si se trataba de gente de alta alcurnia la mirarían con desconfianza por las circunstancias en las que se encontraba, pero si, por otro lado, eran simples cocheras

regresando a los hogares de sus señoras o trabajadoras nocturnas, nada les importaría sus problemas, si no tenía peniques para ofrecer como propina.

Al fin, divisó un edificio de piedra y ventanas de madera. Un letrero clavado en la verdosa puerta medieval le indicó que se trataba de un convento. Muchos de ellos contenían hospitales, escuelas y orfanatos preparados para ayudarle en su estado.

La pesada puerta rechinó al ser empujada por los brazos de acero de Callum y dieron a un pasillo apenas iluminado por candelabros antiguos que se sostenían en las paredes abovedadas.

Escuchó un murmullo de voces provenientes del salón contiguo, pero antes de poder alcanzarlo se sintió desvanecer y la oscuridad la envolvió. Por suerte, la inconsciencia le llegó incluso antes de que su cuerpo golpeará el suelo.

## 5

—**M**ira, Eleonor. Se ha despertado.

Amanda intentó abrir los ojos, pero la habitación dio vueltas a su alrededor provocándole náuseas. Volvió a reposar la cabeza sobre la almohada para recobrar el equilibrio y que cesara el martilleo insufrible dentro de su cráneo.

—¿Dónde estoy?

Pasos resonaron contra el suelo de la habitación y alguien se acercó a ella.

Separó las pestañas con lentitud y entornó los ojos por el dolor en sus pupilas. A juzgar por la iluminación en la estancia, debía ser de día.

Una mujer, con el pelo cubierto por un velo blanco que formaba un triángulo en su cabeza y se elevaba a los lados como si fuera un pájaro en pleno vuelo, la observaba con atención.

—¿Puede usted volar con eso? —musitó de forma apenas audible. Si Callum hubiera estado allí, habría reído ante su pregunta.

—Por supuesto, ¿por qué tomaría los hábitos, si no fuera por la promesa de volar? —replicó la mujer con tono animado, en lugar de ofenderse—. Si bromea es que no se encuentra tan mal como parece.

—Así es, Eleonor —le contestó la otra voz, a la que se había dirigido con su última afirmación—. Es joven, se recuperará.

Eleonor le depositó una mano fría en la frente, pero Amanda agradeció la frescura de su piel pues la de ella se encontraba en llamas.

—¿Estoy ardiendo en el infierno?

—¿Crees que hay monjas en el infierno? —preguntó la voz mucho más divertida de lo que se había mostrado Eleonor. Por lo que dedujo que no se trataba de una monja; y, además, sonaba demasiado joven.

—Solo las malas —respondió Amanda, contrayendo el rostro en una mueca de dolor. Empezaba a encontrarse verdaderamente mal.

—¿Eres una hija de Lilith? —La joven no podía tener más de quince años. Rizos poco definidos salían tiesos como alambres de su frente como si su cabello no pesara nada.

—Déjala en paz, Rose —la regañó Eleonor mientras pasaba un trapo frío y mojado por su frente, devolviéndole a la vida en el proceso.

—¿Callum? —murmuró Amanda con los ojos plenamente abiertos al recordar cómo había llegado allí.

—No te preocupes, está durmiendo en aquella cama —le aseguró Eleonor, impidiendo que se irguiera. Lo que resultó ser una buena idea, pues solo el esfuerzo la mareó por completo.

Se encontraba en una sala estrecha y alargada cuyas paredes blancas se alzaban hasta un techo muy alto con cristales llenos de polvo. La sala tenía una sucesión de camas con simples sábanas blancas enfrentadas. Parecía ser una enfermería, aunque no había nadie más allí aparte de ellos cuatro.

—Es tan apuesto —celebró Rose con voz ensoñadora—. Cuando me llegue el momento quiero uno así.

Con dificultad, giró la cabeza hacia el lado opuesto a Rose para asegurarse de que el joven se encontraba en el camastro que le habían indicado. Así era. Pudo ver su nuca descansando plácidamente sobre la almohada.

Volvió a enfocar a Rose, quien sonrió con una hilera de dientes retorcidos. La chica era, incluso, más joven de lo que había imaginado, y su rebelde pelo castaño estaba alborotado por la almohada. Al parecer acababa de despertarse, porque aún llevaba el camisón blanco y estaba medio cubierta por las mantas, mientras se sostenía en un codo. Su nariz era amplia, demasiado grande para su cara, pero tenía unos ojos bonitos.

—Has dormido durante tres días —le informó Rose con cierta irritación, como si esperar a que se despertara le hubiese llenado de impaciencia.

—El corte en el dedo te dio una buena infección, pensamos que no sobrevivirías —intervino Eleonor—. ¿Hay alguien a quién deseas avisar de tu paradero?

Amanda se imaginaba que debían pensar de ella. Una dama refinada, perdida en la noche con un dedo serrado.

—Lo hicieron para sacarme el anillo de oro que me regaló mi abuela —dijo mientras alzaba la mano para ver el destrozo que le habían hecho, sin embargo, la tenía completamente vendada.

—Lo sé, muchacha, no es la primera vez que ocurre —le aseguró la monja—. No deberías deambular por esas calles de noche. Londres no es como tu pueblo.

—¿Cómo sabe de dónde soy?

—Hemos rebuscado entre tus cosas para hallar alguna pista sobre tu identidad. Había un billete de tren desde Crawley, ¿no es así?

Amanda asintió.

—Además, una joven londinense nunca hubiera visitado esa zona sin al menos un carruaje —interrumpió Rose con condescendencia. Habían visto la nota de Mary con la dirección de Jemina Price.

La monja se volvió hacia Amanda con curiosidad, pero no hizo preguntas.

—Buscaba a la científica que inventó el antídoto para la bacteria —desembuchó de carrerilla.

Eleonor frunció el entrecejo como si aquello no fuera en absoluto lo que había esperado.

—¿Para qué necesita una joven campestre y de alta sociedad como tú despertar a su siervo?

—Porque así fue como lo conocí —musitó, dejando que su mejilla cayera contra la almohada, con su vista clavada en Callum—. No le necesito, le añoro.

Rose saltó de debajo de las sábanas y se puso de pie sobre el enclenque camastro que se quejó con un rechino oxidado.

—La nota es de él, entonces —gritó la joven fuera de sí—. Sabía que no la había escrito ella. ¡Es de él!

—¿A qué nota te refieres? —Amanda se apoyó sobre los codos, pero la cabeza le dio vueltas.

—¡Callum, despierta! —gritó la joven, ignorándola.

—¡Eh, muchacha! ¿A qué nota te refieres? —insistió Amanda, conteniendo una náusea.

Eleonor estaba metiendo gasas con sangre seca en un cubo, pero se detuvo en sus labores de enfermera para observar la escena. Acto seguido, se acercó a la cama del muchacho, lo incentivó a levantarse y a acercarse a Amanda.

Le dolió el pecho al verle frente a ella. Así, recién levantado, le parecía aún más hermoso. Su piel caliente de la cama desprendía un aroma masculino embriagante que, aun en ese estado, tenía el poder de alterar todo su ser. Sus labios relajados le recordaban aquellas mañanas de besos ardientes y sus ojos adormecidos e hinchados lo hacían parecer un niño desprotegido. Amanda quería despertar así, junto a él, junto a su amigo y amante, el resto de su vida. Pero con la muerte de Jemina, sabía con seguridad que todo lo que tendría era aquel cuerpo vacío, y los recuerdos del joven se desvanecerían en el tiempo hasta parecer un sueño.

Eleonor se sacó una nota del bolsillo, la abrió y se la entregó a Callum.

—Estaba en tu maletín de viaje, tirada entre tus cosas —explicó antes de susurrarle a él que leyera la nota en voz alta. No tenía ni idea de a qué se refería, ella no había guardado ninguna nota allí.

Callum la sostuvo y alzó la voz para leer. Siempre que lo hacía, Amanda tenía el sentimiento desolador de que había vuelto a ser él mismo, porque oía su voz llena de las complejas construcciones del autor. Por un segundo podía abandonarse a la fantasía de que eran sus propias palabras.



*Cuerda Ama.*

*Si alguna vez encuentras esta nota que guardé entre las hojas de mi última lectura, me temo que será porque me he ido, y no es justo que lo haga sin poder despedirme.*

*Es posible que mi cuerpo siga a tu lado. Que mis brazos, mis piernas, mi torso y mi cabeza, estén junto a ti, como siempre han estado. Pero sin alma, no son más que una acumulación de carne, huesos y sangre que no valen para nada. ¿Quién es el cuerpo sin una mente que lo ilumine? Es una habitación a oscuras, que con luz está repleta de novelas, caballetes de pintura, instrumentos de música y barajas de naipes, pero sin ella, no es más que un laberinto inundado de formas extrañas, de miedos, ruidos y monstruos que habitan en las sombras.*

*En estos momentos, la luna se derrite sobre el lago y las hojas de los árboles se acarician con el viento como excusa para crear la sinfonía nocturna del bosque. Tú estás agachado junto a la cistita lavando los cacharros de la cena, e, incluso, desde aquí puedo ver cómo frunces los labios, porque esta noche es tu turno, pero preferirías estar devorando las páginas de algún libro. Nunca he sido tan feliz como en este momento.*

*Poder pasar todas estas horas a tu lado y verte enfurruñada, alegre, conversadora, taciturna, callada, fatigada a punto de ser arrastrada por Morfeo y ver tu rostro descansado al regresar con los primeros rayos de sol. Me regocijo en el honor de poder presenciar todos y cada uno de los sentimientos que te embargan al calor del día. Pero no sé cuántos días, de estos, me quedan.*

*Si me voy, solo te pido que le concedas a mi cuerpo, el templo abandonado por mi mente, tres placeres: el de evaporarme bajo el sol cuando este se digne a visitarnos, el de tocar el violín cada día y el mayor placer que jamás haya conocido en esta vida, el de un abrazo de mi ama.*

*Es que estás triste porque me he ido. Aunque finjas disfrutar de tenerme dispuesto y servicial para ordenarme a tu antojo, añoras mi compañía, mis inquietudes sobre el mundo, mis bromas pesadas y nuestras largas conversaciones... Quizá sea yo el que las echo de menos desde la oscuridad del sueño pegajoso que controla mi mente. Permíteme confesar que la tristeza es el único sentimiento que no puedo disfrutar en ti. Imaginarte triste me embarga de una sensación agria y descorazonadora.*

*Te lo ruego Amanda, no estés triste si toda esperanza de curarme se ha ido apagando como las luces de un salón cuya fiesta ha terminado. Porque hay algo reconfortante en contemplar los restos de tarta y las copas de vino medio vacías de un festivo y es la memoria de haber disfrutado de la velada. No creas que me arrepiento del tiempo de conciencia que me ha sido regalado. No te atrevas a pensarlo. Siempre elige vivir, aunque te abra heridas que dejen cicatrices. Siempre elige arriesgar, aunque suponga acabar perdiendo. Pues no hay vida sin muerte ni principio sin fin. No hay goce en la seguridad de la inexistencia. Y aunque mi reloj de arena se haya agotado demasiado pronto, siempre estaré agradecido por cada segundo que pasamos.*

*Callum.*

Un llanto fuerte sacudió su cuerpo con tal vehemencia que no pudo articular palabra y tuvo que conformarse con llamar a Callum con un gesto de mano.

Al ver que Amanda no lograba erguirse y estaba a punto de ahogarse en sus propias lágrimas, Eleonor le ordenó al Callum que la levantara por los hombros.

Amanda hundió el rostro húmedo contra su pecho cálido pero vacío mientras rememoraba las últimas palabras que jamás oiría del auténtico Callum.

Rose repetía, fascinada, que lo había escrito él. Tenía entre sus manos el tomo de Tiempos difíciles de Charles Dickens que Callum había estado leyendo en el bosque antes de enfermar.

Amanda había continuado con la lectura en voz alta por dónde Callum la había dejado porque le partía el corazón pensar que él no podría terminar la historia. Quería narrársela, aunque fuera a esa versión comatosa que quedaba de él. Nunca se le había ocurrido desdoblar el papel que Callum había usado de marca páginas. Jamás pensó que sería una carta para ella. Recordaba haberle preguntado qué escribía, aquella noche frente a la hoguera, y él había bromeado con que era la lista de la compra.

Eleonor la dejó llorar por varios minutos y finalmente la separó del joven y la obligó a beber algo que olía a acre. Por el color pardusco del líquido, dedujo que se trataba de una tintura de láudano.

Empezó a sentir que sus ojos pesaban demasiado y notó la mano de la mujer acariciándole la frente como una madre preocupada. Su voz también sonaba muy triste.

—Has perdido un dedo por él. No pierdas también la cabeza —la oyó decir justo antes de dormirse—. Es hora de decir adiós.

\* \* \* \*

No recobró la consciencia hasta que alguien sacudió su hombro con vehemencia. Había anochecido y el rostro de Callum se cernía sobre su cama, ensombrecido por la falta de iluminación. Toda la luz provenía de una puerta abierta a espaldas del muchacho.

Amanda se dio cuenta de que la habitación estaba vacía y, aun así, Callum la había despertado. Abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Callum? —gimió. Si nadie le había dado la orden de despertarla significaba que lo había decidido por sí mismo.

—¿Sí, ama? —respondió él de forma monótona y giró el torso para recoger un bol de sopa caliente de la mesita de noche. Hundió la cuchara en el humeante caldo y se dispuso a alimentarla.

Amanda pestañeó y se hundió más sobre el colchón. Su corazón se calmó al entender que Callum no había regresado, sino que simplemente cumplía una orden de Eleonor a la que podía oír en la habitación contigua.

Dejó que el joven le sirviera la sopa, aunque no tenía ganas de tomarla. Sentía un vacío en su interior, fruto de no haberse alimentado en tantos días, que había desterrado por completo el apetito. Sin embargo, tuvo que reconocer que una vez su estómago estaba lleno del cálido líquido se encontró mucho mejor.

Con ayuda de Callum se levantó de la cama y, como una anciana a la que no le quedaban fuerzas para este mundo, se desplazó hasta la sala iluminada.

Eleonor y Rose estaban sentadas en un diván junto al fuego. La monja bordaba mientras que Rose, desplomada con desgarbo, leía un libro.

Otras monjas ocupaban la sala, enfrascadas en distintas tareas o en conversaciones discretas.

Ambas levantaron la cabeza al verlos aproximarse y Eleonor le indicó con un movimiento de mano que se sentara en el sofá frente a ellas, observando su inestabilidad al caminar.

—¿Has cenado, muchacha?

Amanda asintió mientras se echaba con gran esfuerzo una pesada manta de lana azul sobre las piernas. A pesar de que el fuego de la chimenea ardía con vigor justo a su lado, sentía como si la habitación estuviese congelada.

—¿Es demasiado tarde para el piano? —preguntó una vez estuvo acomodada. Había varios instrumentos en la sala, pero no estaba segura de qué hora era. El invierno en Inglaterra era tan oscuro que, en ocasiones, no se podía distinguir las seis de la tarde de las diez de la noche.

—No, pero quizá moleste a las hermanas —respondió Eleonor, deduciendo sus intenciones—. Mejor que toque el arpa. Más suave. Ideal para esta velada.

Amanda le dio la orden a Callum que se aproximó al instrumento y comenzó a tocar.

—Callum es músico —anunció.

—Era músico —la corrigió Eleonor con seriedad mortal—. Es mejor que empieces a verlo como si el Señor ya lo hubiera llamado a Su lado.

Amanda giró el rostro hacia el fuego, deleitándose por la sensación de calor en sus mejillas. Intentó concentrarse en esa emoción.

—¿Qué cree que un siervo que no ha pensado ni un solo día de su vida tiene que decirle a Dios cuando llega al cielo? —le preguntó a la mujer. Rose las contemplaba pensativa.

—Lo mismo que un perro que regresa a su creador, o un bebé —contestó la monja tras una breve pausa. Amanda la observó con cierta sorpresa.

—¿Cree que los animales van al cielo?

—He visto más sentimiento y bondad en los ojos de un perro que en los de algunas personas.

Amanda se preguntó qué historia habría tras la mujer. Era lo suficientemente mayor como para haber vivido en los tiempos en los que los hombres eran libres. Antes de la bacteria.

—¿Cree que Dios aprueba la esclavitud de los hombres?

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que yo no lo hago. Así que no necesitas ponerte a la defensiva, muchacha. Toda esta historia me parece una aberración desde que encontraron la cura y decidieron no usarla. ¿Por qué crees que tomé los hábitos?

—¿Por qué le gusta llevar una sábana en la cabeza? —sugirió Amanda. Las monjas eran las únicas que no poseían un siervo—. Dudo que a Dios le moleste que mostréis el cabello.

—«Toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza. Corintios 11:3» —recitó la monja de memoria.

—Pero eso lo dice la Biblia, no Dios —contestó Amanda, recordando la conversación que había tenido en el río con Callum. —Quién sabe quién ha escrito ese libro y si de verdad sabía lo que «Él» quería decir. Quizá se refería solo a mujeres con el cabello feo.

Rose soltó una risotada.

A Eleonor le llevó unos segundos darse cuenta de que Amanda bromeaba.

—Creo que no es una casualidad que el Señor te haya entregado a Callum, al único hombre consciente de la Tierra —comenzó con una sonrisa. Amanda sabía que no era una coincidencia, sino las artimañas de su madre—. Creo que tienes un razonamiento independiente, que ve más allá de los barrotes que crean la tradición y la costumbre. Y por eso Dios te dio a Callum.

—Pero usted cree que debería darle por muerto. Que debería rendirme.

—Lo que creo es que la cordura reside en aceptar las cosas que no se pueden cambiar, y la locura va de la mano de la inconformidad —declaró con convicción. Sus ojos se encontraron y la vio titubear—. También debo reconocer que todos los inventos y avances de la humanidad los ha producido un loco o una loca que no se conformó con la imposibilidad de las circunstancias. ¿Quién sabe? Quizá tú seas esa loca que va a cambiarlo todo para siempre.

Amanda tomó una profunda inspiración mientras meditaba sobre esas palabras. No era la primera vez que se planteaba que todo lo que le había ocurrido era una prueba

divina. La forma que tenía Dios de poner el destino de los hombres en sus manos, pero maldita fuera si sabía cómo liberarlos. No tenía poder ni contactos. Ni siquiera era una persona influyente en su círculo cercano. ¿Y si Dios se había equivocado de mujer? ¿Y si Callum debía haber sido de otra joven de Crawley? Alguien con dotes de liderazgo y poder de convicción. Esa sospecha la hizo sentir pequeña e inútil. Incapacitada para la tarea que le había sido encomendada.

Abrumada por el hilo de pensamientos y la debilidad física que notaba, ojeó el periódico que alguien había dejado sobre una de las mesitas en busca de novedades sobre la liberación de los hombres o alguna pista de cómo proseguir.

«Anatolia sigue siendo la enferma de Europa con sus formas arcaicas», leyó el titular de la portada. Era la clase de artículo que explicaría a Callum y sobre el que debatirían durante horas. El joven acabaría buscando libros en la biblioteca de la mansión Fairfax para profundizar en la materia. Su mente siempre ávida de conocimientos sobre el mundo en el que había despertado, incluso, más allá de las fronteras que conformaban su nación. Pero a su nuevo siervo ya nada le interesaba.

«¿Está el color verde detrás de las misteriosas muertes de centenares de personas?». Amanda frunció el ceño ante la peculiar noticia. Alguien culpaba el arsénico mezclado con la pigmentación de dicho color y usado en objetos cotidianos como el papel de pared de las casas o dibujos de libros, del padecimiento o incluso fallecimiento de numerosos británicos.

Ojeó el periódico de principio a fin, sin hallar nada sobre la liberación de los hombres, ni tan solo una mención a la muerte de Jemina Price. Lo que era de esperarse, teniendo en cuenta que su implicación en el antídoto no era de dominio público y su muerte había pasado por un mero robo a una mujer pobre y sin conexiones sociales influyentes que se preocuparan de investigarlo.

Sin más pistas que seguir en Londres, Amanda decidió regresar a Crawley a la mañana siguiente, desoyendo la recomendación de Eleonor de que se quedara unos días más para recuperarse.

El trayecto en tren fue incómodo, mareada y débil como se encontraba tras la infección y los días de reposo sin apenas probar bocado. La mano la atormentaba, pero se cuidó de no tomar nada para aliviar el dolor con miedo de que los efectos de la medicina los dejaran a ambos a la merced de ladronas y oportunistas. Ya no era la misma muchacha inocente que había salido de Crawley una semana atrás.

Cuando llegó a casa, sus familiares la emboscaron y hostigaron con preguntas sobre a dónde había ido y el estado tan lamentable en el que había regresado.

—¡Te dábamos por muerta, Amanda! —se quejó Henrietta a los pies de su cama, mientras ella se quitaba la ropa y se dejaba caer, agotada.

—Lo estoy —respondió, ignorando la presencia de Cassandra en su alcoba y cómo sus palabras podían afectarle—. He muerto. Esto que veis es solo el fantasma que queda. Dejadme descansar.

Se encogió sobre sí misma en una diminuta bolita en el centro de su lecho y le pidió a Callum que le acercara la tintura de láudano que Eleonor le había entregado para el dolor. Tomó una cucharada y se dejó caer de vuelta abandonándose al confort del opio.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando despertó con Edith Monroe toqueteándole la mano.

—¿Qué te ha ocurrido, muchacha? —preguntó la doctora. Le había retirado el vendaje de Eleonor y observaba el muñón ensangrentado que había quedado en el lugar de su dedo índice.

—Me robaron —respondió, volviendo a cerrar los ojos. Los párpados le pesaban demasiado y no estaba muy segura de si aquello era real o un sueño. Quizá había tomado demasiada medicina.

Fue vagamente consciente de que la doctora le lavaba la mano con un líquido de un aroma dulzón y volvía a vendársela con gasas nuevas.

—Haga lavados de ácido carbólico varias veces al día y cambie el vendaje —le dijo Edith a alguien.

Amanda abrió los ojos y vio a su madre de pie junto a la cama.

—¿La mataste tú? —preguntó con voz débil.

—¿Qué? —inquirió Mary, inclinándose hacia ella con el ceño fruncido. Sin duda creía haberla escuchado mal.

—A Jemina Price —explicó con voz rasposa—. La mandaste a asesinar, ¿verdad?

Mary se mostró lo suficientemente perpleja como para que Amanda la creyera inocente. Miró a la doctora quizá preguntándose si lo que acababa de decir su hija era fruto de su convalecencia.

—¿Fuiste a ver a la señora Price? —dijo, medio pregunta, medio afirmación, uniendo cabos—. ¿Qué ha ocurrido, Amanda? ¿Te hicieron daño por ir a buscarla? ¿Por preguntar por la cura?

Amanda negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Cuando llegué, ya la habían asesinado.

Mary la miró anonadada. Después, tomó un profundo suspiro.

—Puede que su muerte haya sido en parte por mi culpa, pero no soy una asesina, hija —le respondió, visiblemente dolida—. En todo caso, habría sido un daño colateral. Si yo logré que la señora Price me entregara el antídoto para el experimento, también otras podrían acudir a ella con intenciones de mayor consecuencia.

Amanda suspiró y cerró los ojos.

—Su madre había sido una asesina con Callum, pero por mucho que se lo dijera, ella nunca lo vería de ese modo, simplemente porque no creía en el derecho a la vida de los hombres. Se podían cometer verdaderas barbaries sin ser consciente de ello si la ideología lo justificaba.

A partir de su regreso, el tiempo se volvió extraño. Como una sucesión de nada, que se hacía dolorosamente eterna. Semanas de infernal castigo durante las cuales su mente seguía sin aceptar la pérdida de toda esperanza. La fiebre que atacó su cuerpo no ayudó a la recuperación de su lucidez.

Callum estuvo con ella gran parte del tiempo. Callado, con el silencio más ruidoso que jamás habría imaginado. Era como si su cuerpo inerte gimiera con un potente llanto interior que solo ella lograba escuchar.

A veces cuando estaban a solas, sentados uno frente al otro, Amanda hundía el rostro en su pecho y lloraba con consternación.

—Perdóname —le rogaba, ahogada en hipo—. Perdóname, Callum.

Pero el más frío de los silencios era siempre su respuesta.

No tenía recuerdos claros de esos días. Sabía que sus primas habían estado en su habitación, que le hablaban y le acariciaban el rostro.

Su recuerdo más nítido era el de su madre sentada en una butaca junto a su cama, pidiéndole que lo intentara, que no echara su vida por la borda. Como si Amanda tuviera la culpa del profundo letargo que la tenía atrapada entre sus garras.

Mary le juró que no conocía los componentes del antídoto. Que Jemina se lo había entregado ya preparado y que si lo supiera se lo diría tan solo por verla recuperada. Lo que no ayudó a que Amanda se sintiera mejor, sino aún más desesperanzada.

Cassandra se colaba en su cama para tenderse junto a ella, la pequeña cabeza apoyada en su pecho. Su corazón era un rítmico recuerdo de la vida que había tenido, de las mañanas correteando por los jardines, de las tardes riendo en la biblioteca. Esos fragmentos de recuerdos de su feliz existencia tiraban de ella hacia la vigilia, pero cuando casi había escapado de las oscuras aguas de la desesperación, recordaba a Callum. Lo brillante y emocionante que se había convertido su mundo con su llegada; y, entonces, recordaba lo que había ocurrido y el dolor desgarrador de su pérdida volvía a lanzarla a la espiral enfermiza y pegajosa de la que no podía despertar.

Hablaban del infierno como si se tratara de otro lugar, pero no era así, el infierno estaba allí mismo, en la Tierra. Dentro de una, esperando el momento propicio para desatarse.

Una noche, abrió los ojos y vio a Cassandra de pie junto a su cama iluminada por la lámpara de gas. No la miraba, sino que examinaba el pequeño botecito de láudano que había abierto en la cómoda. La niña lo cogió y se lo acercó a la nariz para olerlo, arrugando el entrecejo al notar el hedor del alcohol mezclado con el opiáceo.

Había otras cuatro botellas vacías y tiradas en la superficie. Se recordó a sí misma, sirviéndose un poco cada vez que descendía al mismo infierno. Veinte gotas primero, cuarenta, cuando veinte dejaron de surtirle efecto. Pero el infierno cada vez se tornaba más intenso y Amanda había aumentado la frecuencia de sus ingestas, deseando escapar de él.

—¡Márchate! —le ordenó a Cassandra, quien la contempló un instante con ojos muy abiertos antes de salir corriendo del cuarto.

Tomó el resto del láudano y volvió a sumergirse en el sueño apaciguador de la embriaguez. Cuando despertó de nuevo, no le quedaba nada por tomar. Todas las botellitas estaban vacías y le ardía cada ápice del cuerpo donde hubiera un nervio. Necesitaba tomar más, necesitaba regresar a la sedación del olvido.

Berreó el nombre de sus familiares y de las sirvientas, pidiéndoles que acudieran a su ayuda y maldiciéndolas por haberse olvidado de traer más. Fue Mary la que apreció por la puerta con Cassandra pisándole los talones.

—No habrá más tintura —dijo su madre cuando ella le exigió que trajera más—. ¡Ya no estás enferma!

—¡Maldita bruja! —Las palabras salieron arrastradas y atravesadas entre sí. Su voz raspó las cuerdas vocales por llevar tanto tiempo sin hablar, mientras se despegaba de las sábanas para ir ella misma a comprarlo.

Su madre, en vista de sus intenciones, dio varios pasos atrás empujando a Cassandra hasta que ambas estuvieron en el pasillo y la encerró en su cuarto bajo llave.

Probó la puerta que comunicaba con la habitación de Callum, pero también estaba cerrada.

—¡Déjame salir!, ¡maldita seas! —gritó y gritó hasta que decidió probar otra táctica—. ¡Mamá, por favor!, ¡me duele! ¡Me duele mucho!

Tampoco a eso respondió nadie.

Lloró y se quejó hasta quedarse medio dormida. Su sueño, sin el efecto de la droga, era superficial e incómodo. Como rodar en ascuas abrasantes sin fuerza para levantarse y escapar del tormento.

Hasta que el efecto de la medicina se redujo del todo y despertó. Las siguientes horas fueron infernales. Su cuerpo tiritaba bajo mantas empapadas en sudor. La piel se le ponía de gallina hasta el punto de doler. Se arrastró fuera de su cama a gatas para vomitar en el orinal, aunque perdió la cuenta de las veces.

Al fin, el infierno físico comenzó a remitir. Sus pensamientos se esclarecieron paulatinamente, conectándose con la realidad, pero la tristeza seguía allí. Incluso, más acuciante ahora que había dejado de medicarse.

Luchó contra sí misma por lo que pudo ser una hora, ordenándole a su cuerpo que se levantara, pero este parecía incapaz de moverse. Se sentía tan débil como una anciana en sus últimos momentos.

Apartó las mantas y se levantó temblorosa y mareada. Se tambaleó hasta la ventana para correr las cortinas, cerrando los ojos ante el sol deslumbrante. Abrió la ventana consciente del olor enfermizo que debía haber en su alcoba. El aire fresco la golpeó con una fuerza que su actual estado no podía soportar y comenzó a tiritar.

Echó una ojeada a su cuarto. Estaba sorprendentemente recogido, cortesía, sin duda, de sus familiares; a excepción de lo ocurrido en las últimas horas. Había vómito en una palangana y en el suelo alrededor. La recogió y la bajó al baño para limpiarla. Por suerte, no se encontró con ninguno de sus familiares. Sus primas y su hermana debían estar en la escuela, aunque no tenía ni idea de qué día era.

Volvió a su habitación para coger ropa limpia y darse un baño. El agua tibia al menos logró regular un poco su temperatura, aunque se sentía como si hubiera estado al borde de la muerte por una gripe. El jabón había eliminado los desagradables olores de su piel, y por eso los notó con más claridad al regresar a su cuarto.

Fue a la cocina para pedirle a Abigail que le ayudara a subir un cubo con agua y jabón con el que limpiar su dormitorio. El siervo de Delia las ayudó, y entre los tres cambiaron las sábanas, limpiaron los muebles, insistiendo especialmente en eliminar la pegajosidad del láudano seco.

Cuando terminó, todo olía y se veía impecable. Su poca energía se había desvanecido con el esfuerzo. Se sintió desfallecer, y la ayudaron a bajar a la cocina donde las sirvientas improvisaron un desayuno tardío. Aunque no pudo comer demasiado, su organismo pareció agradecerle la tregua y se sintió mejor.

Más recompuesta, decidió ir al dormitorio de Callum. Su estómago se retorció con culpabilidad. Durante el tiempo que ella había estado en su locura inducida por drogas, que según las sirvientas había durado casi una semana, no se había preocupado de que Callum hiciera ejercicio, ni tomara el sol o comiera.

Era la peor persona del mundo.

No obstante, cuando abrió la puerta del dormitorio de Callum se encontró con que estaba vacío.

Bajó las escaleras de la buhardilla de dos en dos a pesar de estar mareada y fue directa a la cocina.

—¿Dónde está Callum?

—La señora Cassandra lo ha llevado con ella a la escuela —la informó Abigail—. Acostumbra a hacerlo de vez en cuando.

Amanda cerró los ojos aliviada.

—¿Cassandra ha estado cuidando de él? ¿Lo habéis alimentado?

—Claro que sí, señora.

Amanda asintió, complacida y cerró los ojos cansada.

—Su familia se alegrará de verla en pie, pero está usted tan pálida. —Abigail la tomó por el brazo—. ¿Puedo sugerir un paseo por el jardín? Un poco de sol le vendrá bien.

Negó con la cabeza.

—Debo ir a la boticaria a por más medicina —declaró, ignorando las protestas de la cocinera.

Sin embargo, no llegó a abandonar la mansión, pues al abrir la puerta principal se topó de frente con Jane.

—¡Estás en pie! —exclamó la joven sorprendida—. ¿A dónde te dirigías?

Amanda carraspeó incómoda con la presencia inesperada de su amiga. No quería hablar con nadie. No estaba de humor para charlas banales de gente que no entendía por lo que estaba pasando. Quería comprar medicina y volver a su cuarto.

—No importa —se apresuró en decir Jane. Sacó un periódico doblado de su bolso—. Esto es más importante.

Lo desdobló y lo plantó frente a su rostro. Amanda parpadeó, enfocando su vista a la cercanía de la página.

—¡Sales en todos los periódicos! —gritó Jane—. Menuda conmoción has creado.

La noticia la hizo desistir de su plan de conseguir más láudano o, en su defecto, algo de Vin Mariani, con lo que sedar su tormento.

Tomó el periódico y ojeó el titular de la página que Jane le estaba mostrando de forma tan efusiva.

### ***Carta de joven de Crawley a la Reina Victoria despierta oleada de protestas en varias ciudades de Reino Unido***

En el artículo no se incluía la carta que había escrito durante su estancia en Londres, pues daba a entender que esta había sido publicada por un centenar de periódicos días antes. Se centraba en la reacción en cadena que había provocado, atizando las protestas liberalistas como un fuego marchito reavivado por sus palabras. Contenía fragmentos aquí y allá, analizados por la editora en contexto con los últimos cambios sociales que habían llevado a la convocatoria de la votación y con las acciones de grupos rebeldes que se negaban a aceptar el resultado.

Jane le quitó el periódico de las manos y le dio la vuelta para mostrarle el otro lado, donde figuraba un anuncio con letras llamativas.

—La manifestación de pasado mañana es la más grande de todas. Planean convocar a mujeres de todas las ciudades para que rodeen su ayuntamiento con pancartas y lemas como «Victoria es el camino a la victoria».



Amanda se dejó caer contra la pared, abrumada por las consecuencias de su carta. Ni en sus sueños más optimistas había imaginado que la repercusión sería tanta. Tenía que ponerse al frente de la batalla y aprovechar el efecto que su historia había desatado.

## 6

**A**manda entró en la oscura tienda de Crawley acompañada de Callum. Al cerrar la puerta, ahuecó las manos sobre los labios para calentarlas con su propio aliento. A pesar de los guantes le dolían los huesos por la humedad gélida del día. El invierno había llegado con la fuerza que a ella le faltaba.

—Menudo año nos espera —exclamó la señora Abbott, la tendera, al verlos—. He tenido que pedir que encendieran los braseros en los dormitorios esta mañana para atrevernos a salir de debajo de las mantas.

Amanda asintió, pensando en las pobres sirvientas que no tenían más remedio que salir de la cama para encender los braseros de sus señoras y caldear los cuartos para hacer sus despertares más soportables. La mayoría de ellas, ayudadas por siervos silencios a los que nadie preguntaba si tenían frío.

—¿Qué te ha obligado a venir al pueblo tan temprano en esta mañana tan cruel? —preguntó la tendera con una sonrisa expectante.

Dio un paso hacia el mostrador.

—El desayuno —bromeó. Había pasado casi un mes desde que lograra salir de la cama, y aunque no tenía ganas, se obligaba a bromear y a socializar un poco todos los días—. O más bien la falta de desayuno. No nos queda nada de té en casa.

La señora Abbott frunció los labios y se llevó las manos a las caderas.

—Pues me temo que no puedo ayudarte. Llevan un gran retraso en el pedido de té, y no saben explicarme el por qué. He intentado contactar con otros proveedores, incluso, de Londres y nadie tiene té. ¡Es como si se hubiera evaporado!

—Eso es muy extraño.

La tendera alzó las manos.

—Ni que lo digas. Eres la tercera que viene pidiendo hoy. Tengo la impresión de que en dos días no quedará ni una sola taza en todo Crawley. ¿Cómo se supone que vamos a soportar este invierno terrible sin una gota de té?

Amanda inclinó la cabeza ante lo que escuchaba.

—Deme un bote de cacao de Fry's entonces y me pasará otro día de esta semana a por el té —pidió sin darle más importancia—. Y esas galletas de paquete azulado.

La señora Abbott asintió, mientras se giraba para buscar el cacao en sus estanterías abarrotadas y polvorientas.

—Debería llegar pronto.

Amanda saldó su cuenta con la tendera y salió del local. No había dado dos pasos por la calle principal de Crawley cuando se topó con Jenny Hopkins, una vieja compañera de escuela, con las mejillas y la nariz rojísimas por el frío. Miraba hacia el suelo con el ceño fruncido.

—Cielos, Jenny, ¿a dónde vas tan concentrada?

La muchacha alzó el mentón al escucharla.

—No te había visto —explicó, esbozando una ligera sonrisa que deshizo su ceño—. Iba a correos para enviar esta carta a mi tía. Anoche me llegó una correspondencia suya de lo más desalentadora, y le llevaba la respuesta.

—¿Está todo bien?

Jenny apretó los labios en una mueca de fastidio.

—En realidad, no. Mi tía vive en Milton, donde trabaja en una fábrica de algodón —comenzó a explicarle—. Iba a conseguirme un puesto en su fábrica para que por fin pueda dejar este aburrido pueblo y ganar algo de dinero; pero en su última carta me dice que ya no van a contratarme.

Amanda asintió, atenta.

—¿Y por qué no?

—Al parecer, han cerrado los puertos de China para el comercio británico. Oriente ya no va a comprarnos más algodón, y, por lo tanto, les sobran trabajadores a las patronas de mi tía.

Amanda tragó saliva.

—Eso explica lo del té —dijo más para sí misma. Jenny la miró confusa, y Amanda sacudió la cabeza para que no le hiciera caso—. Hay otras fábricas en Milton... ¿Por qué no pruebas en alguna que no sea de algodón? Les falta mano de obra porque muchas mujeres han decidido dejar a sus siervos en casa como protesta porque no les paguen un sueldo por el trabajo que efectúan sus hombres.

Jenny asintió con vehemencia.

—Lo sé, lo he visto en los periódicos, pero no conozco a nadie más allí. —Se mordió el labio, pensativa—. Quizá pueda quedarme en casa de mi tía, mientras visito otros lugares en busca de trabajo.

Amanda odiaba la idea de vivir en un lugar como Milton, frío y lleno del humo industrial, y abandonar la tranquilidad y el clima de Crawley, pero Jenny parecía ansiosa por cambiar de aires y buscarse una ocupación.

—¿Cómo llevas la lucha por la liberación masculina? —le preguntó la joven a su vez—. He oído que has ido a manifestaciones en Londres.

—Sí, pero me da la impresión de que estamos perdiendo el tiempo.

Al principio, acudir a las manifestaciones y ofrecerse a hacer entrevistas para periódicos liberalistas la había llenado de fuerza y esperanza. Conforme pasó el tiempo sin que nada cambiara, su esperanza comenzó a tornarse en tedio y desilusión.

Al menos, seguía adelante y no se había olvidado de sí misma por amar a otra persona. Volvió a salir para ver a sus amigas, volvió a jugar con su hermana, volvió a pasear por el

bosque, a nadar en el estanque, a negociar ventas de muebles con clientas. Y aunque todo goce estaba entumecido por la mitad de su corazón que Callum se había llevado, aprendió a vivir con la otra mitad.

—Leí tu artículo en aquel periódico... Me hiciste llorar, Amanda. —La muchacha sacudió la cabeza con la confesión—. Desde entonces, siento cierta curiosidad cuando miro a Charles y me pregunto qué hay dentro de esa cabeza. Quizá si proponen otra votación...

Amanda cerró los ojos.

—El sur no está preparado para la liberación masculina... —reconoció con voz temblorosa—. Quizá debería ir contigo a Milton. Intentarlo allí, donde todo va más deprisa y tienen un pensamiento más evolucionado. Me da la impresión de que vivimos una década de retraso con respecto a otras ciudades inglesas.

Jenny asintió con vehemencia, dándole toda la razón, y ambas se sonrieron. Era un alivio hablar con alguien un poco menos provinciano que las demás mujeres de Crawley.

—Estoy segura de que mi tía puede acogerte, si estás determinada a venir —le ofreció Jenny a modo de despedida.

—Lo pensaré —prometió con una sonrisa, y observó a la joven alejarse a toda prisa.

Se dio cuenta, entonces, de que Callum no estaba a su lado y le dio un vuelco el corazón.

—¿Callum...? —chilló sin aliento. Su cabeza giraba como un resorte de un lado para otro. A la izquierda, tenía el bosque que debía atravesar para llegar a su casa, y, a la derecha, la sucesión de tiendas y casas de la avenida principal.

Su aliento formó vaho frente a su rostro. Gotas de agua diminutas pintaban una niebla espesa que dificultaba la visión a más de diez pies. Su corazón empezó a trotar enloquecido en su pecho mientras daba varios pasos y retrocedía, dando vueltas sobre sí misma.

Entonces, lo vio.

Estaba en el callejón junto a la panadería.

Corrió hacia él y se lo encontró parado, contemplando la nada.

—¿Callum...? —murmuró con el aliento entrecortado. Le temblaba todo el cuerpo.

Él se giró despacio hacia ella al escuchar su nombre, pero su rostro seguía vacío, sin vida.

Amanda se llevó la mano a la garganta.

—¿Qué haces aquí? Yo no te he ordenado que vinieras. —Su voz sonó tan alienada como la situación en la que se encontraba.

Miró la fachada lateral de la panadería y recordó que fue allí, a la vuelta de la esquina, donde entre las basuras se rieron juntos por su travesura con el sombrero de la señora Whipple.

¿Es que él lo recordaba?

Dio un paso hacia el muchacho que miraba inerte por encima del hombro de Amanda.

—Callum, yo no te he ordenado que vinieras aquí, ¿es que recuerdas este callejón? ¿Nos recuerdas a los dos aquí?

El muchacho no respondió.

Amanda comenzó a llorar desesperada. Lo cogió de un hombro y lo sacudió.

—Callum, ¿por qué has venido hasta aquí? ¿Lo recuerdas? —Se ahogaba en su propio llanto al intentar hablar—. Callum, ¿aún estás ahí? Dime algo... Dame una señal, ¿recuerdas este callejón? ¿Recuerdas cuándo le quitaste el sombrero a la señora Whipple?

Nada.

Amanda cerró los ojos y dejó que su llanto aflorara, desesperado, desde lo más hondo de su ser.

—¿Estás ahí? —continuó, desquiciada. Le golpeó el pecho con las manos. Sus palabras eran casi ininteligibles por la llantina, pero no podía parar. Temblaba como una hoja en mitad de una tempestad—. ¡Respóndeme! ¿Lo recuerdas? ¡Has venido solo!, ¡debes recordarlo!

Le golpeó rabiosa el pecho varias veces y el muchacho reculó hasta dar con la pared. Pero no la miraba.

—¿Por qué me haces esto? —Se dejó caer contra él, enterrando su nariz en el cuello caliente del joven—. ¿Sabes lo que es tenerte delante de mis ojos todos los días? Cogerte de la mano, poder abrazar este fantasma que has dejado. Notar su calor, pero que no estés.

»Como si no fuera suficiente tortura cada recuerdo que tengo contigo en cada estúpido rincón de este maldito pueblo. Me recuerdan constantemente la felicidad que me dabas. Tu voz... Cada estúpida ocurrencia, cada mirada. Están por todas partes. ¡Estás por todas partes, Callum! Y, al mismo tiempo, no estás. Es cruel. No puedo soportarlo más.

»Lo intento, ¿sabes? Me recuerdo a mí misma que te has ido, pero sigues aquí. Me siento tan culpable, tan triste... ¿Sabes lo triste que estoy? ¡Podría morirme ahora mismo de este dolor! Es como si me faltara algo esencial, justo aquí, en el pecho... Y no pudiera respirar. Todas quieren que siga como si nada... Pero yo no puedo respirar.

Un par de mujeres acompañadas por sus siervos que pasaban por la calle principal se detuvieron extrañadas por su despliegue emocional. No le importó lo que pudieran pensar de ella. A esas alturas, todo el mundo en Crawley conocía su historia y la sabían partidaria de la liberación masculina. Con eso bastaba para que la creyeran extraña o, incluso, enajenada.

Se apartó del joven para mirarle y recibió una imagen borrosa a través de sus ojos empapados. Así era él, en esos momentos, un calco desfigurado del hombre que había sido. La sombra silenciosa de una de las personas más fascinantes que había conocido.

Suspiró, tomándolo por los hombros.

—No sé cuánto tiempo va a llevarme, pero te juro que haré lo posible y hasta lo imposible por salvarte, Callum —le prometió, aun cuando no estaba segura de si sería capaz de cumplir la promesa.

Los meses se sucedieron probando que Eleonor se equivocaba. Ella no iba a ser aquel ser extraordinario que liberara a los hombres y cambiara el curso de la historia para siempre.

Participaba en todas las manifestaciones, había dado varias entrevistas para periódicos, incluso, de tirada nacional y uno para Francia. Había dado charlas en distintas ciudades explicando su experiencia con Callum y su opinión sobre los hombres tras haber conocido a uno. Estaba segura de que había logrado cambiar de idea a centenas de mujeres, pero sin una segunda votación, no servía de nada.

El punto álgido de su sentimiento de inutilidad había llegado hacía una semana, cuando un grupo radical la había contactado para concertar una reunión con una de sus líderes.

Amanda, sentada frente a su escritorio antes incluso de que llegara el alba, tragó saliva al recordar el encuentro mientras le escribía una carta a Eleonor.

La líder del grupo liberalista se llamaba Julianne Sanders y había trabajado en fábricas y campos de carbón. Además, pertenecía a un sindicato de trabajadoras.

Tenía la piel apagada y porosa y más arrugas de las que correspondían a su edad. Amanda le había relatado su historia y su reciente actividad en los medios de comunicación, mientras ella la contemplaba con una expresión inalterable. Sanders no había dicho ni una sola palabra hasta que terminó de resumir su trayectoria. Entonces, le había dado un trago a su cerveza como si nada.

Quizá se había equivocado de persona, dudó. Se mojó los labios y contempló los depósitos negruzcos que se escondían bajo las uñas de la mujer y las cicatrices en sus manos.

Carraspeó y se revolvió en su asiento al ver que Sanders la contemplaba con ojos entornados y una expresión de tedio.

En lugar de decir algo, Julianne Sanders miró a través de la vitrina del pub donde se habían reunido en la ciudad de Manchester.

—Siento haberle hecho perder su tiempo, señora Fairfax —se limitó a decir antes de darle otro trago a la jarra sucia.

Amanda abrió la boca, confundida, sin saber qué había hecho para decepcionar a la mujer. Tragó saliva antes de atreverse a preguntar.

—¿Cree que no puedo aportar nada a su causa?

Sanders regresó la mirada a su rostro.

—¿Usted?

Asintió, nerviosa.

Sanders soltó una risa nasal, casi indignada. Se inclinó sobre la mesa para aproximarse a ella, sus ajadas manos plantadas sobre la superficie pegajosa de la madera.

—Tiene una hermana, ¿verdad?

Amanda asintió sin entender porque aquello le parecía relevante.

—Es una niña —continuó la mujer, que sin duda había investigado sobre ella—. ¿Puede imaginarla empujando un carro lleno de carbón por una galería estrecha bajo tierra, sin luz y con aire apenas para no caer desmayada?

Amanda pestañeó.

—¿Se imagina sacando cuerpos de niñas y compañeras tras un derrumbamiento en una mina? ¿Sabe cómo suena la respiración de alguien que tiene los pulmones llenos de algodón? ¿Alguna vez se ha acostado en su cama cubierta de sudor y mugre porque no tiene fuerzas para lavarse y con la ropa del trabajo porque hace demasiado frío para quitarse una sola prenda? ¿Ha pasado algún día de su vida sin probar bocado porque no tiene nada que llevarse a la boca? ¿Se ha comido alguna vez el papel de periódico que queda impregnado de sabor tras acabarse las patatas?

Fue incapaz de responder nada, demasiado chocada con lo que escuchaba.

—¿Qué cree usted que una niña rica de campo que quiere liberar a los hombres porque se ha encaprichado de su siervo y echa de menos su compañía puede aportar a nuestra causa, señora Fairfax?

Sanders la contempló un instante y se sintió más ridícula que nunca en su vida. Se le humedecieron los ojos de pura vergüenza. No sabía nada del mundo fuera del remanso privilegiado de Crawley y en su infinita ignorancia se había creído el alma más sufridora del Reino Unido.

—Váyase a casa, Amanda. —Le dedicó una sonrisa condescendiente—. Disfrute de su vida perfumada y elegante. Y, si se aburre, charle con las demás damas mimadas con las que se relaciona.

Le ardían los ojos demasiado como para poder contener las lágrimas. Cogió su abrigo, dolorosamente consciente de lo limpio y libre de remiendos que estaba y se levantó de la mesa con las mejillas ardiendo.

Una mujer que había estado sentada en la barra a medio metro de ellas la interceptó para cortarle el paso.

—Un momento —pidió, poniendo la mano en su estómago antes de inclinarse junto a Sanders—. La necesitamos... —la oyó murmurar.

Sanders se repantingó en su silla.

—¿Para qué, maldita sea? —masculló, sin importar que Amanda la oyera.

—Mírala, Julianne —exclamó la mujer que parecía más joven—. Es una de ellas. De las que votaron No. La necesitamos para que convenza a esas. Con nosotras no tienen nada en común, nuestros problemas no son sus problemas, pero Fairfax es una de las tuyas. Si ella quiere a los hombres despiertos, entonces las provincianas creerán que pueden obtener algo también de despertarlos.

Sanders exhaló, cansada.

—Esa lucha no tiene nada que ver con nosotras, Ruth.

La tal Ruth chasqueó la lengua disgustada con la cabezonería de su superior.

—Debemos unificar ambos frentes, sería más efectivo.

—Ruth, deja que Fairfax haga sus charlas de té y pastas. Su imagen no haría más que debilitarnos.

Ruth dejó caer la mano y hundió los hombros en señal de rendición. Le echó un vistazo decepcionado a Amanda.

—Siento las molestias, señora —se disculpó, apartándose para dejarla marchar.

Los recuerdos de la entrevista aún le producían desazón y, sin embargo, Sanders, con sus duras palabras, le había abierto los ojos de muchas maneras. El dolor de su pérdida se entumeció, o al menos desvió su atención hacia fuera. No importaba que sentía ella, lo que importaba es que había un mundo ahí fuera deformado y enfermo, y había que arreglarlo.

Después de meses de haberle perdido, Amanda apenas lograba recordar al verdadero Callum. Su memoria pasó a ser un espectro fantasmal que rememoraba otra época, como el vago recuerdo de un sueño que ocurrió hace años, pero que fue demasiado magnífico para olvidarlo del todo.

Sin embargo, a pesar de esa insidiosa sensación de que Callum nunca había existido, no lograba deshacerse de la melancolía que la embargaba a ratos. Vivía como si un pedazo de sí misma le faltara, a parte de su dedo tullido. Algo en su interior se sentía tan extraño y vacío como esa cicatriz de carne arrancada que nunca se curaba. Dolía a diario, y sería así durante el resto de su vida.

Tenía presente las palabras de Eleonor, quien creía que su amor por Callum acabaría por volverla una desequilibrada. Pero Amanda se dio cuenta de algo, al observar a la gente a su alrededor. A su madre y su obsesión por mantener el control y el orden sin los hombres. A su tía y su vaga conexión con los problemas del mundo. A sus primas y su ensimismamiento por las cosas más banales de la vida y a sí misma, arrastrada en un oleaje dentro y fuera de distintos estados: melancolía, apatía, indiferencia y a veces felicidad. Incluso, los sentimientos que habían despertado el uno en el otro estaban fuera de la cordura. Incluso, el amor lo estaba.

*Recuerda Eleonor:*

*La leona no es un estado, sino una escalera y todos estamos en ella. La vida no es más que una lucha por controlar cuándo subimos y bajamos por sus escalones.*

Mantén correspondencia con la monja y, a veces, también con Rose. Eleonor, a menudo, le preguntaba si era feliz. Amanda siempre le respondía algo abstracto porque temía que decir sí hubiera sido una mentira.

Ahora, desvelada por el tren de pensamientos y recuerdos, respondía a su última carta. Esta vez, acosada por las palabras de Julianne Sanders, mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir una respuesta distinta.

*Cuando era pequeña mi madre solía decirme que la verdadera felicidad radica en estar en paz. Yo no entendía por qué escogía ese sentimiento de entre todos los que existen. Diversión, pasión, risa, amor, cualquiera de ellos me sonaba más a felicidad que el anecdótico sentimiento de paz.*

*Ahora me doy cuenta, querida amiga. Ninguna de las emociones que yo escogía son posibles, ni llegan con todo su sabor, si no se está en paz. Yo no puedo estar en paz porque no he logrado salvarlo. Simplemente no puedo aceptar el mundo tal y como es ahora.*

*Me marche, en unos días, a Milton. Allí las fábricas trabajan a toda marcha hacia el futuro. Tengo una amiga en la ciudad que me cuenta que es todo humo, pobreza y agotamiento; y, aun así, me parece mejor perspectiva que esta inalterable sociedad campesina que no avanza. Quizá allí entienda mejor a las revolucionarias que se agrupan en organizaciones llamadas sindicatos y no se dejan tranquilizar. Protestan y reivindican los cambios que creen necesarios. No aceptan las circunstancias como vienen dadas. Allí tienen decenas de razones para liberar a los hombres y quiero entender todas y cada una de ellas. Aunque tuviera que renunciar a la idea de volver a conversar con Callum, creo que obtendré cierta paz entregando mi vida a esta causa.*

Se detuvo y una gota de tinta cayó sobre la rugosa hoja de su carta. La luz anaranjada del alba llegó para saludarla con un nuevo amanecer. Por eso le resultó extraño escuchar el alboroto y los gritos de sus familiares en la planta baja.

Bajó las escaleras de par en par.

—¿Qué ocurre? —inquirió, al ver a sus primas en pijama. Miraban de un lado a otro como si no recordarían donde estaban—. ¿Hay fuego?

—Se los han llevado —gimoteó Isolda—. Se los han llevado a todos, Amanda.

—¿A quién se han llevado?

—A los siervos —contestó la chica con voz chillona—. No queda ni un solo hombre en la casa.

Amanda no titubeó ni un segundo. Se dio la vuelta y corrió hacia la azotea, pero esta vez en lugar de regresar a su habitación, fue directamente a la de Callum.

Como había temido, la cama del muchacho estaba vacía. Las sábanas revueltas eran la única prueba de que había estado allí.

—Callum —lo llamó mientras rebuscaba por la habitación y por toda la planta.

No había rastro de él.

Regresó al piso inferior donde el revuelo continuaba. Solo una de sus familiares no estaba allí: su madre.

Recorrió la casa buscando a la mujer, pero no la encontró por ninguna parte. Fuera lo que fuera que estaba ocurriendo, su madre estaría al corriente de ello.

Finalmente, la divisó a través de una de las ventanas que daban a la fachada principal de la casa. Mary no estaba sola, Elizabeth Hale, la cabeza liberalista de Crawley, la acompañaba. Ambas sostenían una delicada taza de porcelana en sus manos y charlaban con tranquilidad mientras le daban sorbos.

—¿Qué habéis hecho con ellos? —gritó una vez cruzó la puerta hacia el exterior.

Ambas mujeres se giraron hacia ella, al oír su voz.

—Buenos días, señorita Fairfax —la saludó cortés Elizabeth. Era extraño que la mayor defensora de la liberación masculina de la zona pareciera aliviada. Como si el gran peso invisible con el que había cargado durante años la hubiera abandonado.

Amanda no tenía nada en contra de la mujer, pero en esos momentos le hubiera gustado responder con una bofetada por mostrarse tan animada.

—¿Dónde están nuestros siervos? —les gruñó sin molestarse en darles los buenos días.

—Me temo que ya no son «nuestros», hija —contestó Mary marcando el posesivo.

—¿De qué estás hablando? —incredó—. ¡Maldita sea! ¿Qué habéis hecho ahora?

—Esta vez no depende de nosotras —prosiguió su madre con tranquilidad, ignorando su agresividad—. Esta vez son otras las que han tomado la decisión. Los hombres marchan hacia el este, Amanda. No volveremos a verlos en mucho tiempo.

—¿Hacia el este?

—Hacia la guerra —explicó Elizabeth, y se atrevió a sonreír triunfal—. El Imperio Asiático planea invadir Europa. Quieren doblegarnos y para ello han despertado a sus varones. Todos nuestros hombres serán curados para combatir contra ellas. La guerra es la nueva dueña de nuestros siervos. Ya nunca más nos pertenecerán a nosotras.



La Plaza Mayor de Crawley nunca había visto semejante cantidad de personas a esas horas de la mañana. Entre el revuelo ensordecedor de mujeres confundidas e indignadas, Amanda divisó a Jane y se abrió paso como pudo hasta alcanzarla. Alargó la mano entre dos mujeres, para asir el hombro de su amiga, mientras sentía que la empujaban desde atrás.

Las mujeres del pueblo se habían congregado alrededor del ayuntamiento y exigían respuestas, pero Amanda sabía que tanto Mary como la señora Hale estaban escondidas en la Mansión Fairfax.

—Jane, ¡se lo han llevado! —le gritó a su amiga, en cuanto cruzaron sus miradas. Jane codeó a varias alborotadoras para aproximarse a ella.

—Lo sé, se han llevado a todos los que están en buenas condiciones físicas. Al resto los han devuelto al andrónicus. Tullidos, ancianos y enfermos severos, eso es lo único que queda en todo el pueblo.

La muchacha llevaba la trenza que se hacía para dormir despeinada y se había puesto el abrigo por encima del camisón.

—Tenemos que encontrarlo y sacarlo de allí antes de que se lo lleven.

Jane le cogió las muñecas para intentar tranquilizarla. Sus manos estaban heladas, pero la sostuvieron con la determinación que siempre había envidiado en la muchacha.

—Amanda, van a despertarlo... Si lo escondes, no lo harán.

Amanda exhaló. Le escocían los ojos y le temblaban las manos. Según su madre, se los habían llevado a las dos de la mañana cuando la mayor parte del pueblo dormía para evitar resistencia por parte de sus amas. Lo que significaba que podían estar ya en un barco rumbo a la Europa continental.

—Pero no puedo permitir que se despierte en la guerra, solo y asustado —protestó, llegando a las lágrimas de solo pensarlo—. Tenemos que ir tras ellos.

Su amiga tragó saliva y pestañeó.

—Yo también voy a ir —la informó seria—. Van a necesitar enfermeras cualificadas.

—Iré contigo —exhaló, decidida, aunque a diferencia de Jane, no tenía conocimientos sanitarios.

Jane negó con la cabeza.

—Amanda esto es serio. No me voy para buscar a nuestros siervos. Iré donde me manden para atender a los heridos. No creas que van a mezclarnos con los hombres. No quieren que haya amas causando problemas. Me han dicho que la localización de los pelotones masculinos será secreta, pero que sin duda van a enviarlos al frente.

—¡Al frente! —Sus piernas le fallaron al repetir semejante horror. Aquello no podía estar pasando; tenía que tratarse de una pesadilla. Quizá nunca había salido de la fiebre y los delirios del láudano, y Callum estaba seguro en su propio dormitorio.

—Pero sin duda tendrán que mandar doctoras y enfermeras al frente —protestó, intentando mantener el control.

Jane asintió.

—Si lo encuentro, te lo haré saber.

La miró con ojos muy abiertos.

—Iré contigo...

Jane inclinó la cabeza y la contempló piadosa. Sabía que quería decirle que ella no estaba hecha para la guerra, pero guardó silencio.

El bullicio del gentío se disipó de pronto, cuando Mary Fairfax y Elizabeth Hale se asomaron por el balcón del ayuntamiento.

—¿Quién ha autorizado que se lleven nuestra propiedad? —les gritó Frances Richardson, que estaba acompañada por su hija, Sarah. Ambas vestidas con ropas opulentas y el peinado impecable como si no durmieran sobre almohadas como el resto.

Elizabeth Hale puso ambas manos sobre la barandilla y contempló a la mujer a sabiendas de que era la persona más influyente de Crawley.

—De eso se trata precisamente, señora Richardson —comenzó con una sonrisa discreta. Paseó su mirada por el público—. Podéis marcar este día en vuestros calendarios, porque hoy se hace historia. Los hombres en buen estado de salud estarán obligados a servir en esta guerra y cuando termine, obtendrán su libertad a cambio. Desde este momento, no existe la propiedad sobre ningún ser humano.

Amanda entendió entonces la victoria en los ojos de la mujer. Se subió a la fuente para hacerse ver entre el gentío.

—Te refieres a los que sobrevivan, ¿no? —increpó.

—Siempre hay supervivientes en una guerra... Esta no es la forma en la que quería que ocurriera, pero Dios sabe que llevo años luchando en balde y ahora por fin ha ocurrido.

Amanda bufó por lo bajo.

—¿Niega entonces que van a enviar a todos los hombres al frente? —la acusó, iracunda.

Un murmullo de protestas nació ante sus palabras.

—Habrá tanto hombres como mujeres en el frente. —Elizabeth Hale alzó la mano para tranquilizarlas, pero su voz fue casi inaudible entre la indignación colectiva.

Mary frunció el ceño ante la reacción popular.

—¿Prefieren ir ustedes al frente? —las cuestionó—. Respondan, ¿prefieren enviar a sus hijas?

El murmullo decreció y su madre asintió, triunfal.

—Eso creía —prosiguió Mary—. Esta guerra es inevitable y todas tenemos que aportar la ayuda necesaria para salvar nuestro continente del peligro oriental. Eso incluye dejar que nuestros hombres luchen por esta causa.

Amanda apretó los puños y contempló a su madre con ojos entornados.

—¡No son nuestros! —le gritó—. No tienen derecho a despertarlos después de una vida entera de esclavitud y obligarlos a morir en una guerra que no les incumbe. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Amanda, no hagas esto personal solo porque creas que me odias ahora mismo. No soy yo la que se los ha llevado.

No le importó que todo el pueblo las estuviera mirando. De pronto, fue como si estuvieran solas. Solo veía a su madre interponiéndose entre ella y la seguridad de Callum.

—Yo no te odio, mamá. Me das lástima, porque te pasaron cosas terribles, pero te siguen pasando. Nunca abandonaste aquella casa y tu padre nunca os dejó en paz. Sigues allí, sigues teniendo seis años. Vives en el terrorífico instante de tu vida que te cambió. Todo cuanto miras del resto del mundo está desdibujado por aquel instante. Sé lo que es vivir por y para el miedo. No te odio, pero no creas que jamás olvidaré que tú me provocaste esto. Para mí no eres mejor que mi abuelo.

Mary sabía bien cómo ocultar sus sentimientos, pero a Amanda no se le escapó el temblor debajo de su ojo al escuchar sus palabras.

No se quedó para escuchar su respuesta. Tenía una misión, tenía que encontrar a Callum antes de que llegara al frente.

\* \* \* \*

Un grupo de mujeres de Crawley se reunió horas más tarde en la mansión de las Richardson con un elemento en común: se oponían a que los hombres fueran enviados a una guerra de la que ninguna de ellas sabía nada.

Amanda compartió la información sobre el cese de las rutas comerciales entre China y Reino Unido. Otras también habían escuchado rumores al respecto, por lo que les quedó claro que este había sido el indicio de que se avecinaba un conflicto intercontinental.

Por un momento, se ilusionó con la idea de que aquel sería el principio de la resistencia y que podrían asociarse con otras ciudades para intentar frenar lo que habían planeado para los hombres.

—Son nuestros, no puede arrebatárnoslos de esta forma —protestó Sarah.

—Así es, equivale a que nos roben nuestras tierras. No tienen derecho a tocar nuestra propiedad. La ley nos ampara.

Amanda cerró los ojos y sacudió la cabeza. Su esperanza comenzó a desvanecerse al escuchar los argumentos que estaban utilizando las mujeres. En especial, Sarah, a la que consideraba el punto fuerte por su influencia sobre las demás y sus conexiones fuera de Crawley. Con argumentos basados en los berrinches de una niña a la que le quitan su juguete no iban a ninguna parte. Pero ¿qué sabían aquellas mujeres del mundo real? Nada, igual que ella. Al menos le debía ser consciente de eso a Julianne Sanders.

—¿Alguien ha escuchado algo sobre a dónde los llevan? —exigió saber ya que se había cansado de escuchar las lamentaciones egoístas de algunas de ellas.

—Al puerto de Saint Katherine, pero ya habrán zarpado —respondió Margot Turner, quien trabajaba en la estación ferrocarril de Crawley. Quizá hubiera averiguado alguna cosa a través de sus compañeras del turno de noche—. El puerto no tiene capacidad para buques grandes, por lo que no creo que el destino esté en otro continente.

—Pero hablan de Asia —insistió Sarah.

—No importa, tendrán que darles algún tipo de entrenamiento antes de llevarlos a la zona de conflicto —intercedió Amanda—. Las asiáticas cuentan con ventaja. ¿Quién sabe cuánto tiempo hace que decidieron despertarlos? Los habrán sometido a un exhaustivo entrenamiento militar. No pueden simplemente despertar a los varones europeos y lanzarlos a la batalla si no saben qué están haciendo. Sería una masacre que dejaría Europa en una situación precaria.

Se tranquilizó un tanto al escuchar sus propias palabras. Tendrían que entrenarlos por la fuerza, lo que les daba más tiempo de descubrir dónde estaban y parar aquella barbarie.

—Mi suposición es que los han llevado a Francia —dijo Margot—. Es el puerto más cercano si pretenden entrenarlos junto a los continentales.

Amanda asintió, satisfecha, aprobando la deducción de Margot. Al fin y al cabo, sabía más de logística que ninguna de ellas. Francia debía ser el punto de partida de su rastreo y no había tiempo que perder si oriente ya había desplegado a su ejército.

## 9

### CALLUM

**F**uiste mi primer pensamiento al despertar.

Abrí los ojos, confundido. Una sucesión de láminas de madera componía el techo. Estaba sujeto por cuatro postes instalados en cada esquina de la cama en la que me encontraba.

Me sentí letárgico, igual que la primera vez que desperté en el andrónicus, solo que esta vez sabía quién era y sabía quién eras tú. Gracias a tu recuerdo, no sufrí la soledad apabullante y el desamparo de la primera vez. Fue un gran confort tener un punto de referencia, una conexión con ese mundo extraño que me recibía más allá de la piel de mis párpados.

Con la idea de encontrarte, me erguí en el peculiar catre con cuidado de no golpearme la frente con las tablas. Me encontraba en una sala oscura repleta de camastros construidos unos encima de otros. Todos contaban con dos pisos.

Miré a mi alrededor, seguro de que estarías cerca. Sin duda, responsable de mi regreso a la conciencia, pero no estabas.

Atónito, vi cómo varios hombres paseaban inquietos por la peculiar habitación y escuché que otros gimoteaban en sus camas.

¡Estaban todos conscientes, Amanda!

Me puse de pie.

—¿Qué ocurre? —pregunté en general—. ¿Dónde estamos?

Un muchacho rubio y despeinado, que caminaba descalzo sobre la corroída madera me miró con ojos muy abiertos.

—No... No lo sé. Acabo de despertarme... Yo, yo no sé cuándo me dormí. No, no lo recuerdo —tartamudeó tocándose la sien. Su piel era tan blanca que podía adivinar el recorrido de sus venas azuladas.

Miré a mi alrededor. Todos los hombres, y los había de distintas edades, parecían estar tan desorientados como el muchacho rubio, que no podía tener más de quince años.

—Nos han despertado —murmuré, más para mí mismo. Carraspeé y alcé la voz para que me escucharan todos—. ¿Dónde están las mujeres?

Una serie de miradas confusas fue la respuesta que recibí.

—He visto a una mujer —murmuró un hombre delgado de unos cincuenta años. Su cabello tenía el color de la ceniza que se acumula en el suelo de una chimenea. Estaba sentado en el camastro inferior que había junto a una puerta de madera—. Se fue por ahí.

De camino hacia la estrecha puerta, noté que el suelo se balanceaba. Quizá estuviéramos en alguna especie de embarcación, lo que explicaría la falta de ventanas.

El pomo de la puerta cedió bajo mi mano, pero no logré abrirla. Habían echado la llave.

La golpeé con mis puños, mientras chillaba tu nombre, pero nadie apareció por allí. Cargué el peso de mi cuerpo contra la superficie, y aunque esta crujió, no logré más que hacerme daño en el hombro.

Barrí mi mirada por los presentes.

—Usted, venga —le ordené a un grandullón que debía pesar más de doscientas libras. Su brillante cabello azabache le llegaba hasta los hombros. Tenía una cicatriz con forma de estrella bajo el ojo derecho. El grandullón titubeó un instante, pero acabó por acercarse a mí, acostumbrado a años de cumplir órdenes. Debía serle muy útil a su ama—. Quiero que le des una patada fuerte a este punto de la puerta. Señalé un par de pulgadas por debajo de la cerradura.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por qué? —Tragó saliva, y noté que tenía los puños cerrados. Estaba más ansioso de lo que se adivinaba en su rostro.

Había conducido aquella situación de forma incorrecta.

Me giré hacia ellos y suspiré. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero sería mejor que nos aliáramos antes de enfrentarnos al mundo exterior. Alcé la voz para hacerme oír por todos.

—Señores, siento informarles de que una enfermedad se extendió entre los hombres en el año 1855. Esta enfermedad nos ocasiona un estado catatónico en el que perdemos la consciencia de nuestra propia racionalidad —los puse al tanto—. Es un poco como estar sonámbulos. Nacimos así.

—No —me interrumpió el delgado de cabello canoso que aseguraba haber visto a una mujer—. No todos nacimos así. ¿Has dicho en 1855? ¿En qué maldito año estamos?

Sus ojos estaban perdidos en algún punto de la habitación, pero su mirada parecía más lejana.

—Claro... —comprendí enseguida, pues aquel hombre debía de tener la edad de tu madre y, por lo tanto, había nacido libre—. Usted recuerda su infancia, ¿verdad?

El hombre se levantó de la cama. Era larguirucho como una caña de pescar.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —me preguntó con una mirada gélida. Apretaba la mandíbula a la espera de mi respuesta.

Tragué saliva sin saber cómo decirle a aquel hombre que había perdido casi cuatro décadas de su vida. Me mojé los labios, contemplando mis opciones. Si les contaba que las mujeres nos habían mantenido así voluntariamente, no tenía la menor idea de cómo reaccionarían. ¿Quería ser el causante de tal caos cuando ni siquiera entendía la situación en la que nos encontrábamos?

Decidí que sería mejor para todos que, por el momento, yo tomara las decisiones.

—La enfermedad ha durado treinta y siete años, pero creo que han encontrado la cura y por eso estamos despiertos.

El hombre cerró los ojos y sus hombros se hundieron. Vi que tenía algo bordado en su camisa blanca.

—Thomas Baker —pronuncié.

Él se mostró confuso.

—Thomas es mi nombre, pero Baker no es mi apellido.

Tomé una bocanada profunda de aire antes de proseguir con mi explicación.

—Es el apellido de tu ama.

—¿Ama?

—Al cumplir los dieciocho nos entregan a una mujer para asistirle en su trabajo y ser sus... Sus acompañantes. Recibimos el apellido de nuestra ama.

La sala se sumió en silencio durante unos instantes.

—¿Cómo sabes todo eso? —me preguntó al fin el grandullón a mi espalda.

Tragué saliva, pensando a toda prisa en una respuesta convincente.

—No es la primera vez que despierto, pero sí que es la primera vez que me acompañan otros hombres. Me... Me han usado como sujeto para experimentar distintas curas. Deben haber hallado al fin la correcta.

Me relajé al ver que se lo creían todo. Me sentí un tanto culpable por mentirle a mi propio sexo, pero necesitaba que mantuviéramos la cabeza fría para sortear aquella situación de la forma más efectiva. Te entendí un poco mejor por no decirme la verdad nada más conocerme.

—¿Dónde estamos? —preguntó el muchacho rubio.

—Creo que en el interior de un barco —deduje notando otro ligero balanceo—. Pero no se mueve demasiado, quizá estemos atracados...

Enmudecí al escuchar un estruendo a mi espalda. El grandullón había pateado la puerta mientras yo le respondía al muchacho descalzo. Al darme la vuelta, me encontré con un pasillo apenas iluminado.

—Gracias..., Robert.

Robert se miró el pecho de la camisa, siguiendo mi mirada.

—Robert Shaw —leyó.

Los muchachos de la sala se pusieron de pie al ver la puerta abierta. Algunos murmuraron su nombre al leerlo en sus camisas, como había hecho Robert.

—¿Y ahora qué? —me preguntó el rubio poniéndose a mi espalda.

Le miré los pies descalzos.

—Ahora ponte los zapatos de vuelta, Samuel.

El joven asintió serio y concentrado se dirigió a donde había dejado las botas. Parecía que le había ordenado una misión de vital importancia para recuperar la libertad masculina.

Más hombres empezaron a hacerme preguntas, mientras otros de más edad, explicaban sus recuerdos.

—Silencio —les ordené.

Me hicieron caso.

—No estoy seguro de qué está ocurriendo, pero para averiguarlo necesito que hagáis lo que os digo. Manteneos callados mientras encuentro a nuestras amas, mi ama nos lo explicará todo. Ella me dirá la verdad.

—Debe estar bromeando —exclamó una voz madura. Serpenteé la cabeza para encontrar al emisor. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, muy estirado y con un gesto altivo.

—¿Qué parte?

—Dice que tengo que buscar a mi ama... Debe ser una broma. ¡Soy el conde de Abingdon, por Dios! Yo no tengo ama. Vean mi camisa, dice Walter Arthur Rupert Bertie, el nombre con el que nací.

Eso explicaba los aires que se daba aquel hombre. Puede que la nobleza no fuera entregada como siervos, pero lo habían metido allí con los demás. No parecía que le estuvieran dando más tratos favorables que el de conservar su apellido.

—Señor, con el debido respeto —comencé—. Puede que fuera el conde de Abingdon a los diez años de edad, pero ahora me da que no es conde de nada. Las mujeres han tomado la propiedad de las tierras y los títulos que iban con ellas.

—Pero sin duda ahora que estoy recuperado, me devolverán mis posesiones.

No supe qué responderle, por lo que me limité a alzar las cejas. Quizá aquello era incontenible a pesar de todos mis esfuerzos.

—Dialoguemos, pues —propuse, dándome la vuelta. Salí al pasillo y lo recorrí con el grupo de hombres a mis espaldas.

Me dirigí a la escalera que podía ver al final del corredor angosto.

—Soy el único que sabe algo de este nuevo mundo —dije mientras caminaba—. Dejadme hablar a mí.

Fue entonces cuando noté la punta afilada de una espada en mi cuello y me detuve en seco. El arma provenía de un recoveco que había a un lado de la escalera, y estaba sujeto por una mujer con una casaca roja de puños blancos. La mujer de cabello rojizo era menuda y delgada como una hoja.

—¿A dónde piensan que van? —preguntó. Su tono denotaba cierta diversión.

Sabía que no tendría mucha fuerza, pues, era, incluso, más pequeña que tú, así que sopesé la posibilidad de desarmarla. Estaba sola y nosotros éramos más de una docena. Sería fácil, pero de nuevo opté por la vía pacífica, simplemente porque las mujeres esperaban lo opuesto de nosotros.

—¿Sí, ama? —fingí.

Ella alzó una ceja y un brillo divertido asomó en sus ojos de color canela.

—¿Estás fingiendo? —inquirió, incrédula. Bajó la espada y se apoyó en la pared para observarnos con media sonrisa—. Impresionante... ¿Quién iba a pensar que teníais la inteligencia suficiente para tal artimaña?

Me volví natural en vista de que nos sabía despiertos. No tenía más de veinte años, por lo que no podía saber mucho de hombres. De los conscientes al menos.

—¿Somos prisioneros? —pregunté con aparente tranquilidad. No quería que intuyera que de su respuesta dependía lo que le ocurriría a continuación.

Ella negó con la cabeza y me relajé, descartando la idea de atacarla.

—Acabamos de atracar en Francia —explicó—. Venía a recogerles.

—¿En Francia?! —exclamé estupefacto—. ¿Dónde están nuestras amas?

Su respuesta me enmudeció.

—Ya no tenéis amas —me dijo con esa media sonrisa perpetua, y se giró para subir por las escaleras.

La seguimos, atravesando varios pasillos que conducían a más escaleras. Nos cruzamos con otras mujeres que llevaban su misma chaqueta roja y blanca con botones dorados. Nos observaron con curiosidad, pero enseguida volvían a sus tareas de forma disciplinada.

Cuando llegamos a la cubierta descubrimos otro grupo de hombres agazapados en un extremo de esta. Nos condujo hasta ellos y nos ordenó que nos mantuviéramos callados y quietos mientras preparaban el barco para tomar tierra.

Hacía un frío glacial y una llovizna gélida nos mojaba el rostro, el cuello y las manos. Al fondo, se adivinaba el puerto, apenas visible por la espesa niebla de humedad que envolvía el día.

—¡Traigan abrigos! —chilló una mujer alta y fornida, con una larga cabellera oscura que llevaba recogida en una trenza a su espalda. Parecía disgustada y se paseaba tensa por la cubierta mojada—. ¿O queréis que se mueran antes de llegar a China?

¿Nos llevaban a China? ¿Para qué? ¿Qué diantres estaba ocurriendo?

Di un paso al frente para preguntárselo, pero entonces ella se volvió hacia nosotros y comenzó a hablar.

—Mi nombre es Alexandra Remington. Soy la sargento mayor de la segunda Guardia de los Dragones de la Reina. A mi derecha está la oficial mayor, mi segunda al mando, Emma Clarke. —La sargento señaló a la pelirroja menuda que me había apuntado con su espada—. Quiero explicarles una cosa.

Alexandra nos ojeó rápidamente y su mirada se detuvo en el grandullón que había roto la puerta de una patada.

—Cabo Robert Shaw —comenzó, leyendo la camisa del hombre—. Paso al frente.

Robert se tomó su tiempo en cumplir lo que le ordenaba y Alexandra apretó los dientes con tanta fuerza que noté el relieve de su mandíbula.

—Señor Shaw, quítele la espada a la Oficial Mayor —pidió con cierto hastío. Su atención parecía estar lejos de ellos, aunque les estuviera hablando.

Robert Shaw contrajo el rostro, pero decidió hacer lo que le pedían y dio un paso hacia la joven. Era tres cabezas más alto que ella y el doble de ancho por lo que alzó la mano con delicadeza al intentar asir la espada.

Emma giró sobre sí misma impidiéndole que la rozara siquiera.



—Señor Shaw, no se deje engañar por las apariencias —le sugirió Alexandra con un tono imparcial y algo impaciente.

Robert exhaló y se preparó esta vez para doblegar a la joven, pero en cuanto la sujetó de las muñecas ella giró los brazos muy rápido, deshaciéndose de su agarre y le golpeó la nariz con el mango de su espada. Lo hizo sin apenas moverse del sitio.

Robert soltó un grito y se cubrió la nariz con la mano.

Alexandra suspiró y volvió a mirarnos.

—Vosotros dos, quitarle la espada —les ordenó con un movimiento de cabeza hacia la muchacha.

Los dos hombres a los que se había dirigido se abalanzaron sobre la joven y ella alzó la espada hacia ellos.

—Emma, me gustaría terminar hoy con esto —le rogó Alexandra con irritación.

Emma asintió, esbozando media sonrisa y tiró la espada al suelo.

—Vamos a hacerlo más fácil —les dijo a los dos muchachos con la cabeza ladeada—. Olvidad la espada, levantadme del suelo. Un solo pie vale.

Los jóvenes la miraron desconfiados, pues eran altos y fornidos y ella parecía pesar lo mismo que una paloma.

Uno le susurró algo al otro y se pusieron en marcha. El más alto la agarró por detrás sosteniendo sus hombros y el otro se puso delante de la joven para cogerla por las piernas, pero no llegó hacerlo porque Emma aprovechó su inclinación para darle un cabezazo. Su pelo voló como una cortina de fuego. El hombre se tambaleó hacia atrás y, al mismo tiempo, el otro soltó un gruñido. De pronto, ya no sujetaba a la Oficial Mayor, sino que, doblado sobre sí mismo, se sostenía el estómago.

Ni siquiera recuerdo haberla visto coger la espada, sino que, simplemente, la tenía en la mano de nuevo.

—Bueno, eso era lo que quería explicarles —concluyó Alexandra con tono plano. Era difícil saber si estaba complacida con Emma o disgustada con los hombres, o no sentía nada en absoluto. Se giró hacia su segunda y prosiguió en un tono más íntimo—. Átalos, no de la mano como esclavos, sino en fila unos a otros para que no se pierdan entre el gentío del puerto. Aún están atontados.

—¿Aún? —se burló Emma, como si no creyera que iba a ser algo pasajero.

—Necesito un líder, alguien que se encargue de recordarles que se cuiden —continuó Alexandra, ignorando la pregunta de Emma.

Emma me señaló con un movimiento de barbilla.

—Ese es espabilado —dijo con una sonrisa divertida. No le dio más explicaciones a la sargento, ni esta se las pidió. Alexandra asintió y se dio la vuelta para alejarse hacia la salida del barco.

—El cabo... —comenzó diciendo en voz alta Emma, pero se detuvo para mirarme la camisa— Callum Fairfax es vuestro jefe, capataz, como quieran llamarle. Haced lo que os dice, y si tienen algo que decir, dígansele a él.

Emma se giró para mirarme a la cara.

—Usted es el portavoz, señor Fairfax, y el responsable de que los demás estén bien. ¿Qué hacen sus hombres aún sin abrigos?

Me moví para buscar los abrigos que nos habían traído y le ordené a los hombres que se los pusieran. Dentro de la caja había cuerdas y me apresuré a recogerlas y atarme un

extremo a la muñeca. Emma hizo una mueca satisfecha al ver que me había adelantado a su orden.

Con un gesto de cabeza me indicó que la siguiera.

Descendimos del barco y circulamos en fila por la abarrotada plataforma. Todas las dársenas tenían barcos atracados de los que bajaban y subían personas. Vi otros grupos de hombres custodiados por oficiales británicas que se dirigían al mismo punto que nosotros.

Todos los hombres parecían estar conscientes, pero no tenía ni idea de por qué nos movilizaban hacia oriente. Aparte de los soldados, no parecía que ninguna de las amas acompañara a sus siervos.

Empecé a elucubrar distintas teorías y la que cobró más peso fue la de que habían decidido despertarnos para desterrarnos fuera de Europa y de esta manera continuar viviendo sin nuestra presencia.

Me sentí dolido. Me devastó pensar que no te importaba que me mandaran lejos. Que ni siquiera habías venido a despedirme.

Nos metieron a todos en un tren, donde pasamos horas agazapados sin apenas espacio entre cuerpo y cuerpo. Parecíamos reses transportadas hacia algún destino cruel.

Recordé las palabras de Emma: ya no éramos siervos. Tampoco había admitido que fuéramos prisioneros, pero no me sentía libre. Todo lo contrario; a pesar de no ser el único hombre consciente, me sentía más apresado y doblegado que nunca. Empecé a impacientarme y a notar una inquietud en mi interior.

Hubiera sido más fácil si hubieses estado allí para decirme la verdad con tus bondadosos ojos castaños. Podría soportar cualquier cosa si viniera de tus labios.

Tu recuerdo me ayudó a sobrellevar las primeras horas en aquel vagón oscuro y frío. Fantasé que lo primero que vería cuando el tren se detuviera y corrieran la puerta sería tu rostro. Me encontrarías entre la marabunta de hombres desorientados y descontentos y me abrazarías. Entonces, yo sabría que todo estaba bien.

Sin embargo, no fuiste tú lo que encontré en mi destino. Fue el mismo infierno y, al contrario, de lo que dicen, no está hecho de fuego. El infierno es frío desgarrador, frío que cala los huesos hasta muy dentro, hasta el mismo centro del alma y acabas por olvidar quién eres.

Nos obligaron a caminar por valles helados y atravesar un oscuro bosque durante un día entero. A los hombres que protestaban o causaban revuelo los reducían a punta de espada hasta que nadie se atrevió a quejarse.

Como líder de mi partida, caminé el primero justo tras las mujeres de Alexandra. Aproveché una ocasión en la que Emma se separó de las demás para intentar sacar algo de información.

—¿Por qué nos llevan a China?

Emma alzó el rostro del accidentado camino escarchado para mirarme sorprendida.

—No vamos a China —me contradijo—. Estamos en Alemania. Permaneceremos aquí un tiempo.

—¿Por qué? —insistí.

Emma puso los ojos en blanco, pero en el fondo mi actitud tan diferente del resto parecía divertirla.

—Para el entrenamiento militar.

La contemplé boquiabierto, mientras continuábamos el camino. Nos habíamos detenido solo una vez para comer y beber, y me dolían las piernas y las plantas de los pies. El frío parecía haberse alojado dentro de mis huesos haciendo que cada golpe contra el suelo fuera tormentoso. Aun así, me olvidé de todo ello, mientras recapacitaba sobre las palabras de Emma.

—¿Estamos en guerra? —pregunté tras varios minutos de silencio, y ella que había dado la conversación por zanjada se giró para mirarme, ceñuda—. Por eso nos habéis despertado. Necesitáis soldados porque nos están atacando.

El ceño de Emma se transformó en sorpresa. Me contempló un largo rato con los ojos entornados.

—¿Cómo demonios has...? —Se detuvo al escuchar el grito de Alexandra, anunciando que habíamos llegado.

El lugar al que nos habían llevado era un campamento situado en un valle rodeado de montañas, accesible solo por el bosque. Había una gran cabaña de madera en un lado y muchas tiendas dispuestas en filas a lo largo de la explanada.

Había gente allí antes de que llegáramos, incluso otros hombres. Algunos movilizaban carretas rebosantes, otros cargaban con rifles larguísimos. Había gente sentada en sillas y mesas improvisadas frente a las tiendas.

Un grupo de mujeres uniformadas salió al encuentro de Alexandra, quien se disculpó por su retraso. Por la actitud de la sargento y las numerosas insignias de la chaqueta de una de ellas, supe que se trataba de alguien de mayor rango.

Nos reunieron a las puertas de la cabaña y la mujer de las insignias se presentó como Margaret Brown, la Sargento Mayor de todos los regimientos.

—Bienvenidos al campamento del regimiento número 7 de la Reina Victoria —comenzó la Sargento—. Permítanme disculparme por no haberles ofrecido ninguna explicación hasta este momento. Sé que se encuentran confundidos y asustados, pero necesitábamos traerlos a estas montañas cuanto antes y no podíamos permitirnos retrasos de ningún tipo. Se preguntarán por qué. Pues bien, permítanme explicarles un poco de su propia historia y de la historia de Inglaterra.

»Nos encontramos en el primer mes del año 1893. En 1855 una enfermedad se extendió por todo el mundo afectando solo a los varones. Esa enfermedad afligía el cerebro dejándolos en un estado catatónico en la que el enfermo no era capaz de razonar con el nivel de lógica que Dios ha otorgado a los seres humanos.

»Pues bien, las mujeres tuvimos que salir adelante tras este trágico acontecimiento que cambió el mundo y nuestra sociedad para siempre. Para sobrevivir, logramos amaestrarlos en la medida de lo posible. Por supuesto, la capacidad del cerebro humano va más allá que la de otros animales, por ello fue posible adiestrar a los hombres para que entendieran el lenguaje y tuvieran ciertos conocimientos del mundo. Todo lo que saben ahora mismo se les fue inculcado durante su enfermedad.

»Por suerte, hemos logrado encontrar una cura y, por esa razón, están ustedes de vuelta. ¡Enhorabuena, señores!, ¡sean bienvenidos al Nuevo Mundo!

La mujer tuvo la audacia de aplaudir tras sus burdas mentiras y a su aplauso se unieron las demás mujeres. Con los dientes y los puños apretados, contemplé como los hombres a

mi alrededor se creían la historia de la Sargento Regimental. Algunos sonrieron débilmente; otros, inseguros de si esa era la reacción que debían mostrar, se unieron a los aplausos.

Quise gritar, quise decirles que sabía de sus mentiras y contarles la verdad a los demás hombres, pues éramos una aplastante mayoría en aquel recóndito lugar. Pero tenía que mantener la cabeza fría y jugar mis cartas de forma inteligente.

Guardé silencio.

—Tienen muchas razones para alegrarse y celebrar este día, señores —retomó la Sargento Brown—. Pero aún hay mucho que debo explicarles.

»Durante los años que han estado malditos por esa terrible enfermedad, las damas hemos tenido que reconstruir la sociedad para salir adelante al mismo tiempo que cuidábamos de ustedes. Para que esto fuera posible, tuvimos que otorgarle a cada hombre una protectora. A cambio de los cuidados de estas protectoras, cada protegido la asistía con sus tareas y deberes para con su comunidad. Por supuesto, para proteger su bienestar por ley estas mujeres obtuvieron la potestad sobre su protegido, convirtiéndolo en parte de su propiedad.

Algunos murmullos se escucharon entre los asistentes, probablemente generados por los pocos hombres con edad suficiente para entender qué estaba implicando la Sargento Brown con sus eufemismos.

La mujer alzó la voz para acallarlos.

—Era la única forma de poder hacer a una mujer responder ante la ley por el maltrato o la negligencia en el cuidado de su protegido. Por lo tanto, en estos momentos todos ustedes son bienes de una propietaria.

—Pero ¿qué está diciendo? —le chilló algún hombre con tono indignado entre el gentío.

—¡Esclavos nos llama! —gritó otro. Y fue la palabra esclavo la que logró que los más jóvenes comenzaran a murmurar descontentos.

Un disparo resonó en el cielo. Había sido una de las oficiales que se mantenían un paso detrás de la Sargento Brown.

—Tienen toda la razón. Una persona que no es más que la propiedad de otra es la clara definición de la esclavitud —continuó Brown, aprovechando el silencio que había traído el disparo—. Pero entiendan que era la única forma de mantenerlos a salvo mientras estaban enfermos. No obstante, la Reina Victoria y sus súbditas estamos en contra de la esclavitud y reconocemos que ahora que están recuperados no hay necesidad de que continúen siendo de la propiedad de nadie. A partir de hoy, son hombres libres por decreto real.

Vitores y exclamaciones de alivio se extendieron entre los presentes. Sin embargo, a mí me costaba creer que fuera a ser tan fácil. La votación para liberar a los hombres había resultado negativa y no tenía sentido que, apenas unos meses más tarde, fueran a liberarnos porque sí.

Brown esperó a que el murmullo cediera antes de proseguir.

—Señores, entiendan que tenemos un problema entre manos. Todos ustedes no tienen oficio ni un lugar en la sociedad que compone este nuevo mundo.

Lo sabía, sabía que iban a desterrarnos. ¿Qué derecho tenían a despojarnos de la Tierra en la que habíamos nacido?

—No podemos simplemente soltarlos en las calles, sería el fin de la civilización. No sabrían cómo sobrevivir, no tendrían a donde ir. Deambularían por las calles y acabarían

por darse al pillaje para poder llevarse algo de comida a la boca. Acabarían enfermando y nuestra próspera civilización se vería arrastrada en su declive.

»Deben saber que Inglaterra es la nación más próspera y poderosa de cuantas existen en el mundo. Tienen la suerte de poder pertenecer a este esplendor y de vivir una vida plena que no pueden siquiera imaginar; pero para ello necesitan obtener la ciudadanía e insertarse en la sociedad de la forma correcta y saludable.

—¡Ya somos ciudadanos ingleses! —protestó otro hombre mayor.

—No, no lo son. Usted lo fue en su infancia, pero el mundo ha cambiado mucho desde entonces. Quitándole a usted y a una pequeña minoría, el resto de estos hombres han nacido enfermos y, como bienes de esta nación, no como ciudadanos. Si quieren conseguir la ciudadanía deben dar algo a cambio. De lo contrario, no serán bien recibidos en Inglaterra ni en ninguna de sus colonias.

Finalmente, la víbora mostraba su verdadero rostro. Ese fue el instante justo en el que entendí que no éramos libres, sino que habíamos cambiado de manos.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó un joven que debía tener mi edad.

Y así fue como fuimos suyos.

Margaret Brown ya no tuvo necesidad o deseos de utilizar más eufemismos, sino que prosiguió sin rodeos:

—Todo hombre que se preste al servicio de la reina como soldado será inmediatamente nombrado ciudadano de la nación. Tendrá, por lo tanto, los mismos derechos que una mujer. Todo aquel que deserte, no poseerá el estatus de ciudadano y no podrá disfrutar de ninguno de los beneficios de la ciudadanía, como el trabajo remunerado, alquiler o posesión de viviendas, autonomía financiera o la simple adquisición de medicamentos. Vivirá al margen de la sociedad y finalmente perecerá.

Solté un bufido y sacudí la cabeza al entender por fin qué estaba ocurriendo.

Las cartas estaban sobre la mesa, y nosotros, aún en el lado de los que iban perdiendo la partida.

\* \* \* \*

Noté un cambio en los hombres, sobre todo en los jóvenes. Al principio, no estaba seguro de qué se trataba, pero por la noche, echado sobre mi cama, escuchando sus charlas sobre una realidad de la que no sabían nada, lo comprendí. Les habían dicho exactamente lo que necesitaban escuchar para ser corderos fáciles de liderar. Les habían dado una explicación apaciguadora de que su esclavitud había sido fruto de la mala fortuna, quedando ellas como las heroínas que habían logrado salir adelante a la vez que cuidaban de ellos.

En el discurso, la sargento no había olvidado dejar caer lo poco que valían para la sociedad, como si el simple hecho de ser persona no fuera suficiente para ser un ciudadano con todas las de la ley.

Había funcionado, los muchachos tenían el sentido de valor propio por los suelos, y estaban deseando conseguir la ciudadanía. Motivados, incluso. Les habían dado un propósito en su vacía existencia y, para cumplir ese propósito, tenían que obedecer.

Seguíamos siendo esclavos, pero con la ilusión de una libertad que no existía y que adivinaba cada vez más lejana.

Era brillante.

Las odié por ello.

Me preguntaba qué opinabas tú de todo eso. ¿Dónde estabas? ¿Si sabrías dónde encontrarme? Tales pensamientos me hacían sentir mal, no sé explicarlo... Sabes que me confundo con estas cosas. Era un vacío en el centro de mi pecho que amenazaba con devorarme por dentro. Era algo oscuro que teñía mis sentimientos por ti de dolor y cierto rencor.

Por eso, meforcé a no pensar en ti, al menos no de esa forma. No podía evitar recordar nuestras conversaciones más divertidas, las risas que habíamos compartido, la suavidad de tu piel, el tacto de tus labios... Me mantuvo cálido en aquel horrible infierno de nieve.

Los dos primeros días en el campamento, fueron agotadores. Nos entrenaban incesantemente de sol a sol en el uso de la espada, los revólveres y la equitación en batalla.

Los muchachos no se daban cuenta de que el ritmo de entrenamiento no era normal, pero yo lo sabía. Sabía que Alexandra había hablado de enviarnos a China, que nos había despertado por una razón, que no era darnos un oficio, sino para enviarnos directos a la guerra.

Emma me tenía en especial consideración. Charlaba conmigo cuando ninguna de ellas se dignaba a hablar demasiado con los hombres. Sin embargo, nunca respondía a mis preguntas más atrevidas y yo sabía guardarme de parecer demasiado enterado.

Entre otras cosas, me había explicado que a nuestro alrededor había más campamentos de entrenamiento de soldados masculinos. Algunos ingleses, los demás alemanes, holandeses y franceses. Pues toda Europa había adoptado las mismas medidas tras la curación.

A veces le hacía reír y notaba su propia sorpresa ante mis signos de inteligencia e ingenio. Aunque mantenía la distancia, sabía que estaba empezando a agradarle.

No me relacionaba con las demás mujeres. Nos trataban con una altivez que no hacía más que acrecentar mi enojo. Los muchachos eran muy inocentes, no eran más que niños dentro de los cuerpos de hombres de distintas edades. A pesar de que su conversación era muy limitada, a menudo me encontraba riendo entre ellos y viviendo una especie de hermandad de lo más gratificante.

Aun así, te echaba tanto de menos que me dolía. Era extraño estar rodeado de centenares de personas y que nadie lograra llenar el vacío que habías dejado. Ninguno me hacía sentir que mi cuerpo vibraba, emocionado, ninguno me hacía sentir tan despierto, tan conectado a otra persona.

La tercera noche tras llegar al campamento estaba sentado alrededor de una hoguera junto a otros de los hombres. Hablaban del manejo de rifles y revólveres al que nos habían sometido durante todo el día. Mientras, yo guardaba silencio, consciente de que la vida era mucho más que las tediosas horas de entrenamiento que soportábamos en aquel valle rodeado de montañas nevadas. Para ellos no había nada más.

Una de las soldados pasó por allí con un manojo de cartas entre las manos y salté de mi silla para interponerme en su camino.

Gertrudis se detuvo, sorprendida, y levantó la cabeza. Tenía el pelo azabache y corto y el rostro de una muñeca. Por suerte, sabía su nombre de escuchar a otras soldados llamarla.

—¿Qué quieres? —me preguntó ceñuda.

—¿Vas a enviar esas cartas a Inglaterra? —le pregunté, esbozando mi sonrisa más encantadora.

Gertrudis asintió e intentó esquivarme para seguir su camino, pero la alcancé de nuevo.

—Yo también quiero enviar una carta —le informé—. A Crawley.

La soldado me miró con una mueca desdeñosa que no casaba con su rostro delicado.

—¿Enviar una carta?, ¿tú? —repitió con sorna y luego se echó a reír—. ¿A quién podrías enviarle una carta, hombre?

Su pregunta fue retórica, porque volvió a carcajearse y no se quedó para escuchar mi respuesta. No me pasó desapercibido el tono desdeñoso con el que había dicho «hombre».

La contemplé marcharse, con dientes apretados. Por un instante hice el amago de ir tras ella y descargar mi rabia contra su cuerpo, pero aquello no iba a llevarme a buen puerto. El día anterior, Walter Arthur Rupert Bertie, el conde de Abington, había exigido a las oficiales que lo llevaran a su casa en Inglaterra, repitiendo que él era el conde y no permitiría tal trato. Se lo llevaron, sí, pero no a Inglaterra. Por lo visto, uno de los campamentos estaba empezando a acumular a todos los alborotadores de los distintos regimientos y no creo que fuera para leerles poesía y tomar el té. No tenía deseos de correr la suerte de Walter, y menos después de mis progresos para ganarme la confianza de Emma.

En lugar de darle a aquella soldado lo que se merecía, me encaminé a la cabaña donde dormían las oficiales.

Encontré a Emma en la sala principal jugando a las cartas con tres mujeres. La sala estaba abarrotada y las voces animadas de las oficiales se repartían por la nave mientras cenaban, bebían o simplemente se relajaban junto a las chimeneas.

—¿Qué quieres a estas horas? —me preguntó Emma sin levantar la vista de su partida.

—¿Podemos hablar en privado?

Una de las mujeres que jugaba contra ella soltó una risa nasal y, divertida, me echó un vistazo.

—Pero ¿quién se cree este?

Emma cogió una de las cartas que sostenía en su mano izquierda y la colocó sobre la mesa. Las demás se quejaron al verla.

—¡Eres una tramposa! —la acusó una oficial regordeta de pelo rizado a su derecha. Tiró sus propias cartas sobre la mesa con un ademán enojado.

Emma mostró una sonrisa de dientes blancos y se recostó, confiada, en el respaldo de su silla.

—Soy buena —la corrigió.

Apreté los dientes, irritado por la forma en la que me ignoraban, como si no fuera nada. Como si mis asuntos no pudieran ser importantes por el simple hecho de ser un hombre.

—¿Emma? —volví a llamarla, armándome de paciencia.

—Callum, vuelve más tarde, ¿quieres? Estoy ocupada, humillando a estas damas.

Frustrado, decidí hacerle caso, pero mi paciencia empezaba a agotarse. Sé inteligente, me repetía una y otra vez.

Volví una hora más tarde. En el salón aún había muchas oficiales, pero la mayoría se había retirado a sus cómodos habitáculos. Nosotros éramos los que soportábamos las frías tiendas en la nieve, mientras ellas usaban la cabaña.

Emma ya no estaba en la mesa de partida y las dos mujeres que quedaban me indicaron que cruzara el salón y tomara el primer pasillo. La habitación de Emma era la última a la derecha.

Caminé por el corredor, curioseando las puertas entreabiertas, intentando vislumbrar algo del lujo con el que dormían las arpías. Faltaban tres puertas para llegar a la de Emma cuando vi algo que me hizo detenerme en seco.

Eran dos mujeres.

Una tenía el pecho al descubierto y las manos de la otra sobre estos, mientras se besaban en la boca. Hasta que la bajita, que resultó ser Gertrudis, comenzó a besarle el cuello a la que estaba semidesnuda. Entonces, esta abrió los ojos y me vio.

Me asusté al ser descubierto, demasiado extasiado con lo que veía como para pensar en esconderme. La soldado no me recriminó nada, sino que me sonrió. Era hermosa, tenía el pelo rizado y le caía como una cascada hacia un lado. Gertrudis se inclinó sobre ella y llevó sus labios al pecho de la joven. La visión de ambas tocándose de una forma tan íntima me mantuvo inmóvil.

—Tenemos público —dijo la de cabello rizado y Gertrudis dejó de besarla para girar el rostro hacia mí—. Es muy apuesto.

Entonces, me llamó con la mano, pero me quedé donde estaba

—¡Ven, únete a nosotras! —volvió a pedirme y caminé hacia la habitación. Me puse delante de ella, un tanto confuso por lo que le pasaba a mi cuerpo con alguien a quien ni siquiera conocía, pero ella no esperó más y me besó.

Sus besos eran experimentados y mi entrepierna estaba preparada, por lo que dejé que me quitara la camisa mientras observaba a Gertrudis deslizar las manos por dentro de sus pantalones cortos interiores. Sabía cómo debía estarla tocando, porque la joven se arqueó contra mí, echando la cabeza hacia atrás.

Gertrudis sacó una de sus manos de la ropa interior de la otra y la puso directamente entre mis piernas. Más fascinado con la visión de la intimidad entre ellas que con el propio contacto, me dejé llevar por ambas. Ni siquiera sabía que algo así era posible, pero me enseñaron muchas cosas que nunca se me habían pasado por la cabeza.

Me dejaron dormir en la cabaña con ellas, en la primera cama decente que probaba en lo que parecía un siglo. El calor de los tres cuerpos bajo las suaves mantas fue un remanso de paz tras el frío infernal.

Por la mañana, regresé antes de que saliera el sol y de que despertaran a los hombres.

Samuel, el muchacho rubio, abrió los ojos y me observó con curiosidad cuando entré en la tienda y me tendí en mi colchoneta. Fina, fría y dura, no pude evitar compararla con el colchón de las oficiales.

—¿Dónde has estado toda la noche?

—No te preocupes por eso —le respondí, apoyando la cabeza en mi brazo flexionado.

Observé el techo de la tienda y tu rostro apareció en mi memoria. Tenía que convencer a Emma de que me ayudara a enviarte una carta porque necesitaba hablar contigo. Desertar para volver a Inglaterra no era una opción si quería tener libertad e independencia en algún momento de mi vida. Estaba tan atrapado por las promesas de la sargento Brown como los demás hombres.

—A veces me gustaría estar dentro de tu cabeza —me dijo Samuel, sacándome de mis pensamientos. El joven estaba tumbado sobre su costado y me contemplaba—. Hay algo en tu mirada... Veo en tus ojos que no eres como ninguno de nosotros. Qué sabes del mundo, que has vivido más, incluso que los viejos que nacieron libres.

Sacudí la cabeza y volví a mirar el techo.



—No he vivido mucho más que tú, Samuel. Eso es lo que tiene la vida, solo un día basta para cambiarnos por completo. No eres la misma persona que fuiste ayer y si lo eres significa que estás desperdiciando tu tiempo.

—¿Por qué no me cuentas lo que sabes?

Sonreí ante la frustración en su voz. Me recordó a mí durante aquellos primeros días contigo, como un ciego guiado de tu mano al que ocultabas información a tu antojo. Solo que ahora entendía por qué tenía que descubrir las verdades del mundo de forma gradual.

—¿Qué prefieres: leer un libro o que te lo cuenten?

El muchacho frunció el ceño indeciso.

—Créeme, Samuel, prefieres leerlo. Avanzar palabra por palabra, página a página, lleno de incertidumbre y sorpresa. Eso es la vida, al fin y al cabo. Confía en que te diré lo que necesites saber. Tienes más suerte que muchos, pues te has curado joven y aún tienes toda una vida por delante.

El joven asintió, resignado, y sonreí al reconocer un brillo curioso en sus ojos. Estaba lleno de vigor y ganas de experimentar. Me recordaba a mí en esos días junto a ti.

Nuestro entrenamiento se complicó, ya no nos enseñaban parte por parte, sino que nos exigían hacerlo todo a lomos de un caballo. Seríamos la caballería de una guerra que intuía inmediata, pero ¿por qué? Las oficiales nunca discutían nada de esto en nuestra presencia, pero era obvio que el tiempo se agotaba, a juzgar por el ritmo de entrenamiento al que estábamos sometidos.

Aquella mañana Emma nos exigió galopar mientras preparábamos un rifle, cuando ni siquiera éramos jinetes expertos. Muchos hombres se cayeron del caballo y varios se hirieron en el proceso, pero eso no detuvo el entrenamiento.

—Samuel, no puedes armar el rifle con una mano, ¡suelta las malditas riendas! —le gritó Emma al joven.

—Tengo miedo. Va a tirarme y me partiré el cuello.

Emma puso los ojos en blanco.

—El caballo nota tu tensión. Debes relajarte y confiar en el animal.

Samuel lo intentó, pero parecía tan relajado como una viga de madera, por lo que el caballo se sacudía inquieto por la alarma que notaba en el cuerpo de su jinete. Debido a la inestabilidad de su montura, Samuel no se atrevió a soltar la rienda.

Fue entonces cuando una de las oficiales cabalgó directa hacia él pasando por Emma, que la contempló ceñuda. Cuando vi la expresión en la mujer me temí lo peor, pero no tuve tiempo de alza la voz para avisar a Samuel. Ella lo alcanzó primero y utilizó su rifle a modo de lanza para golpearlo en el hombro. El chico salió volando y cayó de espaldas en el suelo.

Galopé hacia él y me bajé de mi caballo a toda prisa. Thomas lo había alcanzado antes y le palmeaba la mejilla.

—¿Estás bien, muchacho?

Samuel encogió el rostro en una mueca de dolor y comenzó a gemir.

Lo levantamos con cuidado. Palpamos su cuello y su espalda para asegurarnos de que no tenía nada roto, pero él seguía gimiendo como si el dolor viniera de todas partes al mismo tiempo.

La oficial que lo había derribado nos miraba con media sonrisa desde su montura.

—Ya no te dará miedo caerte —le dijo satisfecha, y tiró de las riendas de su caballo para alejarse de nosotros.

Me levanté, cegado por la ira. Sin perderla de vista, me monté en mi caballo y lo azucé para que este caminara hacia la mujer. Estaba tan enfadado que apretaba las riendas y los dientes hasta hacerme daño, pero en ese momento no lo notaba.

No obstante, algo se interpuso en mi camino, obligándome a detenerme. El caballo de Emma y esta, mirándome con una muda advertencia.

—¿Por qué no ayudas a Thomas a llevar a Samuel a su tienda? —me sugirió con un tono que decía mucho más.

Emma tenía razón. Atacar a una oficial no me traería más que problemas. Respiré hondo y ayudé a Thomas a transportar a Samuel con todo el cuidado que pude. Le quitamos la chaqueta para que estuviera más cómodo y lo dejamos acostado y arropado en su camastro.

—Enviaré a la doctora —prometió Emma desde la puerta. Tenía la manía de descansar una mano sobre la culata del revólver que colgaba de su cinturón. Lo hacía sin darse cuenta y por eso supe que sus siguientes palabras no eran una amenaza—. Pero vosotros dos tenéis que volver al entrenamiento.

Dejé que Thomas nos adelantara y me mantuve junto a ella.

—Emma, ¿qué está ocurriendo? ¿Es que planean atacar a China?

Hacía días que ella no se mostraba sorprendida con ninguna de mis ocurrencias, había aceptado al fin que tenía la misma capacidad intelectual que cualquier mujer. De hecho, la había visto relacionarse con otros hombres de una forma distinta. Creo que su opinión sobre nosotros había cambiado gracias a mí.

—Eres el joven de Crawley al que despertaron el año pasado antes de las votaciones.

Fue más una afirmación que una pregunta, pero yo asentí para corroborarlo. Necesitaba confiar en alguien en aquel lugar.

—No se lo cuentes a nadie —me murmuró.

Asentí a sabiendas de que sacarían del campamento a cualquiera que pudiera desmentir las falacias que nos habían contado. Lo que no estaba tan claro era qué harían conmigo si se diera el caso.

—¿Por qué China? —insistí en vista de que me estaba protegiendo.

—Han despertado a sus hombres sin consultar con el oeste y los están entrenando como soldados.

—Entonces, ¿todo esto es solo una medida preventiva?

Emma no respondió, pero la expresión en su rostro fue respuesta suficiente.

No lo entendía. Que las chinas hubieran despertado a sus hombres a pesar de las votaciones no me parecía razón suficiente para creer que estaban planeando un ataque a occidente. Después de las Guerras del Opio, había quedado claro que China no tenía potencia para derrotar a Inglaterra, mucho menos podrían enfrentarse a Europa. Había algo que no encajaba.

No le hice más preguntas al respecto, sabía que si la presionaba demasiado daría la conversación por zanjada.

—Necesito enviar una carta a Crawley —dije en su lugar.

—Ni hablar —se limitó a contestar. Se montó en su caballo para regresar al entrenamiento.

Ni siquiera paramos para comer, sino que nos hicieron seguir hasta que cayó la noche. Por suerte en aquella horrible tierra invernal anochece antes de las cinco de la tarde.

Además, la caída del sol trajo una nevada y nos permitieron regresar al campamento antes de lo acostumbrado.

Habían instruido a los heridos para mantener el campamento en buenas condiciones y les habían enseñado a cocinar. Nos sirvieron una sopa caliente que restauró la temperatura normal de mi cuerpo. Habían tapado la fogata con una carpa para evitar que los copos de aguanieve la extinguiesen, y allí, me refugié junto al calor del fuego mientras esperaba mi turno para asearme.

—¿No irás a darte un baño a la intemperie?

Giré la cabeza para ver a la persona que me había hablado. Se trataba de Marie Anne, la soldado de hermoso pelo rizado con la que había pasado la noche. Miraba horrorizada la tinaja donde se aseaban los soldados bajo la carpa.

Me molestó un poco su comentario, a pesar de que me miraba con una sonrisa.

—No es que tengamos otra opción.

Marie Anne dio un paso hacia mí, pegando su pecho a mi espalda y me susurró al oído:

—Tú sí la tienes.

Su tono fue lo suficientemente sugerente como para entender que quería que la siguiera a su habitación. Por lo que fui tras ella, caminando diez pies por detrás.

Una vez llegamos a la cabaña, me llevó a una pequeña habitación con una tinaja lo suficientemente grande como para albergar a dos personas. Entre los dos, la llenamos de agua humeante.

Estaba deseando meter mi dolorido y congelado cuerpo en la calidez del agua. Marie Anne no me hablaba demasiado, pues era de las que aún creían que los hombres no eran aptos para las conversaciones profundas, pero me miraba con total adoración.

Me quitó el uniforme, repartiendo besos por mi rostro y mi cuello. Era atrevida en algunas zonas y suave donde tenía arañazos y cardenales. Nos metimos en el agua y dejé que masajeara mi cuerpo con un trapo enjabonado, mientras yo le hacía lo mismo a ella. Nos exploramos mutuamente y, al contrario que tú, ella era muy clara y específica en cuanto a lo que quería y esperaba de mí. Mientras seguía sus sugerencias y veía su reacción positiva ante ellas, me preguntaba si tú también querías esas cosas. En algún momento empecé a imaginar que, en realidad, te las hacía a ti.

—Me preguntaba dónde estabas.

La voz provino de la puerta y cuando me giré descubrí a Gertrudis con los brazos cruzados. No parecía muy complacida.

—Llegas a tiempo para unirse a nosotros —le dijo Marie Anne con una sonrisa.

Gertrudis nos contempló con algo que creí interpretar como desconfianza. Quizá no veía bien que los hombres se bañaran en el interior, la muy egoísta.

Al final, se decantó por seguir la sugerencia de Marie Anne y cerró la puerta tras ella.

Volví a dormir con ellas en la cabaña, y debo admitir que las comodidades y la calidez que mi nueva asociación me había procurado, hizo que aquel horrible lugar fuera más llevadero.

Al día siguiente, durante el entrenamiento cuando dejaron que nos tomáramos un descanso para comer algo, Thomas y yo fuimos a ver a Samuel a nuestra tienda.

El muchacho se sentó sobre su camastro y se levantó la camisa para enseñarnos los distintos colores que ahora existían en la piel de su espalda.

—¿Te duele mucho? —Tragué saliva al ver el gran moratón.

Samuel no respondió, sino que giró el rostro hacia el techo de la tienda y suspiró, cavilando.

—Echo de menos estar enfermo —murmuró, tras un instante, y cerró los ojos—. Estoy cansando de tanto dolor, de tanto frío, del miedo a qué será lo próximo que me espera... La vida no merece la pena. Estábamos mejor antes. Cuando no sentía nada.

Thomas y yo intercambiamos una mirada significativa. Me incliné sobre el muchacho para hablarle al oído.

—La vida no es esto, Samuel, te lo prometo. Ten paciencia. Cuando esto acabe lo descubrirás.

Tras la visita, regresamos al campo de entrenamiento donde nos esperaban las tres oficiales que nos habían estado instruyendo durante la mañana, en la lucha de espadas a caballo.

Mi mirada se fijó en una de las oficiales. Era la mujer que había tirado a Samuel del caballo a propósito. Tenía el cabello negro sujeto en una larga trenza a su espalda y unos cálidos ojos ámbar que no concordaban con la frialdad de su sonrisa. Su forma de mirar a los hombres dejaba claro que los consideraba animales de granja. Un mero objeto para ser usado y abusado. La había visto también por el campamento, despertando a patadas a un hombre que se habían quedado dormido y se había retrasado para el entrenamiento.

Thomas se dio cuenta de que yo estaba más pendiente de ella que de nuestra lucha de espadas.

—¿Callum? —me llamó, siguiendo la dirección de mi mirada.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, no hizo falta ponerle palabras.

—Yo distraigo a las otras dos —me informó—. Ten cuidado. Troté hacia ella, quien, confundida, alzó la vista al verme llegar.

—¡Vuelve al entrenamiento, soldado! —me ordenó. Los hombres que habían estado luchando bajo su supervisión se detuvieron, bajando las espadas para mirarme con curiosidad. Eran mis hombres, me respetaban y escuchaban, pero si ella les pedía ayuda, no tenía ni idea de hacia dónde iba a inclinarse su lealtad.

La oficial se mostró indignada al ver que, lejos de obedecerla, me abrí paso entre los soldados para plantar mi caballo frente al suyo.

—¿Tienes problemas de oído? —me gritó enfurecida. Te he dicho que vuelvas a tu grupo.

Sin responderle, alcé mi espada y le apunté al cuello con la punta de la hoja.

Sus ojos se llenaron de pura indignación, al parecer no podía creerse que un ser tan insignificante como yo se atreviera a amenazarla.

—Si vuelvo a verte maltratar a alguno de mis hombres, te prometo que sufrirás su misma suerte.

Abrió la boca, muda por la incredulidad, pero un instante más tarde comenzó a carcajearse como si le hubiera contado el chiste más ridículo de su vida.

—Soldados, quítenle la espada al señor Fairfax —ordenó a los hombres a mi alrededor y se inclinó relajadamente sobre un codo en su montura. Yo no merecía la pena lo suficiente como

para desarmarme ella misma. O quizá quería enseñarme que los hombres a los que había considerado míos le pertenecían a ella.

Nadie se movió.

Con satisfacción, pude ver cómo su mueca de superioridad se transformaba en inquietud.

—¡He dicho que lo reduzcan! —chilló, colérica, como si pensara que no la habían comprendido la primera vez. Para alguien como ella, no había mucha diferencia entre un siervo infectado y un hombre sano.

Aun así, nadie se movió.

Bajé la espada. Estaba claro que iba a necesitar una demostración, por lo que avancé hasta situarme a su lado, el flanco de mi montura contra el flanco de la suya.

—Recuerda que somos más y que somos más fuertes —le susurré justo antes de darle un fuerte azote a la grupa de su caballo. Con el agarre férreo de un águila, le sujeté la trenza y la chaqueta, manteniéndola donde estaba, mientras el animal avanzaba al trote.

La intención había sido que se cayera de espaldas, igual que le había sucedido a Samuel, pero la sorpresa la había desestabilizado y se cayó de la montura de lado, sobre el hombro.

Algunos de los hombres se rieron, un viento de rebelión agitándose entre ellos. Habíamos formado una alianza sin ni siquiera planearlo.

Ella se levantó con dificultad mientras las demás oficiales, que habían escuchado la caída, cabalgaban hasta nosotros.

Se sujetó el hombro izquierdo mientras me miraba con un rostro tan rojo que creía que iba a explotarle la cabeza.

—¿Te encuentras bien, Einsworth? —Otra oficial desmontó junto a la herida.

—Tengo el hombro dislocado —respondió Einsworth con una mueca de dolor. Después me apuntó con su revólver—. No me he caído, me ha tirado él.

La otra mujer me miró con confusión y yo puse la expresión más inocente que conocía.

—Ha sido un accidente.

—¡Mentiroso! —chilló Einsworth rabiosa—. Me ha amenazado y luego me ha tirado intencionadamente del caballo.

Agitó el revólver hacia mí, y el corazón me dio un vuelco en el pecho. No era más que un hombre para ellas, un mero instrumento que podía desecharse si dejaba de cumplir su función. No tendrían escrúpulos a la hora de dispararme porque ni siquiera lo verían como una ofensa a la vida.

—Maldita rata, ¿quién te crees que eres para atreverte a tocarme?

Tragué saliva al verla accionar la pequeña palanca de metal de chispa para cargar la recámara de su revólver. Si ni siquiera éramos ciudadanos, ¿podría nuestro asesinato considerarse un delito? Debería habérmelo planteado antes de atacarla.

—Quizá quieras hablar con Emma antes de dispararme —solté, utilizando su nombre de pila a propósito—. Ella me ha puesto al cargo de los hombres y se enfurecerá mucho si me ocurre algo por un malentendido.

—¡No hay ningún malentendido, sabandija! Y la Oficial Clarke me dará la razón cuando le lleve tu cadáver. —Escupió la mujer, entornando los ojos y alzando más el revólver hacia mí.

Pero aquello había sido suficiente para sembrar la duda en las otras dos oficiales.

—Baja la pistola —interrumpió la de mayor rango.

La mujer le echó un vistazo rápido con el ceño fruncido.

—Pero me ha atacado y faltado al respeto, merece la muerte.

—Te ordené que bajaras la pistola —repitió su superior.

Hizo lo que le decía a regañadientes y se aproximó a ellas para hablarles con un tono más bajo.

—Si no castigamos tales insubordinaciones, será el caos.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada y apuntaron sus rifles hacia mí.

—Tira la espada al suelo y baja del caballo —me ordenó la de rango superior.

Cerré los ojos un instante, antes de hacer lo que me pedían.

Cuando estuve en la nieve las miré de frente, pero con el mentón bajo para no corroborar la imagen de insubordinación.

—Lamento lo ocurrido. Les aseguro que ha sido un desafortunado accidente —les recordé alzando ambas manos ante sus cañones.

Einsworth lanzó una risa bufido y me atravesó con su mirada.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —me espetó—. Pero no eres más que un hombre con la cabeza hueca. ¡Vas a pagar por tu atrevimiento!

A pesar de que ansiaba salvar los pasos que me separaban de ella para estrangularla, me contuve. Mantuve mi expresión humilde fija en los demás oficiales.

—Quítate el uniforme...

—¿Qué? —pregunté exaltado. No me dio la impresión de que estuviera bromeando.

—He dicho que te quites todo lo que llevas puesto.

La miré boquiabierto.

—Pero si hace un frío de muerte.

La mujer alzó la cabeza hacia un lado y me analizó durante un instante.

—Parece que es cierto que tienes problemas para cumplir órdenes —comenzó.

Apreté los dientes, mientras ignoraba los comentarios de Einsworth sobre mi impertinencia y rebeldía. Y comencé a desabrocharme la chaqueta.

—Moriré de frío y Emma estará igual de horrorizada.

—Es «Oficial Mayor Clarke» —me recordó la mujer sin inmutarse ante mi amenaza. El aire gélido se coló por mi camisa como si millones de agujas penetraran mi piel hasta alcanzar mis huesos.

—He dicho todo —continuó, al ver que me detenía.

A regañadientes, me saqué la camisa interior que era la que mantenía todo el calor que había producido mi cuerpo, y este se esfumó en un instante. Mi corazón se saltó un latido ante el golpe del frío alemán en mi piel, que se endureció y se tornó rojiza. El dolor empeoró porque el viento atravesó mi piel helada hasta llegar a los tuétanos.

Einsworth esbozó una sonrisa triunfal, dejando que sus ojos se deslizaran por mi cuerpo desnudo. Deleitada con mi humillación.

Al menos no me hicieron quitarme las botas.

—Stanley, los demás lo han ayudado, ignorando mis peticiones de reducirlo —le explicó Einsworth a la oficial que me había ordenado desnudarme.

—Pues, compartirán la suerte del insubordinado —instruyó ella, apuntándoles con su revólver.

Di un paso hacia Stanley que, dando el tema por zanjado, se estaba aproximando a su caballo.

—Ellos no han tenido nada que ver.

La mujer se detuvo con las manos en las riendas y en la montura de su animal.

—Si vuelvo a escuchar tu voz antes de que lleguemos al campamento, Clarke tendrá que buscarse otra furcia.

Obligaron a desnudarse a todos los hombres que habían presenciado inmóviles mi intercambio con Einsworth, y me sentí culpable por ellos. Además, nos prohibieron montar nuestros caballos y tuvimos que regresar andando al campamento.

Para cuando alcanzamos la colina desde la que se veía el campamento, ya no estaba seguro de estar vivo, pues había dejado de sentir mis miembros. Solo quedaba el tenue dolor en mis piernas congeladas a cada golpe de botas contra el suelo.

Emma estaba de pie junto a una carreta de rifles con la cara vuelta hacia la cima de la ladera por la que llegaba nuestra partida. Sin duda, desde allí podía ver que estábamos desnudos, pero cuando ya creí que iba a dirigirse a nosotros, la vi tomar el camino contrario hacia la cabaña.

Nos hicieron andar en círculos en el centro del campamento para que los demás hombres se acercaran y nos vieran de esa guisa. No obstante, sentir el calor del fuego a poca distancia fue como la pequeña caricia de un ángel justo antes de morir.

—Esto es lo que puede pasarles si se comportan mal —anunció Stanley a los demás hombres, mientras nos señalaban.

El hombre que caminaba desnudo justo frente a mí comenzó a toser y sus piernas acabaron por fallarle. Al caer al suelo, soltó un alarido, sin duda embargado por un dolor agudo tras el golpe en sus miembros congelados.

Me acuclillé junto a él, sin importar que fueran a regañarme por ello.

—¿Qué significa todo esto? —La voz de la sargento Alexandra Remington resonó con fuerza a través de los murmullos.

—¡Dios mío, Callum! —chilló Marie Anne al verme. Corrió hacia mí con una manta y me la echó por encima de los hombros mientras me frotaba los brazos y la espalda.

Debería haber estado agradecido, pero cada roce de sus palmas me hacía daño. Me puso una mano cálida en la mejilla y me castañearon los dientes en un intento fútil por generar más calor. El contraste con su temperatura me provocó un escalofrío y eso activó sacudidas incesantes por todo mi cuerpo.

—Se han insubordinado contra la soldado Einsworth, y he decidido castigarlos de esta forma —explicó Stanley un poco menos briosa.

Alexandra ignoró su explicación y caminó hasta ponerse justo frente a Einsworth, mientras que otras soldados les entregaban mantas a los demás hombres y los conducían junto al fuego.

—Hay una diferencia muy clara entre la disciplina y el maltrato y no permitiré que se confunda en mi regimiento —le escupió a Einsworth.

No entendí como sabía de las andanzas de la mujer hasta que vi a Emma unos pasos por detrás de Alexandra, junto a una de las tiendas. Deduje que ella había corrido a alertar a la sargento y la había puesto al corriente de algunas de las acciones de Einsworth.

—Si tienen algún problema con los soldados, deben presentarlo inmediatamente ante la Oficial Mayor Clarke —ordenó la Remington alzando la voz al máximo—. ¿Queda claro?

Las mujeres respondieron al unísono y Alexandra les indicó que prepararan baños calientes y sopa para los afectados.

Marie Anne no me dejó a la intemperie, sino que me llevó a la cabaña y me dio un baño en la misma habitación del día anterior. Luego me llevó directa a su alcoba.

—Pobre Callum —repetía, dándome besos por todo el rostro y el cuello. Acrecentó el fuego de su chimenea y me senté junto al calor crepitante de este.

Recobrar mi temperatura normal fue como volver a la vida después de haber descendido al infierno. Aun cuando ya había entrado en calor, tenía la memoria del frío terrible metida en los huesos.

—Me he asustado tanto al escuchar lo que decía Emma que os habían hecho —me susurraba Marie Anne acurrucada en mi regazo—. No quiero que te pase nada, debes estar a mi lado siempre.

Fruncí el ceño al escuchar lo que la mujer ronroneaba en mi oído, mientras observaba las hipnóticas llamas de su chimenea.

Había algo desagradable en sus palabras, algo que producía un rechazo visceral en mi interior. Pero no entendía por qué. Con ella siempre estaba seguro, cálido y bien tratado; y aun así su apego me produjo una sensación desapacible.

Ignoré esos sentimientos y dejé que me prodigara caricias y mimos después de un terrible día de maltratos. Me trajo la cena a la habitación, y agradecí no tener que dejar ese remanso cálido, esa tregua, que me ofrecía mi nueva situación.

—¿Qué les han dicho a nuestras amas sobre nosotros? —le pregunté a Marie Anne. Me di cuenta de que ella había estado hablando de algo y la había interrumpido, pero ni siquiera sabía de qué se trataba.

La joven se mostró un tanto desconcertada ante mi cambio de asunto, pero al fin respondió.

—Que ya no les pertenecéis y que os ibais de Inglaterra.

—¿No saben dónde estamos?

Marie Anne negó con la cabeza y alargó su brazo por encima de la mesa redonda de su habitación donde estábamos cenando para cogerme la mano.

—Os confiscaron en secreto para evitar conflictos con las civiles —me explicó—. ¿Por qué te preocupa eso?

—Si quisiera hablar con la que fue mi ama, ¿cómo podría hacerlo?

Marie Anne me miró con el ceño fruncido y, tras pestañear, me sonrió.

—¿Para qué querrías hablar con ella, cariño?

«Porque ya no puedo respirar un día más sin saber de ella» pensé, pero no le dije eso, porque tendría que haber admitido conocerla y haber estado despierto antes que los demás. No me fiaba de Marie Anne como de Emma.

—He tenido sueños en los que una joven rubia llora y grita mi nombre. Me pide ayuda —le conté en su lugar—. Hay algo muy real en esos sueños... Me da miedo que sean recuerdos, en lugar de sueños. Necesito saber que está bien. Pero si me voy, seré un desertor. Además, no sabría cómo salir de aquí.

Marie Anne se encogió de hombros, pero parecía molesta con algo de lo que yo había dicho.

—Solo son sueños. —Se levantó de su silla y rodeó la mesa para ponerse frente a mí—. Ven, vamos a la cama.



Sentada sobre el borde de su lecho, Marie Anne se abrió la camisa mostrándome sus pechos blancos y cogió mis manos para ponerlas alrededor de su cintura. Nos besamos y al cerrar los ojos esta vez, imaginé que eras tú durante todo el tiempo.

Ella se durmió enseguida, agotada, pero yo me tumbé a su lado con los ojos abiertos. Estaba molesto porque los días sin comunicarme contigo empezaban a pesarme. Marie Anne me había ofrecido cierto consuelo con sus atenciones y su cariño, pero no tenía sentido imaginar a una chica, mientras besabas a otra. Me estaba cansando de conformarme con fantasear contigo, quería tenerte a mi lado en carne y hueso. Oír tu voz, sentir tu aroma. Tu falta se estaba haciendo cada vez más dolorosa. La incomunicación y saber que estabas al otro lado de Europa me estaba volviendo loco.

En algún momento de la noche debí dormirme, porque me despertó un portazo.

Despegué los ojos, pestañeando y preguntándome qué ocurría. Marie Anne alzó la cabeza de su almohada tan sorprendida con la brusca intromisión como yo.

Gertrudis estaba en la puerta del dormitorio con los brazos cruzados en el pecho y nos miraba con una expresión grave en el rostro.

—¿Por qué está él aquí siempre? —chilló, enfurecida.

Marie Anne suspiró y puso los ojos en blanco.

—Porque me gusta que esté aquí.

Gertrudis la miró con ojos entornados y se aproximó a su lado de la cama.

—Pero, ¿es que nunca podemos estar solo las dos? —rogó y se acuclilló junto a ella.

¿Qué demonios le pasaba? La cama era lo suficientemente grande para los tres. Sin duda, disfrutaba de imaginarme pasando frío.

Gertrudis ignoró mi presencia y le cogió la mano a Marie Anne.

—Yo te amo —le confesó con la voz de alguien que va a llorar—. Eres mi único tesoro en este maldito lugar.

Incliné la cabeza, observando la escena. Gertrudis parecía estar sintiendo lo mismo que yo, solo que ella tenía el objeto de su amor cerca. ¿Por qué sufría, entonces?

Me senté para poder observarlas mejor, pero llamé su atención al hacerlo y la muchacha me miró con odio. No tenía más razón para odiarme que la de ser hombre, pero eso parecía bastarle.

Marie Anne se recostó contra mí y apoyó la mano en mi pecho.

—No me gusta que me digan lo que puedo o no puedo hacer o con quién debo pasar mi tiempo —le dijo a Gertrudis—. Creo que es mejor que tomemos distancia.

Parecía que le hubiese atravesado el corazón con un puñal. El dolor fue visible en las facciones de Gertrudis. La había destrozado sin tocarla.

Tras un instante de sufrir lo que fuera que se le estaba rompiendo dentro, miró a Marie Anne con desesperación y me sentí identificado con esa desesperación. ¿Era eso amor? ¿Estar desesperado?

—¿Lo dices en serio?

Marie Anne asintió, sus rizos cosquilleando mi pecho en el proceso.

Los hombros de Gertrudis se hundieron un poco, como si una fuerza invisible le pesara sobre los hombros. Tenía el blanco de los ojos, rojo.

—Tú tienes la culpa de esto —me acusó antes de salir hecha una furia.

Contemplé la puerta por la que se había marchado durante un instante. ¿Por qué me culpaba de sus problemas? Marie Anne nunca la había rechazado hasta que intentó acaparar su tiempo y alejarla de mí.

—¿Tanto me desprecia que no soporta compartir techo conmigo? —inquirí—. Prefiere enemistarse contigo que ceder ante mi presencia.

Marie Anne sonrió.

—Es un poco más complicado que eso, Callum.

—¿Por qué?

—Algunas mujeres, cuando aman mucho a otras, no quieren compartirlas con nadie más.

—Entonces, ¿lo que le molesta es que tú y yo pasemos tiempo juntos? —Quise saber, extrañado.

—Así es.

Asentí a pesar de que no entendía mucho porque alguien iba a pretender restringir a otra persona de esa forma. A mí nunca me había importado que pasaras tiempo con Jane, Sally o con tus primas. Por otro lado, tú no parecías tener la misma relación con ellas que Marie Anne y Gertrudis.

Te imaginé besando a Jane y me sentí muy contrariado por los sentimientos que afloraron ante la escena. No era para nada como ver a las dos soldados besarse. Había algo que no me gustaba cuando se trataba de ti.

Nos tendimos de nuevo y Marie Anne apoyó su cabeza en mi pecho. Estaba tan tranquila y ajena al dolor que acababa de ocasionar, pero yo no podía sacármelo de la cabeza, porque estaba sintiendo algo parecido.

Me imaginé la posibilidad de que cuando te encontrara me dijeras algo como que querías que tomáramos distancia. Un dolor agudo y escalofriante recorrió mi pecho, y tuve que borrar la fantasía de mi mente, recordándome que no era cierta.

—¿Por qué le has hecho eso? Le ha dolido mucho, ¿sabes? —le dije a Marie Anne.

La muchacha había estado a punto de quedarse dormida.

—¿Qué querías que hiciera? —bostezó.

—Podías haberle dicho que la amabas también, aunque no fuera cierto, para evitarle el dolor.

—Eso es peor —murmuró Marie Anne en mi hombro—. Es peor que te mientan, Callum.

—¿Por qué?

La joven no me contestó y le di golpecitos en la mejilla para despertarla.

—No te preocupes, a ti no voy a hacerte eso... Porque tú eres precioso y delicioso —bromeó, adormilada y me dio un beso en el pecho.

Me costó mucho volver a dormirme con todas aquellas dudas danzando en mi cabeza.

**A** la mañana siguiente, al salir de la habitación de Marie Anne, me topé con Emma. Se detuvo de golpe al verme y alzó una ceja, sorprendida.

—¿Asegurándote de que Marie Anne no pase frío por las noches? —preguntó burlona.

—Algo así.

—Ahora entiendo su histeria cuando les informe de lo que os había hecho Einsworth —meditó—. Y yo que creía que se había apresurado en cubrirte para ahorrarnos la visión de tu trasero colorado.

Me estiré y alcé el mentón con toda la dignidad que pude reunir.

—Mi trasero fue la guinda del pastel de otra tarde aburrida en el campamento —bromeé y ella rio—. Podríais traernos libros. Esos muchachos no tienen ni idea de nada. Les vendría bien leer.

Emma sacudió la cabeza como si hubiera dicho la mayor estupidez de la historia.

—Así es exactamente como los quieren.

—Malditas mujeres —murmuré.

—¡Esa lengua! —me regañó—. Tengo una buena noticia para ti.

La miré con ojos muy abiertos mientras salíamos de la cabaña.

—Han llegado cartas de las antiguas propietarias de los soldados, quizá tu ama te haya enviado una... Aunque veo que no la echas de menos tanto como me diste a entender.

Fruncí el ceño sin entender de dónde había sacado esa conclusión.

—Nada más lejos de la realidad —contradije, ansioso por saber más de las cartas—. Me cuesta creer que permitan cualquier comunicación con el exterior.

—Han decidido que sería ventajoso levantar la moral de la tropa, darles algo en lo que pensar fuera de este lugar. Una conexión con nuestro país que motive su deseo de pertenecer y de regresar más allá de la promesa de la ciudadanía.

Asentí compartiendo la opinión de que obraría maravillas en mis hombres recibir correspondencia de alguien que les «conocía» y que en cierto modo se preocupaba por ellos.

—¿Dónde están?

—Las están repartiendo en estos momentos.

No me quedé para escuchar nada más, sino que corrí hacia el corazón del campamento donde Gertrudis sostenía un saco del que iba sacando sobres.

—¿Peter Dexter? —leía la joven. Un hombre alto y con unas patillas negras de lo más llamativas dio un paso hacia Gertrudis y cogió el sobre en sus manos. Lo miró con una mezcla de asombro y reverencia, como si se tratara de un paquete misterioso que podría contener cualquier cosa. El primer regalo de su vida.

—¿Hay algo para Callum Fairfax? —interrumpí moviendo las manos, incapaz de estarme quieto. La idea de que una hoja con palabras escritas directamente de tu mano estuviera a unas pulgadas de mí, me estaba destrozando. Necesitaba tenerla ya abierta

frente a mis ojos. Necesitaba sumergirme en el mar de trazos negros que unirían nuestras almas en la distancia.

Gertrudis me dedicó una mirada de soslayo y frunció los labios. Sacó otro manojito de cartas y continuó leyendo nombres como si yo no hubiera hablado.

Suspiré profundamente, tratando de calmarme, pero Gertrudis terminó de repartir las cartas, se echó el saco en el hombro y se dio la vuelta para regresar a la cabaña.

—¡Eh! —protesté, interponiéndome en su camino—. ¿Qué hay de mi carta?

Me miró como quien nota un mosquito molesto.

—No tienes ninguna.

—¡Eso es mentira! —bramé, enfadado. Ella no te conocía, no sabía que tú nunca me dejarías sin una carta. Sin un atisbo de esperanza para mantenerme vivo en aquel tormento.

Le arranqué el saco de la mano y hurgué en él, pero para mí horror descubrí que estaba vacío. Gertrudis esbozó una sonrisa satisfecha y cruel.

Le tiré el saco con desprecio y ella se rio.

—Parece que no le importas a nadie —me dijo con una sonrisa triunfal, incluso vengativa.

Alcé el mentón y entorné los ojos.

—Y yo que creía que no teníamos nada en común.

Mi comentario le borró la sonrisa de golpe y la tristeza regresó a sus ojos, pero no me arrepentí. Tenía tanto dolor dentro de mí en esos momentos que podría envenenarlo todo a mi paso.

Volví al campamento ensimismado con la idea de que no me habías escrito por alguna razón funesta. Cuando me acerqué a la hoguera y me dejé caer apático en una silla, Thomas y Samuel me miraron.

—Callum, todas las cartas estaban abiertas —me informó Thomas con una mueca—. En mi infancia las cartas no solían recibirse abiertas.

—¿Estaban abiertas? —Di un salto de la silla y apunté el dedo a otro grupo de hombres—. ¿Todas las cartas estaban abiertas?

Thomas asintió.

Fui directo hacia Emma a grandes zancadas. Estaba subida sobre su caballo y me aproximé al flanco del animal.

—Emma, las cartas estaban abiertas —incredulo.

Stanley estaba también montada sobre su caballo y lo hizo girar para echarme una mirada divertida.

—Nos apetecía leer —respondió burlona.

La ignoré y me dirigí a la Oficial Mayor.

—¿Dónde están las cartas censuradas?

La pelirroja le echó un vistazo incómodo a Stanley, quien me contemplaba con el ceño fruncido.

—Solo quiero saber si mi ama me ha escrito, no necesito leerla —mentí a sabiendas de que Stanley nos estaba escuchando.

Emma suspiró.

—Adelántate con los soldados y espérame en el campo de entrenamiento —le ordenó.

Stanley puso una mueca.

—Les permites demasiado —la censuró, sacudiendo la cabeza. Pero hizo lo que le pedía, al fin y al cabo, Emma era su superior.

Me llevó de vuelta a la cabaña y fuimos directos al despacho de la sargento Remington que, por suerte, no estaba allí.

Habían archivado las cartas censuradas en un baúl de madera cerrado con un candado robusto y algo oxidado, pero Emma tenía la llave. Se acuclilló y me senté a su lado en la alfombra polvorienta y descolorida.

—Deberías ser más discreto —me sugirió mientras abría la tapa del baúl con un chirrido—. Si descubren todo lo que sabes, te harán lo mismo que a estas cartas.

Se movía demasiado despacio para mi paciencia. Se las quité de las manos para ojearlas yo mismo.

—No te preocupes, no quepo en ese baúl.

—Pues quizá te hagan algo peor... —continuó ella intentando asustarme, pero yo estaba pendiente de los nombres de los soldados que no habían llegado a recibir su correspondencia porque decían algo que las militares no querían que supiéramos.

—No, si estoy bajo tu poderosa protección.

Emma puso una mueca y se irguió para sentarse en el escritorio de Alexandra.

—Solo eres un hombre, Callum —advirtió con el tono de una madre—. Si no te controlas, ni yo podré salvarte.

No le respondí, porque había terminado el montón de cartas sin encontrar una con mi nombre. Volví a repasarlas bajo la atenta mirada de Emma.

—¿Dónde están las demás? —le exigí al terminar.

—No hay más.

Sacudí la cabeza, notando un peso doloroso en mi pecho.

—Tiene que haber más, Amanda no me dejaría sin carta. Debe estar desesperada por hablar conmigo.

Emma torció la cabeza hacia un lado mientras me estudiaba.

—Lo siento, Callum —se limitó a responder, y vi en sus ojos que se compadecía de mí. ¿Compadecerse por qué? ¿Tan segura estaba de que tú no me amabas?

Un dolor aún más fuerte atravesó mi pecho. ¿Y si era cierto que no lo hacías y yo era el único que no podía verlo? ¿A caso no le había pasado algo parecido a Gertrudis? Quizá los sentimientos tan intensos nos robaran la capacidad de pensar con claridad.

—¿Estás segura de que no hay más cartas en algún sitio?

Emma suspiró.

—El amor duele más que una bala en las costillas —murmuró para sí misma. Parecía estar segura de que no me amabas.

—Ella no es cruel, ¿sabes? —le expliqué, apoyándome en el baúl, me sentía sin fuerzas—. Aunque no me ame, al menos querría saber de mí. Ella es bondadosa.

Un recuerdo de tu bonito pelo rubio potenciado por los rayos del sol entre los árboles del bosque de Crawley, de tus ojos de ángel, mirándome con esa mezcla de miedo y curiosidad, y de tu sonrisa tierna me cruzó por la cabeza. Tus recuerdos siempre venían teñidos de alegría y dolor, pero esta vez me causó solo lo último.

—¿Callum? —me llamó Emma—. ¿Estás bien? Quizá no le llegó la noticia de que podían enviar cartas a sus siervos.

Sacudí la cabeza de forma casi imperceptible.

—Ella, más que nadie, debería estar atenta a esas cosas. —Me sorprendió el veneno en mis propios labios.

—Volvamos al entrenamiento, te vendrá bien distraerte —me propuso tras ponerse de pie.

Salimos del despacho de Alexandra en silencio y nos montamos en los caballos. Mientras trotábamos hacia la pradera donde solíamos entrenar la miré de soslayo.

—¿Dónde está tu siervo?

—Ya no es mi siervo —soltó Emma con la vista perdida en el horizonte. No se me escapó la forma en la que apretó los dientes.

—¿Cómo se llama?

Emma tardó un rato en contestarme.

—William. —El tono de su voz dijo mucho más que su nombre.

—Sentías afecto por él. —No fue una pregunta, pero ella pareció entenderlo así. Vi algo en sus ojos que desapareció enseguida.

—Durante mucho tiempo creí que lo amaba —confesó, y luego se rio de sí misma sacudiendo la cabeza—. Qué ridículo... Ni siquiera le conozco. Me doy cuenta ahora de que lo amaba como una ama sus posesiones.

—¿Te ha dolido perderle?

Emma inhaló y soltó el aire entre sus labios abiertos mientras miraba para otro lado.

—Lloré.

La contemplé boquiabierto. Me costaba imaginar a la Emma de acero que conocía haciendo algo tan humano como llorar.

—¿Tú lloraste?

—No como esas damas superficiales que lloraron en una rabieta al perder a su mascota —se defendió—. Lo entregué con la misma cara que ves ahora, y lloré más tarde, a solas en mi habitación. Lo echo de menos, aunque no tenga ni idea de quién es en realidad.

—¿Dónde está él?

—En el campamento 28.

Abrí la boca y me eché hacia atrás para contemplarla.

—Emma, ¡ese campamento está a diez minutos de aquí!

—Lo sé bien, lo visito a diario.

—¿Duermes allí con William?

Negó con la cabeza.

—Nunca me dirijo a él, solo paso por allí para comprobar que está bien. Él ni siquiera me ha visto. Y si lo ha hecho no sabe quién soy.

Contuve la risa ante eso.

—¿Por qué no le hablas?

Vio por el rabillo del ojo mi expresión divertida y giró el rostro un tanto avergonzada.

—Bueno, y... ¿Qué quieres que le diga? —soltó—. «Buenas noches, soy la mujer que violó tu cuerpo inconsciente durante cinco años, ¿cómo te va?».

A pesar de lo azorada que estaba ella, tuve que soltar una carcajada.

—No, no le digas eso... Cualquiera otra cosa será mejor que eso —me burlé.

—Pero es la verdad. —Estaba mortificada. Mi amistad le estaba haciendo ver la esclavitud del hombre como lo que era: un abuso a la humanidad.

—No es tu culpa, Emma, eras parte del sistema —la consolé—. Ni siquiera tienes porque explicarle lo que ha ocurrido entre vosotros. Dile tan solo que eras su ama y que quieres asegurarte de que está bien, que consigue su ciudadanía y que te alegras de su libertad, aunque sea una mentira.

—¡No es mentira! —protestó ella, ofendida—. Puede que le eche de menos, pero me alegra que vaya a ser libre.

Le sonreí.

—Por eso eres mi amiga.

Parecía un poco perpleja ante la noción.

—Supongo que encuentro tu compañía tolerable —admitió con un tono de indiferencia, que me hizo reír.

—¿Vas a hablar con él esta noche?

Volvió a ponerse seria y negó con la cabeza.

—Hay algo más, ¿verdad? —insistí, perspicaz.

Se encogió de un hombro y se rascó la nuca antes de volver a confesar.

—Tengo miedo de que me encuentre repulsiva.

Tuve que soltar otra carcajada. Emma puso los ojos en blanco nada complacida por mi reacción. Estábamos a meras yardas de los demás que se encontraban sumergidos en plena batalla de espadas a lomos de sus caballos.

—«No vengas a mí si alguien quiere patear tu trasero blanco» —canturreó justo antes de galopar hacia las oficiales que dirigían el entrenamiento.

Cuando al día siguiente nos despertaron al despuntar el alba, supe que algo andaba mal. En lugar de prepararnos para otra mañana de entrenamiento, nos ordenaron que cargáramos las carretas y acondicionáramos los caballos para el viaje.

Me fue imposible sacarle nada a Emma, que daba vueltas por el campamento dando órdenes a diestro y siniestro, en ausencia de la sargento Remington.

—¿A dónde nos llevan? —me preguntó Thomas cuando al fin montamos en nuestros caballos.

Sacudí la cabeza como muestra de mi fracaso con Emma.

Tenía un mal presentimiento que me acompañó durante todo el día. Hacia atrás, veía una gigantesca fila de soldados hasta donde alcanzaba mi vista y lo mismo ocurría cuando oteaba el horizonte hacia delante. Aunque Einsworth, Stanley y otras de las oficiales de nuestro regimiento acompañaban nuestro paso, no había ni rastro de Emma o Alexandra.

Cuando cayó la noche llegamos a una extensa pradera donde los soldados a la vanguardia ya habían comenzado a acampar. Nos ordenaron que desempacáramos lo suficiente para pasar la noche, ya que a la mañana siguiente continuaríamos el camino.

Los rumores sobre que nos dirigíamos a la guerra comenzaron a extenderse entre los hombres.

—¿De qué guerra hablan? —me preguntó Robert Shaw mientras cenábamos a la entrada de nuestra tienda.

—No estoy seguro —suspiré—. He oído algo sobre China, pero no tengo más información.

—¿Si quieren atacar China por qué no nos han entrenado durante más tiempo? —inquirió el grandullón antes de darle un bocado a una hogaza de pan duro.

—Quizá no tengan tiempo —le respondí tan confundido como él.

—No quiero ir a la guerra... —murmuró Samuel tras nosotros—. Si el entrenamiento ha sido un infierno, ¿cómo será la guerra?

Samuel sostenía el plato de la cena entre sus manos, pero no lo había tocado.

—No te preocupes, somos la caballería. Si atacan China lo harán por mar donde es más vulnerable. Nosotros ni siquiera entraremos en acción.

—¿Estás seguro? —inquirió el muchacho e, incluso, Robert tenía la mirada fija en mí.

No estaba seguro de nada, pero mi lógica me decía que era poco probable que usaran la caballería, China podía aguantar un ataque por tierra sin demasiados problemas, mientras que había perdido las dos Guerras del Opio por su inferioridad naval. Teníamos suerte de pertenecer a la caballería, y, aun así, no podía dejar de pensar en esos pobres hombres que acababan de recuperar su vida, y sin apenas saber nada de asuntos bélicos, iban directos al infierno.

Vi a Thomas caminar hacia nosotros.

—La oficial Clarke ha llegado, ¿por qué no vas a hablar con ella? —me sugirió al alcanzarnos. Las arrugas de su rostro estaban más acentuadas que el día que le conocí y su cabello canoso bailaba al son del viento alemán.

Suspiré y dejé mi plato en el suelo.

—La quinta tienda de la fila de la derecha —me señaló—. Ha entrado ahí con la Sargento.



Cuando oteé el interior de la tienda vi que varias oficiales estaban de pie alrededor de una mesa. La sargento tenía un mapa extendido sobre esta y señalaba un camino con el dedo índice. La ventaja de ser un hombre era que las oficiales no se fijaban demasiado en lo que hacíamos en el campamento en nuestro tiempo libre. Aproveché esa invisibilidad para adentrarme un poco más. Me escondí tras el pliegue de la tela. Podía oír su conversación con relativa facilidad desde ese ángulo.

—¿Hay noticias de dónde planean atacar primero? —preguntó una de las oficiales.

La sargento apoyó la mano en la superficie de la mesa para inclinarse más sobre el mapa.

—Han movilizado sus tropas hacia el oeste de China —respondió Alexandra—. Por lo que creen que planean atacar inmediatamente.

Fruncí el ceño ante la conversación tan peculiar. ¿China planeaba atacar occidente? Seguía sin cuadrarme.

—Las tropas navales del puerto de Le Havre están casi preparadas y zarparán esta misma noche hacia Asia —continuó la sargento—. Nosotras proseguiremos por tierra dirección este...

—¡Eh, tú! —gritó una de las oficiales y un instante después tenía el cañón de su revólver apoyado bajo mi mentón y su mano asiendo las solapas de mi chaqueta. Tiró de mí para sacarme de mi escondite y que todas las presentes pudieran verme—. Estaba escuchando nuestra conversación —acusó.

Alcé ambas manos en son de paz y vi cómo Emma sacudía la cabeza con una mueca aborrecida, como si me creyera un caso perdido.

La sargento Remington se irguió y me contempló con los brazos en jarras.

—¿Por qué escuchabas nuestra conversación? —me preguntó con el ceño fruncido—. ¿Quién te envía para espiarnos?

Le eché un vistazo de reojo sin querer apartar la vista demasiado tiempo del cañón que ahora me apuntaba al pecho. La sargento me miró como si no creyera que espiar fuera una idea de mi propia cosecha. Claro, porque un hombre no puede actuar por decisión propia, solo por orden de una mujer.

—¿Puedo preguntar algo? —aproveché para decir. No tenía nada que perder—. ¿De dónde habéis sacado la estúpida idea de que China quiere atacarnos?

Las mujeres me miraron como si fuera un mono parlante, Emma como si le decepcionara mi nivel de estupidez, pero la sargento..., la sargento me miró muy seria. Demasiado seria.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, y vi la sorpresa en los rostros de las demás mujeres al ver que su sargento se dignaba a entablar una conversación conmigo.

—China no tiene potencia para combatir occidente, ¿por qué iban a suicidarse en masa?

La mujer que me apuntaba con su revólver se rio de mí.

—China lleva años mejorando su potencia militar —bufó.

—¿Quién lo dice? —le respondí, aunque mis palabras iban dirigidas a la sargento.

Emma se levantó y me cogió por el brazo.

—Yo me encargo de él —le prometió a Alexandra antes de sacarme con brusquedad de la tienda.

Cuando estuvimos fuera alzó su revólver para apuntarme a la cara.

—Quieres morir, ¿verdad? —acusó con cierta sorna—. Me da pena verte intentarlo con tanto ahínco, puedo ayudarte a morir ahora mismo, si es lo que desees.

—¿Oficial Mayor? —Una de las mujeres había salido de la tienda y nos contemplaba—. La sargento quiere que regreses y lo lleves contigo.

Emma me echó una última mirada de fastidio antes de regresar al interior de la tienda. Nos cruzamos con las demás mujeres que al parecer habían sido despachadas por la sargento. Algunas me miraron divertidas, creyéndome en problemas.

Alexandra señaló las dos sillas que había frente a la mesa donde estaba el mapa. Nos sentamos y ella también tomó asiento al otro lado.

—¿Emma? —comenzó Remington, aún sin despegar su mirada pensativa de mí.

—¿Sí, Sargento?

—¿Puedes explicarme por qué un hombre, de unos veinte años...

—Diecinueve —la interrumpí.

—...De unos diecinueve años físicos y unas semanas de intelecto habla de la falta de pericia militar china con tanta soltura?

Emma cerró los ojos por un instante. Me dio la impresión de que había querido evitar ese momento a toda costa.

—Callum es el joven al que despertaron en el sur el año pasado para influenciar las votaciones en contra de la liberación masculina —confesó Emma—. Estuvo consciente durante un tiempo en el que fue educado por una ama ilustrada.

Alexandra asintió y su ceño se suavizó al entender algo de lo que estaba ocurriendo.

—Y su ama era... ¿La emperatriz de China? —continuó la sargento sin dirigirse a mí, pero con los ojos sobre los míos. Empecé a entender el humor irónico de Remington.

—No, en realidad su hermana pequeña, Cassandra, es la emperatriz de China —bromeé al recordar aquella tarde jugando a las charadas en la biblioteca.

—Te dije que era listo, por eso lo puse al cargo de los hombres —interrumpió Emma obviando mi chiste.

—En tu corta existencia e inexistente experiencia, ¿te atreves a desmentir los rumores de que China ha estado modernizando su potencia militar? —continuó Alexandra, dirigiéndose a mí por primera vez.

—No puedo desmentir rumores, sería como negar que el cielo es azul. Los rumores existen porque los habéis oído —respondí y me incliné hacia delante sobre la mesa para mirarla directamente a la cara, de igual a igual—. Pero creo que son solo eso, rumores. Es cierto que China ha intentado modernizarse militarmente después de los fiascos que les supuso perder las Guerras del Opio, pero eso no quiere decir que lo hayan logrado. No dudo que puedan contener una invasión por tierra, como hicieron con Rusia, pero su flota y su armamento son colosalmente inferiores al nuestro y serían unas idiotas si decidieran iniciar un conflicto encontrándose en tal desventaja.

Alexandra era buena desterrando todo sentimiento de sus facciones, pero algo en sus ojos brilló.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Lo leí en los diarios de Camile Jouvét, en los que relataba sus años de emisaria en China como invitada internacional para asistir a la fabricación de revólveres. Camile hablaba del fracaso total que en realidad ha sido la modernización militar del imperio. Decía que la corona abastecía con dinero a las distintas regiones para esta labor, pero que estaba totalmente desinformada de lo que estaba ocurriendo. Hablaba de pérdidas importantes de capital debido a una burocracia fallida, a la corrupción de las generales regionales y ni hablar de las virreinas, el nepotismo en los

cargos importantes. De hecho, en sus viajes conoció a emisarias inglesas invitadas para ayudar en la construcción de barcos de guerra, y estas se burlaban de sus anfitrionas porque el coste de construcción de un navío chino duplicaba el precio de venta de un barco de guerra inglés. Su modernización militar es una gran farsa.

Alexandra se echó hacia atrás y se acarició los labios con los nudillos. Nos quedamos en silencio durante un largo rato, hasta que se levantó y comenzó a pasearse por la tienda.

—¿Sargento Remington? —la llamó Emma.

Se detuvo en seco y se giró hacia su segunda.

—Llevo semanas sin dormir bien porque tengo un presentimiento de que hay algo que no encaja... —inició su discurso—. China no está en posición de atacarnos, eso es algo que sé; y, aun así, debo seguir las órdenes de mis superiores y mi reina y cruzar Europa con la seguridad de que hay algo que nos estamos perdiendo.

Alexandra continuó paseándose en círculos por la tienda, mientras Emma la contemplaba seria y sin decir nada, por lo que decidí guardar silencio y no interrumpir las cavilaciones de la sargento.

Al fin se detuvo y alzó el rostro hacia Emma.

—Prepara a nuestro regimiento, vamos a cambiar de dirección.

Emma se quedó muda durante un instante y su sorpresa ante la orden de la sargento debió de ser tanta que olvidó sus modales.

—Alex, ¿te has vuelto loca?

—Es una orden, Emma. Tú solo sigues las órdenes de tu superior. Las consecuencias recaerán únicamente sobre mi cabeza.

Miré a Emma en busca de respuestas, pero esta contemplaba a la sargento anonadada.

—¿Por qué has decidido cambiar nuestro rumbo?

—Nunca te fíes de Eris —respondió Alexandra concentrada en sus propias cavilaciones.

—La diosa de la discordia —murmuré. Eris, quien, según la mitología griega, había traído una manzana para la diosa más hermosa, creando un conflicto entre Hera, Afrodita y Atenea que desencadenó en la Guerra de Troya.

—¿A dónde vamos? —preguntó Emma tras pestañear varias veces.

Alexandra apoyó ambas manos sobre el mapa y lo miró con determinación.

—Vamos a tomar el sol.